

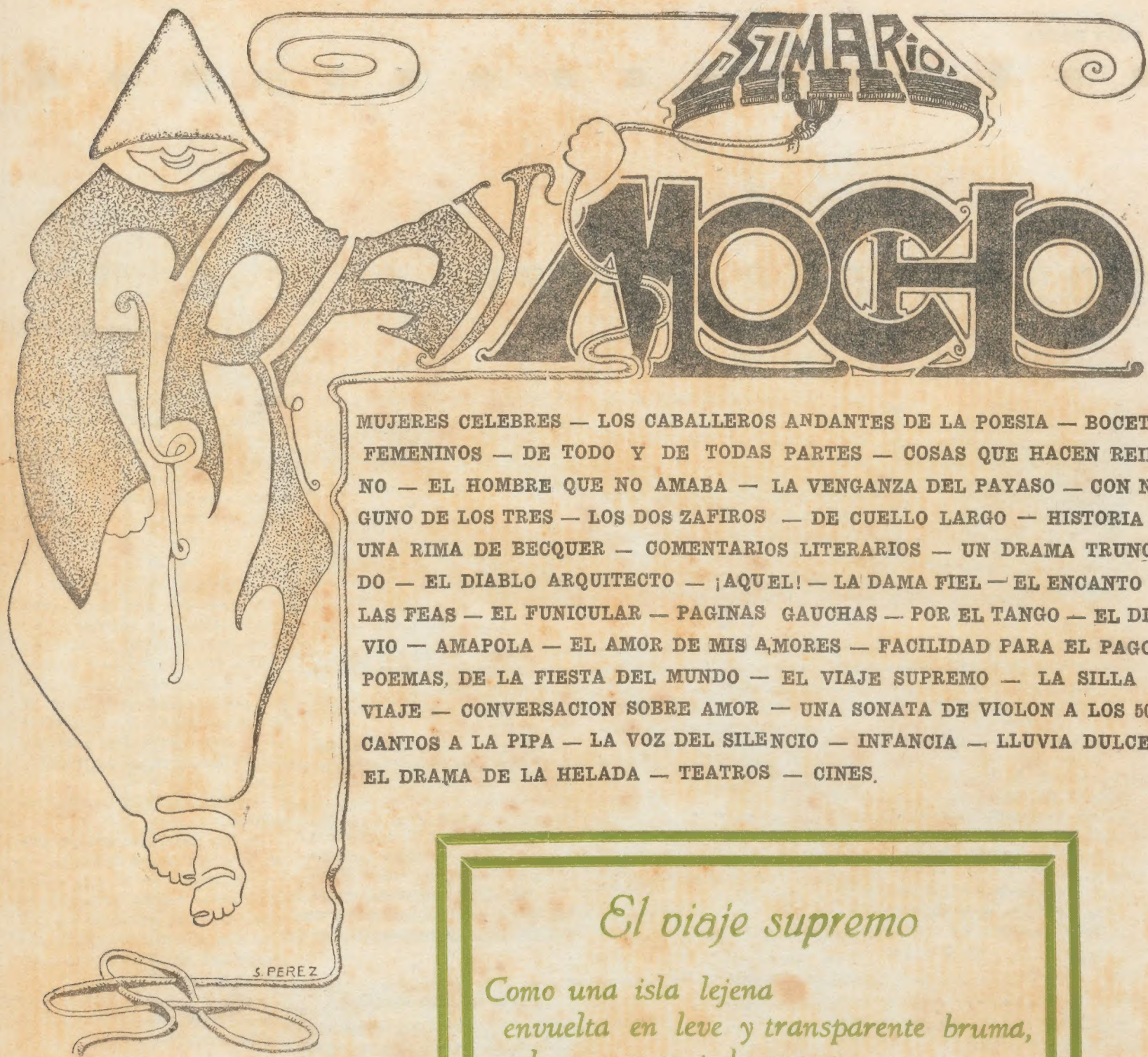
Noviembre 1931

FRAY MOCHO



E L MATRERO

$\frac{Z}{13135} : 19,932 (1931)$



MUJERES CELEBRES — LOS CABALLEROS ANDANTES DE LA POESIA — BOCETOS FEMENINOS — DE TODO Y DE TODAS PARTES — COSAS QUE HACEN REIR O NO — EL HOMBRE QUE NO AMABA — LA VENGANZA DEL PAYASO — CON NINGUNO DE LOS TRES — LOS DOS ZAFIROS — DE CUELLO LARGO — HISTORIA DE UNA RIMA DE BECQUER — COMENTARIOS LITERARIOS — UN DRAMA TRUNCADO — EL DIABLO ARQUITECTO — ¡AQUEL! — LA DAMA FIEL — EL ENCANTO DE LAS FEAS — EL FUNICULAR — PAGINAS GAUCHAS — POR EL TANGO — EL DILUVIO — AMAPOLA — EL AMOR DE MIS AMORES — FACILIDAD PARA EL PAGO — POEMAS, DE LA FIESTA DEL MUNDO — EL VIAJE SUPREMO — LA SILLA DE VIAJE — CONVERSACION SOBRE AMOR — UNA SONATA DE VIOLON A LOS 50 — CANTOS A LA PIPA — LA VOZ DEL SILENCIO — INFANCIA — LLUVIA DULCE — EL DRAMA DE LA HELADA — TEATROS — CINES.

El viaje supremo

*Como una isla lejana
envuelta en leve y transparente bruma,
sobre un mar todo grana,
mi juventud se esfuma....*

*Tripulante del barco del olvido,
navego hacia el poniente,
mientras las olas la canción que ha sido,
murmuran dulcemente.*

*La noche está adelante y, sin embargo,
la luz se torna cada vez más bella.
¡Es que el señor sobre el piélago amargo,
dejó caer la rosa de su estrella!*

PERNAN FELIX DE AMADOR

No. 932

Fundado el 3 de mayo de 1912

Año XIX

Dirección, Redacción y Administración

CERRITO 607

U. T. Libertad (35) 3899

Número suelto Un peso

Buenos Aires, Noviembre de 1931



Cosas que hacen reír o no



Entre novios:

—¿Y eras tú la que prometías querermme siempre?

—Y cumplo, Sinforoso...

—¡Lindo modo de cumplir!...

—Hace un rato vi que el sargento Gómez te estaba abrazando!

—Y... tú sabes que castigan al que se resiste a la autoridad...

Historia Natural:

—¿En cuántas partes se divide el novio?

—En tres: corazón, manos y bolsillo.

—¿Y el marido?

—En dos: corazón y bolsillo.

—¿Y el padre?

—No se divide: todo él es bolsillo.

Ella: —¿Me seguirás queriendo como antes de la boda?

El (distráido). — Ya sabes que siempre he preferido las mujeres casadas.

Los tres grandes dolores femeninos:

I. — Envejecer.

II. — Quedar soltera.

III. — Si es casada, no tener hijos.

Y los tres grandes dolores masculinos:

I. — No tener dinero.

II. — Idem, idem.

III. — Idem, idem.

Cosas de la vida.

Dos amigos se lamentan de los disgustos que le dan sus respectivas esposas con sus ridículos celos.

—Mira — dice uno de ellos — vamos a desengañarlas de una vez para que vean que el quejarse es peor. El sábado vamos a salir de

casa para no volver hasta el lunes, dejándolas un papelito en la mesa, que diga: "¡Nos vamos de juerga!"

Así lo hicieron, y al volver se encontraron con que sus caras mitades habían desaparecido, dejando en la casa el mismo papel que ellos escribieron, poniendo debajo de "¡Nos vamos de juerga!": "¡Nosotras también!"

—¿Tanto me quieres, preciosa?

—¿Y lo dudas?...

—Te creo... Y, dime: si uno de nosotros tuviera que morir, ¿cuál preferirías que fuera?

—Tú. Así te evitaba el tener que llorar mi muerte.

La viuda. — Mi esposo dispuso en el testamento que si volvía a casarme su fortuna pasase al pariente más cercano.

El amigo. — ¿De modo que usted no puede volver a casarse?

La viuda. — ¡Oh, sí!... ¡Con su pariente más cercano!

—Ayer vi a tu marido con una muchacha rubia.

—¡Ay, qué suerte!... He ganado la apuesta.

—¿Cómo?

—Sí; aposté a que antes de veinticuatro horas vendrías a darme un abrazo.

Clase media — según César Cascabel — es aquella que vive en privado como los pobres, para aparecer en público como los ricos.

—Señor juez en vista de que no ha venido mi abogado, le suplico que aplaze la causa.

—Pero si ha sido usted agraciado infraganti, ¿qué va a decir el abogado en defensa de usted?

—Eso mismo digo yo, y por eso tengo mucha curiosidad en oírlo.

El juez. — ¿Quiere usted decir-

me por qué llegó a robar a esa casa?

El detenido. — Imposible, señor; mi profesión es una profesión secreta.

El. — Adorada mía: ¿Quiere usted casarse conmigo?

Ella. — No puedo; pero siempre alabaré su buen gusto.

—¿Que se lleva usted mi paraguas!...

—Sí; pero un alegre cambio no tiene importancia.

—¿Qué dice usted de cambio? ¡No le tolero!...

—Sí; si yo tengo su paraguas, en cambio usted tiene mi simpatía.

—¿Que por qué he apaleado a ese hombre? ¡Me había llamado cretino!

—Esa no es una razón. ¡Olvida usted que un cretino es un hombre como usted y como yo?

Entre amantes conyuges

—¡Vuelves a tu casa a las dos de la mañana! interpela la cariñosa Sisebuda.

Y el cínico don Trifón contesta: — ¡Oh! que quieres que haga, si ya están cerrados todos los cafés?

Luna de miel

El que durante el noviazgo juraba no poder vivir lejos de su pichoncito, hoy convertido en amante esposo. Se encuentra con un amigo pocos días después de la boda. — ¿Tú por aquí? le interpela el amigo. — Sí, amigo mío, me casé hace diez días y he venido a Buenos Aires a pasar la luna de miel.

—¿Y tu esposa?

—¡Ah! ¡Mi esposa? La dejé en Jujuy.

Lógica de un buen sastre

—Yo — decía un sastre — ja-

más voy a ver para que me pague, a una persona decente.

—¿Y si esa persona no viene a pagarme?

—En ese caso, — contesta el sastre, — no la considero decente, y voy a cobrarle.

Esperanza de un artista

El actor era muy malo, pero para sacárselo de encima, el director de la compañía le prometió papeles importantes pero poco a poco. Sin embargo durante largas semanas su papel consistía en entrar una sola vez al escenario y decir dos o tres palabras insignificantes como las tradicionales:

—Señora condesa, la cena está servida.

Un día encontrase con un amigo y le refirió sus andanzas:

—Imagínate, — le dijo — que el director me ha prometido el papel de Otelo y siempre me dice que aun no estoy preparado, que tengo que esperar un poco más. ¿Qué te parece?

—Sí, sí... — le dijo el amigo — tienes que esperar que te vuelvas negro.

Buena Esposa

—¿Como está su marido, Doña Juana?

—¡Ay, Dios mío! ¡He tenido que internarlo a la fuerza en un manicomio!

—¿Loco? ¡no me diga!

—Completamente loco querida. Imagínate que teniendo casa y comida... se empeñaba en andar por las calles hasta altas horas de la noche.

¡Y se estaba muriendo!

Cuando el marido, con voz trémula, pobrecito, le susurró al oído que su amiga Esther acababa de venir a preguntar por su estado, la moribunda entreabrió los ojos y preguntó:

—¿Venía con sombrero de moño o de plumas?...



La Dama Riel

Por
Eugenio Díaz
Romero

Cuán me place escucharte, mi fiel, mi dulce dueña,
En medio de esta calma nocturna, misteriosa.
Afuera, en los jardines, la blanca luna sueña,
Adentro nuestra vida se esfuma, silenciosa...

El viejo idilio tiene ternezas todavía
Inéditas y puras para nuestro cariño.
Hoy, como ayer, tú eres mi copa de ambrosía
Y en tus brazos me ofreces suavidades de armiño.

Duro ha sido el destino, constante el infortunio
Que ha herido nuestras almas en lo hondo, intensamente
Bañó el dolor en ellas su frío plenilunio
Sin agostar, empero, su ardor resplandeciente.

Broquel inquebrantable, sutil y fuerte escudo
Contra todos los golpes, fué nuestro amor sereno.
El odio de los hombres lanzóle el dardo rudo
Y el vaso de amargura tendióle el mundo lleno.

Mas nuestro amor sincero supo trocar en lirios
Las punzantes espinas, en lirios de ternura,
Desplegando por sobre nuestros grandes delirios
Nuevos velos de gracia y de extraña ventura.

Impulsados por este sentimiento supremo,
Trepamos las laderas de la abrupta montaña,
Confundiendo en un beso, de un ardimiento extremo,
La indecible amargura y la obstinada saña.

¡Oh, mi dulce adorada! ¡Oh, mi sacro tesoro,
Tus pupilas contienen el bien que yo deseo,
En tus labios purpúreos y tus cabellos de oro
Palpita y se aprisiona todo mi devaneo!

Alza tu voz y canta esas bellas canciones
Que tienen en sus notas perfumes de leyendas,
Evocan de países brumosos las visiones
O dicen de piadosas y tocantes ofrendas.

¡Cuán me place escucharte, mi sola bien amada,
En mitad del silencio del cálido aposento!
Tu voz grave susurra profunda, acogojada,
Vertiendo las dulzuras sonoras de su acento.

Del aire que tus labios detallan con encanto
Contemplo levantarse tus patrios horizontes.
Por eso en los suspiros enormes de tu canto
Hay trozos de tus costas, tus cielos y tus montes.

Tu espíritu armonioso palpita como un ave
Al narrar la nostalgia de la playa lejana,
Y tu voz la traduce ora bronca, ora suave,
Semejante al tañido de una triste campana.

Sumergido en el hondo deleite de tu arrullo
Apenas si mis ojos se atreven a mirarte.
¡En ese inenarrable y celeste murmullo
Está oculto el enigma poderoso del arte!

Prosigue, amada mía, la canción plañidera
En que besas el nombre de tu suelo sagrado.
Se diría, al oírte, que es su vasta pradera
Quien te presta su soplo cadencioso y alado.

Entre tanto mi alma, de la tuya obsedida,
Asciende por la escala de tu emoción vibrante,
Sintiendo la tristeza sin fondo de la vida,
Palpando las tinieblas de un mundo agonizante.

Extraños a los seres que observan nuestros ojos
Se enlazan nuestras vidas, cual ramas de un bosque.
El mismo sol nos baña con sus destellos rojos,
Un cielo igual proyecta sobre ambos su celaje.

Sobre el antiguo encono de juventud opima
Que enardeció la sangre bermeja en nuestras venas,
Hoy desciende la tarde, como sobre una cima,
Tornando en blancas rosas las sedientas verbenas.

Una brisa apacible conduce nuestra barca,
La estrella solitaria la ilumina al pasar,
Mas su piloto ignora si su mirada abarca
La noche y si están lejos los escollos del mar.

Por ello, vida mía, levanta esos cantares
Que mecen nuestras almas de amor y de confianza.
¡Bajo su unción piadosa los negros avatares
Se adornan con estrellas de vida y de esperanza!

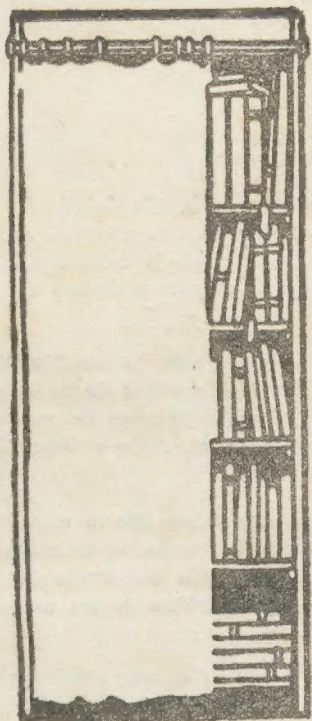
Murmura en tu lenguaje dilecto y melodioso
Las cuitas que laceran tu corazón cautivo.
¡Desgrana en la alta noche el ritmo melodioso
Que embriaga y adormece mi pecho sensitivo!

Te escucho ensimismado en un grávido ensueño
Donde flotan fragmentos de tu romanza bella
Y quisiera llevarte, para colmar tu empeño,
De un vuelo hacia la tierra que en bravuras destella.

Pero ¡ay! que el Sino adverso se opone, vida mía,
Dejando su amargura gotear dentro del alma.
Quizás mañana pueda la luz de un nuevo día
Verter en nuestros pechos la bienhechora calma.

Suspense de tus ojos, ceñido a tu cintura,
Ligadas nuestras vidas en un solo destino,
Iremos en la gloria o quizá en la amargura
Deshojando guirnaldas de amor en el camino.

COMENTARIOS



LITERARIOS

ALMANAQUE HISPANO - AMERICANO
PARA 1932

De los laboriosos talleres de la Editorial Maucci, de Barcelona, ha salido un libro precioso que dice mucho del acercamiento espiritual hispano-americano. Es el vigésimo tercer año que ve la luz, y cabe la manifestación de que cada año transcurrido se ha presentado con un mayor relieve, gracias a los trabajos de investigaciones de su director y fundador, el notable escritor don José Brissa.

Posee este libro la atracción de todo almanaque cuyo sentido rebasa los límites de lo vulgar y chabacano; tiene inspiración y nos ofrece noticias de verdadero interés de las naciones americanas que son hermanas nuestras en lenguaje e historia.

La literatura está integrada, casi por completo, de prestigiosas firmas de escritores y poetas americanos, sin faltar por ello las de algunos de nuestros fecundos escritores y vates.

Para nosotros que en todo libro encaminado a un acercamiento hispano-americano vemos un asunto de interés, este almanaque es uno de los que ocuparán un lugar en nuestra biblioteca, porque él, además de los profusos grabados y la parte literaria, así como las historietas, chascarrillos, etc., contiene datos preciosos de todas las naciones americanas, que nos merecen una atención particular, debido a su obra política, que les da vida, impulsándolas a una generación nueva, plétórica de energías y libertades cívicas.

Su lectura es tan amena, que se lee de cabo a rabo y no cansa en absoluto.

Ello explica el éxito creciente que cada año obtiene esta publicación; pues a su presentación nítida, como sabe hacerlo la Casa Editorial Maucci, va unido el precio popular por el cual se puede adquirir dicho Almanaque, que entretiene o instruye.

Lo recomendamos especialmente a nuestros lectores, seguros de que nos han de agradecer nuestra recomendación.

Forma un elegante tomo de 320 páginas, con 234 ilustraciones y preciosa cubierta, de Ochoa, representando la República Española.

"EL GAUCHO DE LOS CERRILLOS"

por Manuel Gálvez.

En esta novela de la época de Rosas, destacan con perfiles propios Manuel Dorrego, Juan Lavalle y Juan Manuel de Rosas, quienes constituyen los personajes principales en torno de los cuales gira la

trama de "El gaucho de los cerrillos". Pues en otro plano secundario figuran Paz, Alvear, San Martín, los Varelas, etc.

El novelista Gálvez describe las distintas escenas de su obra con fidelidad, vivacidad y colorido la agitada atmósfera de los tiempos en que sitúa su narración, resultando de ahí su carácter histórico por excelencia, al par que su trama y su desarrollo alcanzan a mantener en el lector un interés creciente.

"Motivos entrerrianos", por José C. Belbey.

En este breve libro de versos, el autor evoca el ambiente urbano y rural, a manera de pinceladas, sugeridos por recuedos de su mocedad.

Entre otras composiciones, merecen citarse las siguientes: "Venteveo", "Zorzal", "Tacuarita", "Parque Urquiza", "Calandria" y "Cardenal".

"Motivos entrerrianos", del señor Belbey, lo forman poesías sentimentales escritas en rima fácil y de un color local, que en verdad resulta agradable su lectura.

"CUENTOS" por Jacinta y Matilde Cordone.

Las señoritas de Cordone han escrito, con argumentos de la vida del hogar y un poco tristes, una serie de pequeños cuentos realmente de interés, cuyos méritos fincan precisamente por ser sacados de la realidad diaria, y observados y sentidos con mucho amor de artista.

Por eso "Cuentos", es un libro que las revelan como unas verdaderas promesas para emprender obras de mayor aliento, pues tienen fresca imaginación y trasladan sus relatos en elegantes formas.

"RUTA DE SOLEDAD", por Eugenio Julio Iglesias.

El prestigioso autor de "Una rama del cancionero", señor Eugenio Julio Iglesias, acaba de publicar su sexto libro, "Ruta de soledad", en el cual muéstrase un poeta reflexivo, armonioso, cuyos períodos llenos de elocuencia contienen verdaderos aciertos de expresión.

Todas y cada una de sus poesías poseen una voz inconfundible de ternura y una emoción amorosa que se extiende en ritmo suave hasta participar de nuestros sentimientos.

Sus confesiones son naturales, bellas y delicadas, artísticamente hablando, su acento lírico es noble y sincero, contribuyendo así su honestidad literaria a realzar más si cabe, los méritos intrínsecos de "Ruta de soledad", último libro del poeta señor Iglesias.

Con ser buenas las composiciones de "Ruta de Soledad", preferimos las que se agrupan bajo las denominaciones genéricas de "En camino", "Convalecencia" y "Dominio".

En suma, trátase de una obra realmente meritoria, y escrita y pensada con mucha hondura y sentimiento comunicativo.

"AZUL DE MAPA", por Horacio Rega Molina.

El último libro de versos del poeta Horacio Rega Molina, intitulado "Azul de mapa", destaca por lo armonioso y personal; y sobre todo, por las condiciones excepcionales para describir en rasgos firmes un paisaje, un tipo o un objeto cualquiera, y siempre musicalmente sin caer en lo prosaico. Y, es que el autor de "Azul de mapa", es ya un poeta consumado, que maneja artísticamente las estrofas y los símiles, cuando no idealiza un cuadro urbano o embellece un poema con metáforas inesperadas. Basta leer algunas de sus composiciones poéticas para, en el acto, dar con su autor.

Los sonetos que integran "Calcomanías" son, singularmente, de bellísima poesía. Lo mismo podría decirse de "Azul de mapa", trabajo que da nombre al libro, de "Bodegón", "Canción de cuna escuchada tres veces", "Dolorosa constancia", "Duda", "sueño" etc., para no citar sino algunas de ellas.

El poeta Rega Molina con "Azul de mapa" ratifica las nobles virtudes y grandes méritos artísticos que la crítica señalara a la aparición de su penúltima obra, "La víspera del buen amor".



Facilidad para el pago

ENTRE los cuentos que me hizo el doctor Barandiarán en nuestras tenidas allá en el "Club la Unión" de Choritolongo, se destaca en mi memoria, con sus pelos y señales de relieve inconfundible, uno sugestivo que merece los honores de la segunda edición; porque demuestra lo bien que hace, a las veces, sus cosas el factor "casualidad", gran especialista en barros.

Conste que, de aquí en adelante, nada diré por mi cuenta, pues sólo soy eco fiel de un intriga caprichosa, que haré lo posible por reproducir como me la refirieron.

Ahora que hable mi doctor, pues yo me voy por el foro.

Estaba yo vez pasada jugando a la carambola, ya muy tarde de la noche, en lo del vasco Ramonchu (el mejor café del pueblo, siendo que el patrón lo jura), cuando penetró al local el vigilante Mansilla.

Encarándose conmigo, saludó militarmente, con la mano en el kepi, y dijo:

—Discúlpeme, mi doctor, que lo interrumpa: lo precisa el señor Juez y me ha mandao decirle que se presente al momento.

—¿Puedo seguir la bolada? — le pregunté yo sonriente.

—¿Qu'esperanza, mi doctor! No está de ráirse la cosa.

—¿Qué pasa, che? — le inquirí, maliciándome algo grave, siendo que el Juez me buscaba y a deshoras de la noche.

—¡Nada! — me agregó Mansilla — que se han tomao en pl. leya Baca con "el Correntino", y el bandido se le ha ido al humo, madrugándolo, y alevoso... no estoy fijo si con diez o doce hachazos tremendos que casi lo ha basuriado... El Baca está que se va... si no se ha cortao del todo.

—¿Qué me dice? ¡No jorobe!

—¿Y? ¿Qué quiere que le diga? Vaya, acá me caiga muerto — y al decirlo se besaba los dedos puestos en cruz. — Esas cosas... por sabido... Cuando un tigre como es ése, pela el filoso ¡gran flauta! y atropella como fulo... o llega tarde el doctor... o es que le ha errao feo el golpe, porque el otro le ha cuerpiáo. Y "el Correntino" no la erra... ni cuando tira el güesito, que para eso es como luz.

—Vamos, pues — dije yo inquieto; — pero ¿y adónde es que hay que ir? ¿Me ha traído flete?...

—¿Y Antonio? Un overo malacara, que ve más bien en l'oscuro, que cualisquiera en el cine, lo que se apagan las luces, antes de pasar las vistas.

Yo sí que precisaba una... mejor que los de la Aduana, para caminar tranquilo con aquella infame noche, más morena que Mansilla, con ser que éste es bien mulato. El cual, siempre jaranero, me había dicho al salir encandilados los dos por las luces del café:

—¿Ha visto, doctor qué noche? De oscura está como para correrlo a un negro desnudo; no lo pisa... ni su mama...

—¿Qué le par...ece, mi amigo? — retruqué yo por las dudas.

Mientras íbamos al tranco e inquiriendo el horizonte como Dios nos ayudaba, para que no nos rompiese la crisma algún esquintero (ya que los tales palitos no saben hacerse a un lado), el agente me informó sobre todos los detalles del sangriento bochinche. El herido estaba mal; en tan deplorable estado, que habría sido imprudente trasladarlo hasta el pueblito.

Tras una preparación de artillería terrible (siete tiros de revólver que rompieron tres botellas, bandiaron a dos tabiques y quebraron una lámpara) se produjo el cuerpo a cuerpo, madrugando "el Correntino" a Baca y chuciándolo... que lo puso a la miseria pues no pudo defendense, causa de haber sido herido en la mano de pegar, lo que empezó el entrevero.

¿Cómo llevarlo al cotorro donde sabía vivir sólo su alma... y

sin familia para cebarle un amargo? Ni aun fletándolo en el fúnebre la carrindanga más suave de todo aquel contorno) lo habría pasado bien en tan apretada noche; porque con los infaltables y macucos barquinazos, propios de aquellos caminos más piores que vizcacheras, hubiese perdido, en fija, buena cantidad de sangre; y no le quedaba mucha para derrocharla en lujos que no venían a cuento.

Una hora y pico después, que me parecieron dos y, no con pocos trabajos, llegábamos a "La Tranca", la esquina de más renombre de todas las del partido. Sobre un catre a la Crimea y arriba de unas coronas donde la sangre ponía los rutilantes brochazos de su sinestros rojear, yacía pálido, inmóvil, postrado por la hemorragia que roía su organismo pero con el duro corazón intacto, Baca, el formidable Baca; el del cuchillo certero, el de valor sin alardes, el de ánimo generoso como un héroe de leyenda, el elemento más firme de todas las del partido. Sobre un catre a la Crimea y arriba de unas del pago, el ray de aquella comarca, que regía en absoluto, por sobre todos aquellos que pareciendo mandones eran mandados por él, que se contentaba siendo simplemente Juez de Paz... y era a la vez providencia, árbitro y "Gran Elector", más grande que el de Sajonia.

Dijérase que el herido tenía ya el alma ausente, por la plácida quietud de su aspecto imperturbable: con los párpados dormidos, sin una queja en los labios, sin una mueca en el rostro, sin un rictus de dolor: como aquel que ve en la muerte a una amada cariñosa, y la contempla sereno, sabiendo que ha de abrazarle, fiel a su honrada promesa.

Después de reconocerle como Dios me dió a entender, pues una herida del tórax le interesaba el pulmón, que al resollar por la herida soplabla sobre la luz, matándola, pude formar un pronóstico que por muy espeluznante no le declaré al caudillo (quien desde el primer momento corrió al lado de su chiche), de miedo de darle un susto de aquellos "de no te muevas". Y una vez que hice la cura de los varios desperfectos que le habían hecho a Baca... mucho menores en número que lo dicho por Mansilla (porque siempre se exagera), don Cruz me llevó a un rincón, donde con voz alterada por el chuchito que sentía, me consultó ansiosamente, diciéndome de esta guisa:

—A estar a la hora y un cuarto que ha durao la refacción, había mucho que hacer... ¿Es muy grande el desarreglo?

—Regularón el estrago — contesté con amargura y recortando la voz, para que sólo él me oyese: — un puntazo penetrante por abajo de la silla — yo marcaba con un dedo — que por poco lo bandeja, siendo la lesión más grave de cuantas ha recibido: dos hachazos competentes, uno en el costado izquierdo, que es donde se saben dar, y otro en la mano derecha que, si mucho no me engaño, afectará a su aptitud para manejar la lata. También tiene unos rasguños, pero son sin trascendencia.

—Bien: déjesé de rajúños y vamos a lo que importa: ¿cré que ha de escapar con vida?

—¿Qué quiere, amigo don Cruz! No puedo decirle nada que no sea prematuro... Hay peligro muy probable de complicaciones serias: hacer cálculos alegres sobre heridas de pulmón es hacer preparativos para tirarse una plancha: es igual que hablar del tiempo que ha de hacer el mes que viene... y yo no hago calendarios ni me siento Martín Gil.

—Bueno, pero, usted ¿qué cré?

—Si algo le pudiera hablar, no precisaba preguntas. ¿No le he dicho ya, cristiano, que lo que puedo decirle es que no le digo niente? Yo no quiero compromisos.

—Ta güeno, pues, mi doctor; pero, sin comprometerlo: para entre nosotros... ¿sabe? ¿Por qué no me ha de decir ni tan siquiera su palpito?

Y al ver que yo me empacaba, tenaz, en la negativa, el pasó a cuarto intermedio, para añadirme después:

—Vea, lo que yo le digo es que me lo cuide ¿sabe? Baca me ha servido siempre y es un amigo muy lial: aura quiero protegerlo. Cuidemelo, se lo pido; véalo lo más que pueda, que él se lo ha de retribuir. Yo se lo garanto ¿sabe? pa que usted no pierda al fudo su trabajo ni su tiempo.

Oyéndolo, yo estrilé, más con un estilo interior, ya que no era muy político manifestar desconfianza frente a frente de don Cruz, que era todo un caballero... para lo que allí se estila... don Cruz, sí; pero, ¿y el otro? Era Baca un atorrante sin responsabilidad, ni más bienes de fortuna que un parejero, la taba, la barajita, el choclón... y una daga muy filosa al servicio de don Cruz, quien se dejaba pechar de vez en cuando por él. ¿Y de adónde iba a riunir aquel mal entretenido los dos o trescientos pesos que valdría mi asistencia en el mejor de los casos, esto es, sin complicaciones?

Pero, no había que hacerle; tenía que trabajar y que callarme la boca, por no enojarlo a don Cruz, que era allí el omnipotente.

¡Maldito sea el tal Baca! ¡Qué de quejas y caprichos, pretensiones y exigencias! ¡Y que trabajo me dió aquella monada de hombre! Sólo en hilo de sutura tuve que empliar más largor que precisa un barrilete. Ni al alumno más contráido le dan, al rendir examen de las materias de un curso, tantos puntos como di yo en el cuero del tal Baca, para que la perra vida no se le escapase a chorros por tan extensos buracos.

Gracias a que los malevos tienen providencia aparte, que no consulta la lógica para hacerles sus caricias, unas semanas después, que no llegaron a cinco, Baca abandonaba el lecho (más bien "catre del dolor") y aunque forrado de gasas, de algodones y de vendas, igual que un jarrón de Sevres, que estuviese por viajar, ya andaba jugando al truco; y con gauchesco donaire decía a sus relaciones:

—Pa que vean si son maulas: tuavía me les animo pa un partido mano a mano, con cualquiera que raye, dándole una ventajilla: la de jugar con la zurda... pues la otra, por el presente no me sirve tan siquiera pa sostener una copa...

Como se encontraba bien, creí ya llegado el caso de presentarle la cuenta, no la aboné sobre el pucho, diciéndole al cobrador que antes de arreglar tenía que entrevistarse conmigo (expediente propio del mal pagador).

Y cuando mi mala estrella quiso que le viese un día, por pura casualidad, pues él me andaba cuerpiando... ¡más me valiera estar duermes! fué y me puso como nuevo. Con fingida indignación negó lo que me debía; me arguyó que no era él quien me había hecho buscar para que lo visitara: que don Cruz le había dicho: —Yo te haré traer al doctor; — que además, como yo era de la "Municipalidad", lo era de la Policía, y para eso me pagaban; para curar los heridos... Coronando sus argucias, me dijo amenazador:

—No arrugue, que no hay quien planche; y no jorobe mucho ni eche pelos en la leche; porque si usted se empecina y se me vuelan los patos... —Sin definir la amenaza, se advertía la intención, soez y provocadora...

La ingratitud y la ancheta del canalla, me pusieron tan fulo y fuera de mí, que no le atraqué un balazo... porque no llevo revólver, para sofrenar mi genio y no tener compromisos: que de no, se la doy chanta. Por otra parte pensé que, como medió don Cruz en el ya enojoso asunto, debía contar con él.

El cual me dijo en sustancia:

—Doctor, no miente el picazo, y juegue serenamente: Baca no le debe un zorro; el que le debo soy yo, que fui quien lo hizo llamar; pero yo me comprometo a hacer que Baca lo vea entre unos días, y entonces le abonará la cuentita. Precisamente le he dado una changa en un asunto que ha de serle de provecho; pues le he confiado el depósito de una punta de ovejitas, en un juileo que se sigue por cobro de pesos ¿sabe? Como viene la calor, pronto las hará esquilas: de ese modo, el producido de la lana ha de servirle para pagar sus visitas. Lo hice procurándole facilidad para el pago. Todo andará lo más bien.

—Pero, esa lana... ¿no es de otro? — me comedí a preguntar.

—La lana — dijo don Cruz, medio cabriado y travieso — no es de un otro ni es de nadie: la lana es de las ovejas: ¿a usted qué se le supone? No se meta a zonzo ¿quiere? — y me sonrió

bondadoso.

Y razón que le sobraba por arriba del chambergo: ¿quién me metía a mí a otario? La bolada era embolsar el toco de los pesitos: lo demás eran historias, y no soy César Cantú ni don Bartolomé Mitre, para meterme a historiógrafo.

Contra lo que me temía, todo se solucionó del modo más conveniente. Cuando menos lo esperaba, me visitó el ex herido, que se deshizo en excusas y al fin me puso en la mano dos papeles de a cien pesos. ¿Acaso me competía indagar la procedencia de aquellas hojas de "chala", tan lindas y amarillosas, mismo como papel de oro, aunque eran papel... pael?

Pasemos ahora a otro inciso, pero atingente al asunto, que así queda redondado. A ruego de mi señora, que me lo pidió, la pobre, con lágrimas en los ojos, hube de reconciliarme por millonésima vez con su señora mamá, que lo es mía... aunque impolítica.

Ya en la visita primera al oirla sin querer, que estaba hablando de Baca, me digné parar la oreja, pispando lo que decía de aquel tipo tenebroso; y he aquí lo que saqué, salvo error de suma o pluma. En la estancia de mi suegra (que está a diez leguas del pueblo) había habido un nación, malo como plata falsa, que en trato de aparcería la cuidaba unas ovejas...; algo así como tres mil. Causa de la perra crisis, de la seca y de otros males, en los dos últimos años no había juntado un peso; pero tenía su casa; y bajo el seguro abrigo del crédito de mi arpa, se había dado la vuelta, entrapándose muy feo en todos los almacenes, y clavando sin piedad a tenderos proveedores... y demás gentes sencillas que se habían fiado de él... es decir de su aparcera. Y viendo que los negocios andaban como la mona, y el año venía mal... si es que no venía peor... se había apretado el gorro rumbo a la loma del diablo, dejando un tendal tremendo de doloridos gritones; los que fueron como bala y en patota hasta el Juzgado sabiamente dirigidos por un tipo enredador, medio grupi de don Cruz. Este les oyó muy serio, como quien va a hacer justicia... y accedió a la enormidad que ellos le solicitaban, embargando las haciendas, bajo el pretexto especioso de que los animalitos... por lo menos la mitad eran bienes del fugado, desde que éste era mediero. A sabiendas de que aquello significaba un despojo, se trabó el embargo al trote. Y todavía hizo más, sublimando el atropello; pues nombró depositario (como ya creo haber dicho) a Baca; el más embrollón de todo Choritolongo; quien ahí no más, de inmediato, hizo esquilas las ovejas, vendió la lana a vil precio... y se guardó la platita de donde vino a salir toda la que a mí me dió.

De modo que en fin de cuentas, si cobré mis honorarios fué por artes de Mandinga (o de don Cruz, que es igual), con dinero procedente del bolsillo de mi bruja, que el caudillo hizo pasar hasta el tirador de Baca, dándole facilidades para cancelar su débito, pagándome la asistencia.

Aquella suma que el guapo me abonó cristianamente era la compensación con que la buena señora me indemnizó, sin quererlo, de los muchos sinsabores con que me ha favorecido, siendo autora de mis canas. Poco es el resarcimiento; pero menos da una piedra... cuando no lo es de afilar.

Desde el día del embargo, que vino a hacer mi negocio, el más ferviente secuaz y admirador entusiasta de aquel insigne "buén juez", alter ego de Magnaud, lo es el yerno de mi suegra... la cual, sólo tiene una hija.

¡Salve, espléndido don Cruz! ¡Hosana, juez providente! ¡Hurra, Licurgo ladino que haces la justicia idial hasta cuando de patriota te metes en las familias, reivindicando a los yernos contra esos verdugos hembras que lo matan a "dijustos"... (como diría don Cruz).

¿No era bien justo que el mío pagara los vidrios rotos, siendo yo el damnificado? Sólo gracias a don Cruz, puedo decir que en la tierra se sabe aún hacer justicia; y que si en Berlín hay jueces, también en Choritolongo.

Me hace feliz el pensar lo que podía haber hecho un juez de esa envergadura, si en lugar de ser don Cruz, hubiese sido don Diablo.

¡Agarrate, Catalina, qué modo de galopiar!

La silla de viaje



O que voy a referir, aunque parezca inverosímil es cierto, es cierto y es cierto. Lo afirmo así, de un modo tan rotundo, porque puedo probarlo, y si es preciso presentaré testimonios de calidad, citaré nombres propios de gente bien que no tendrá inconveniente en confirmar cuanto aquí digo. Hago esta advertencia porque, si alguien está dispuesto a tomarlo para la chacota, le aconsejo que lo deje no más... y siga viaje.

...

Hace algunos años, al tomar el vapor en que había de regresar a Buenos Aires, tropecé a bordo con un extraño aparato que llamó poderosamente mi atención al mismo tiempo que estorbaba el paso a todos los pasajeros. Acomodé mi equipaje, tomé posesión del camarote, y ya en traje de circunstancias, con tiempo disponible para todo, resolví estudiar detenidamente aquel artefacto cuya utilidad desconocía y que empezaba a preocuparme. Otros ya se me habían anticipado. Eramos, pues, varios los que, con las manos en los bolsillos, mudos, cautelosos, íbamos lentamente, paso a paso, dando vueltas alrededor de aquel extraño y complicado aparato, contemplándolo escudriñándolo en detalle y en conjunto, tratando en vano de inquirir su aplicación.

Las líneas generales de aquello tomaban la forma de una pirámide truncada. Sus lados, una serie inacabable de varillas de hierro verticales, horizontales, oblicuas: poleas, palancas, manivelas y "tutti cuanti". En la parte superior, dividiendo el aparato en dos partes iguales y colgando de otra serie de varillas, ganchos, cadenas y roldanas, una lona rayada y fuerte, en forma ondulada de montaña rusa, avanzaba hacia adelante como para recibir una víctima. Esta parte estaba en constante movimiento, contrario siempre al balanceo del buque.

En la parte posterior de la base, dos arcos de hierro de bordes dentados surgiendo hacia adelante mordían una rueda que se comunicaba con otra de manubrio, por medio de una cadena de bicicleta.

Todo el herraje, pintado de negro, le daba un aspecto tétrico, antipático. Tenía algo de torre de telegrafía sin hilos, o la de los pozos de extraer petróleo; de guinche, de sillón de dentista o de silla para la electrocución.

Bien se me alcanza que esta descripción no puede dar idea muy exacta de tal mecanismo — cosa, por lo demás, bastante difícil — pero confiando en la habilidad del dibujante, a quien daré mis pormenores, el lector quizá pueda acercarse un poco a la realidad de lo que en vano me esfuerzo en describir.

No pudiendo contener mi curiosidad por más tiempo, pregunté a uno de los oficiales de a bordo que, a su vez, observaba nuestros movimientos.

—Perdone, oficial: ¿puede decirme que es esto?

—Una silla de viaje contra el mareo.

—Y... ¿vive el propietario?...

—Vive; está en su camarote, mareado desde que pisó el barco.

Me dí a pensar sobre la poca eficacia del aparato o de que quizá al dueño no le habría dado tiempo para probarlo.

—¿Y puede aclararme, oficial — y perdón — en dónde es-

tá el remedio?

—No estoy muy seguro, pero tengo entendido que en la "verticalidad"...

No insistí por no parecer pesado, pero no estando satisfecho, volví de nuevo a la observación. Aquello empezó a interesarme fuertemente.

Aquí está la verticalidad, — me dije contemplando la parte móvil del aparato, — luego aquí está el secreto, es decir, uno de los secretos. Me quedaba por averiguar el resto. Me armé de paciencia y esperé. Aquella noche, al acostarme en mi litera y sufrir las molestias del balanceo, mi imaginación voló en busca del maravilloso mecanismo y tuve que reprimir los imprudentes deseos que a cada instante sentía de salir a probarlo.

¡Quién sabe, quién sabe! — me decía a la mañana siguiente mientras me levantaba — se inventan tantas cosas que es probable se haya encontrado por fin el remedio, del molestísimo mal del mar' Y me dispuse a salir a cubierta.

Allí estaba la silla-torre, como la dejé erguida, vanidosa, imponente, moyestática. Me acerqué a verla de nuevo; aún no la ocupaba nadie.

Empecé mis paseos recorriendo a grandes pasos la cubierta del buque. En una de las vueltas ví que dos camareros colocaban con gran esfuerzo un bulto en la lona de la silla; y desde lejos me pareció ver a un pobre ajusticiado al patíbulo. Dieron en seguida varias vueltas a la rueda de manubrio y el cuerpo aquel se elevó quedando suspendido en dulce balanceo a poco más de un metro del suelo. Entonces me acerqué sigilosamente y pude contemplar a un pobre, señor, delgado, de perfil parecido al aviso del 43, que recogido en gatillo reposaba sobre la lona móvil, cubierto el cuerpo con una manta de viaje. Debí sentir mi presencia, porque descorriendo los párpados como persianas de escritorio americano, me miró fijamente con sus ojos abultados y tristes.

—¿Cómo vamos, compañero? — le pregunté tanteando para entrar en materia. Y en seguida agregué: — Con ese aparatito poco sentirá el mareo, ¿eh?

—Es pronto para conocer los efectos — me replicó con voz de angustia — pero le tengo fe.

—No hay que perderla; verá en cuanto pasemos el Ecuador como siente alivio.

El hombre no sé si por cortar la conversación o porque se sentía molesto, se estiró haciendo un visible esfuerzo. La lona dió de sí quedando plana un momento; pero poco después plégóse de un golpe con chirrido de flejes, obligando a su víctima a meter de nuevo la barba en las rodillas.

—La humedad del mar ha encogido la tela y no marcha como debiera, me dijo fatigado por el esfuerzo. A más, esta máquina tiene poco aceite.

—¿Cómo ahora está tan caro! — agregué para hacerme simpático. Veo, en Buenos Aires, no encuentra un lata de dos kilos por menos de cinco pesos. ¡Es un escándalo!

—A usted le interesa mi silla, ¿verdad? — dijo procurando estirarse, de nuevo, sin conseguirlo.

—Lo que me interesa es su salud; su silla, la verdad, no la entiendo del todo.

—Es un modelo, obra de un gran mecánico. Se hizo para mí, tratando de evitarme lo mucho que sufro con el mareo. En

De cuello largo



NO dos... Uno, dos, tres, cuatro... Yo seguía contando distraídamente, formando con lentitud los puntos de mi tejido y me cuidaba poco de la presencia de Justo. Justo Félix era entonces mi vecino y solía entrar a menudo a mi casa. Era tan bueno y tan dócil y consecuente con su esposa, que yo había acabado de ver en él algo menos que a un varón. Además, me trataba con tan respetuosa timidez... Y esto, aún cuando uno sea viuda. Decididamente era un pobre diablo "digno de lástima"; y lástima no es el sentimiento que debe tratar de inspirar un hombre.

Yo seguía tejiendo, tejiendo; pero tan inusitado era el silencio de mi vecino que, extrañada, me pregunté: ¿qué traerá éste hoy? Y lo miré de soslayo.

—¡Jesús, qué cara! ¡Qué transformación! Justo no era ya el individuo capaz de morir de insignificancia.

Bajé la vista y seguí mi contabilidad anterior, tejiendo más animadamente. De pronto:

—¡Oh, sí! — principió a decir con voz diferente de la sumisa voz suya; — por motivos menos graves se han dado en Santo Domingo espectáculos sangrientos. Ayer, sin ir más lejos, se ha visto a ese carpintero, cuyo crimen censuran los periódicos, abandonar su trabajo y entrar a su casa, formón en mano para asesinar a los asesinos de su dicha. En su declaración no ha omitido detalles. Nunca había dudado de ellos. Ella parecía obediente, lo hacía feliz y eso bastaba. En cuanto a él, ¿no era su mejor amigo?... Jamás le hubieran sido sospechosos. ¡Oh, no se debía abrir el alma inopinadamente a la amistad, que la gente mientras más amada más nos hiere! Los sorprendió y no encontraba suficiente las anchas heridas ni los clamores de la agonía.

—Evítese la narración de lo que no ignora, — le interrumpí — y dígame que le ocurre.

—Dispénsame, vecina, pero déjeme seguir. Quiero referir la escena porque justifico el hecho en cada uno de sus detalles. Ese hombre no sólo vengó su honor sino el de muchos maridos ultrajados. Para mí, cuando menos, su acción es un fuerte estimulante. Es como un áspero grito que repercute en el alma preñada de tormentos... No me interrumpa usted, vecina, no me interrumpa. Oígame: necesito decirlo, confesárselo a usted que es una mujer honrada, porque de lo contrario el hervidero de iras que me ataraza el pecho me quitaría la serenidad que necesito. Mi esposa, Nenú, me engaña.

—Qué dice usted, Justo? Mida sus palabras. Miré que en cuestiones íntimas no se deben hacer acusaciones definitivas.

—Cuando no se tiene certidumbre moral, replicó. Además, ¿qué importa! Usted sólo sabrá ahora lo que los demás en breve. Ya tengo listo el revólver: nos veremos esta noche y que luego sea lo que Dios quiera...

—Pero, vamos hombre, quizás en lo que usted supone haya sólo un mal entendido.

—No, vecina, déjeme contarle... Mi esposa es mujer de otro. Yo estoy en mi hogar demás. Allí apenas soy un agregado. ¡Y pensar que no lo hubiera comprendido nunca! Fué preciso que un anónimo me dijera: "Tu mujer te engaña con Camilo"...

—¡Con el Gobernador! — exclamé innecesariamente, porque antes de que se apagara el eco de mis palabras ya había comprendido yo toda la extensión de la verdad. Recordé la seriedad equívoca de Nenú y como quien piensa busca en un libro de consultas, miré avidamente la señal en Justo. Sí, desgraciado, pensé, te engaña. Y seguía contemplando la señal. Mi vecino tenía el cuello largo y el hombre que tiene el cuello largo está fatalmente condenado a esa clase de engaños. Esta observación mía es de verdad inquestiona-

ble. Y como Justo esperaba que yo hablara, dije tratando de desvanecer mi impresión:

—Pero hombre, un anónimo...

—Sí, un anónimo que me hizo comprender toda mi vergüenza; es decir, toda mi vida de marido. Comprendí por medio de él que he sido desde hace tiempo vil juguete; y después de ver mancillado un mundo moral, se alzó en mí hasta la duda de si mis hijos son hijos míos. Ayer le dije a ella: "Nenú, oye: le pones término a eso, o no responderé de mí"... Y anoche cuando volví de mi oficina, encontré en casa a Don Camilo. ¡Dígame usted si yo puedo aguantar esto! El ordenó, como si fuera dueño de todo! "Justo, desde esta noche su dormitorio está en ese cuarto (y señaló el de los niños). Para nada tendrá usted que entrar al aposento de la señora"...

—Pero eso no puede ser cierto. Y usted ¿qué hizo, hombre de Dios? demandé indignada.

Por toda respuesta Justo Félix tomó el sombrero y, automáticamente, como poseído de una idea-fuerza, salió a la calle.

Luego de tal confidencia vacilaba yo "en el círculo de mi conciencia", si debía o no permitir que se perpetrara el crimen y que ese pobre hombre que había pasado su vida de la casa a la oficina, siempre en trabajo, cuando menos fuera a purgar su acción a un calabozo: todo por una mujer liviana. Mas la moral indignada me decía que yo no debía oponerme y una curiosidad malsana me impelía a ser testigo de la sangrienta venganza. Porque yo tenía ya la convicción de que nada, ninguna fuerza humana, puede aplacar los celos de un hombre tímido ni refrenar la cólera del paria que se rebela. En ellos se levanta y protesta la síntesis del dolor humano.

Y como nuestras casas se comunicaban por los patios, salí de la mía y, sigilosamente, entré a la de mi vecino. Así yo, Juana Méndez, fui testigo de ese asombroso suceso.

Tanto fué mi cuidado, al andar, que tuve la sensación de que mis pisadas afirmaban el silencio. Entré. En el cuarto contiguo al comedor, donde me detuve, se oía un sosegado respirar de niños dormidos.

Del aposento principal llamó una voz — que no era la del esposo — y hacia allí, obedeciendo, se dirigió Nenú serenamente. ¡Qué cosas tiene la vida! De ese mismo aposento brotó luego una tos nerviosa, incontenible, pertinaz, que duró más de un largo y penoso minuto.

Yo no debo estar aquí, me dije: "Quien escucha, su mal oye". Este no es el puesto de una mujer honrada.

Quise irme; pero no pude moverme. Sentí que la sala ya no estaba sola y me pareció que la tos volvía a sonar en mis oídos, asperamente, como avance de desgracia. Entonces deseé que en mí se ahogaran la tos y el sentimiento de que en la sala había gente, y cerré los ojos para no ver. Pero en mi interior irradiaba una luz que me hacía distinguir todo al mismo tiempo y mi memoria, con precisión dañina, me recordó el revólver de Justo. Comprendí, mejor que antes, las miradas de odio y el acento de aquella voz. Voz dolorosa, eco sordo de un mundo moral que se derrumba. Y simultáneamente recordé también el sangriento crimen de la vispera y otros de los mal llamados "Dramas de amor". ¡Ay, lo que puede un hombre enfurecido!

Cuando más se obstinaban mis sentidos en permanecer abiertos, en la intuitiva espera del primer disparo, vi y sentí que Justo avanzaba lentamente; que con el cuello distendido, largo como nunca, se dirigía al cuarto de los niños, y oí que, al pasar frente del aposento principal, dijo con voz sumisa, insonora casi:

Buenas noches, don Camilo...

Sócrates Nolasco.

*El
drama*

*de la
helada*



JUNIO. Mañana de neblina. Vegetación aterida. En todas las hojas el adorno de diamantes con que las adereza el rocío. Pasan colonos que se dirigen a las tementeras, transidos de frío, echando humaraz por la boca.

Frío. Frío de helada de esos que matan pajaritos y nos pone sorbete dentro de los huesos.

Habíamos salido temprano para ver los cafetales, y allí nos detuvimos, en la loma

de la cuchilla, en el punto más alto de la hacienda. El mayor, doblando la pierna sobre la cabezada de la montura, volvió el cuerpo hacia el mar de cafetos, extendido delante de nuestros ojos, y dijo, con un amplio gesto:

—¡Todo esto es obra mía! ¡Vea!

Vi y comprendí el orgullo de tal compatriota. Aquel domador de sertones era una fuerza creadora, de esas que ennoblecen a la especie humana.

—Cuando adquirí esta gleba, era todo

selva virgen, de punta a punta. Limpié, corté, quemé, abrí caminos, drené valles, estiré alambrados, sembré café: hice todo. Trabajé como un negro cautivo durante cuatro años seguidos. Pero vencí. La hacienda está formada. ¡Vea!

Ví el mar de cafetos ondulando por los senos de la tierra, disciplinado, en hileras de absoluta regularidad. ¡Ni una falla! Era un ejército en pie de guerra, pero bisoño aún. Sólo el año venidero entraría en acción. Hasta allí, los primeros

frutos no pasaban de escarmuzas de cosecha. Y el mayor, jefe supremo de aquel ejército verde, creado por él, disciplinado, preparado para la batalla decisiva de la primera zafra grande, la que liberta al facendero de los gravámenes de formación, tenía una mirada, orgullosa, de padre delante de hijos que no mienten la estirpe.

El facendero paulista es una cosa seria en el mundo. Su energía crea. Cada facienda es una victoria sobre la fiera retráctil de los elementos brutos, coaligados en la defensa de la virginidad agredida. Su esfuerzo de gigante paciente nunca fue cantado por los poetas, y mucha epopeya anda por ahí que no vale la de estos héroes del trabajo silencioso. Extraer una facienda de la nada, es proeza formidable. Alterar el orden de la naturaleza, vencerla, imponerle una voluntad, canalizarle las fuerzas de acuerdo con un plan preestablecido, dominar la eterna reacción de la maleza dañina, disciplinar los hombres de lucha, quebrar la fuerza de las plagas... batalla sin treguas, sin fin, sin momento de reposo, y, lo que es peor, sin la seguridad plena de la victoria. Recógela, no pocas veces, el acreedor, un copartípe que adelantó unos patacones carísimos y se quedó, a salvo, en la ciudad, con las manos cruzadas sobre la barriga, de cuclillas sobre un título de hipoteca, atisbando el momento oportuno para caer sobre la presa como un gavilán.

—¡Realmente, mayor, esto es como para ensanchar el pecho! Es, delante de espectáculos como éste donde veo la mezquindad de los que allá afuera, cómodamente parasitan del trabajo del agricultor.

—Dice usted bien. Hice todo, pero el luero mayor no es mío. Tengo un socio voraz que me chupa, él sólo, una cuarta parte de la producción: el gobierno. Sangranla, después, los ferrocarriles; pero de éstos no me quejo, porque dan algo en cambio. Ya no hablo de los tiburones del comercio, de ese bando de intermediarios que comienza allá, en Santos, en el zángano, y va, en una cadena, hasta el torrador americano. ¡Pero no importa! El café da para todos, hasta para la bestia del productor... — concluyó bromeando.

Pusimos los animales al paso, con los ojos siempre presos en el cafetal interminable. Sin un defecto de formación, las paralelas de verdura ondeaban, siguiendo el relieve del suelo, hasta confundirse, allá lejos, en una masa uniforme. Verdadera obra de arte en que el hombre, sobreponiéndose a la naturaleza, le imponía el ritmo de la simetría.

—Sin embargo — continuó el mayor, — la batalla no está ganada todavía. He contraído deudas; la facienda está hipote-

cada a judíos franceses. Como no vengan las cosechas que espero, seré un vencido más por la fatalidad de las cosas. La naturaleza, después de subyugada es madre: pero el acreedor es siempre verdugo...

A espacios, perdidas en la onda verde, "peroberas" sobrevivientes erguían sus troncos retorcidos, como galvanizados por el fuego en una convulsión de dolor. ¡Pobres árboles! ¡Qué destino triste el verse, un día, atrancados a la vida en común y aislados en la verdura rastrera del café, como reinas esclavas a la cola de un carro de triunfo! Huérfanos de la selva nativa ¡cómo no han de llorar el abrigo de otrora! ¡Vedlos! No tienen la elegancia, la frondosidad de las copas de los que nacen en campo abierto. Su ramaje, hecho para la vida opresa de la selva, parece ahora grotesco; su altura desmesurada, en desproporción con su fronda, provoca la risa. Son mujeres desnudadas en público, rígidas de vergüenza, sin atinar qué parte del cuerpo han de ocultar. El exceso de aire los aturde, el exceso de luz los martiriza: afectos, como estaban, al espacio exiguo y a la penumbra soñolienta de un "habitat" milenario.

Facenderos desalmados: no dejéis nunca árboles desnudos por el cafetal... Cortadlos del todo, que nada es más punzante que el forzar a un árbol a ser grotesco.

—Aquella "perobera" que está allí — dijo el mayor — la dejé para señalar el punto de partida de este tablón. Se llama la peroba de Ludgero, un bahiano valiente que murió junto a ella aplastado por un coquero...

Tuve la visión del libro abierto que serían para el facendero aquellos parajes, y dije:

—¡Con todo, aquí debe fallarle la memoria!

—¡Es asimismo. Todo habla a mi memoria. Cada tronco de árbol, cada pedregullo, cada recodo del camino tiene una historia que la sé, trágica a veces, como la de esa peroba; a veces cómica, pintoresca siempre. Allí... ¿Ve aquel tronco de "jerivá"? Fué una tormenta de febrero. Me había guarecido en un rancho cubierto de totora, y allá, en silencio, esperábamos, yo y la cuadrilla, que terminase el diluvio, cuando estalló un rayo encima, casi, de nuestras cabezas.

—¡Fin del mundo, patrón! — recuerdo que me dijo, con una mueca de terror, el finado Pepe Coivara. — ¡Parecía!... Pero fué tan solo el fin de un viejo coquero del cual queda hoy, "sic transit"... ese pobre tronco... Pasada la lluvia le encontramos deshecho en astillas.

Más adelante la tierra se abría en zanjones, colorada, desmoronada, en coleos, hasta morir en el arroyuelo. El mayor señalándola, dijo:

—Escenario del primer crimen cometido en la facienda. Pollera, ya se sabe. En las ciudades y en las sierras, pollera y trago son el móvil de todos los crímenes. Se cosieron a puñaladas, aquí, dos cearenses. Uno acabó en el lugar; el otro cumple su pena en la cárcel. Y la pollera, muy contenta de la vida, vive con un "tertius"... La historia de siempre.

Y así, de evocación en evocación, a las sugerencias que andando iban surgiendo, llegamos a la casa habitación donde nos esperaba el almuerzo.

Almorzamos, y no sé si por la buena disposición creada por el paseo matinal o por el mérito excepcional de la cocinera, el almuerzo de aquel día quedóme grabado para siempre en la memoria. No soy poeta, pero si Apolo algún día me diera en la cabeza el destello del padre Vieira, juro que antes de cantar Lauras y Natercias, he de hacer una belleza de oda a aquel almuerzo sin igual, única saudade gustativa con que bajaré a la tumba.

En seguida, mientras el mayor atendía a su correspondencia, salí al patio a distraerme, y allí me puse a conversar con el administrador. Supe por él lo de la hipoteca que gravaba la facienda y la posibilidad de otro, no el autor, de venir a recoger el fruto del penoso trabajo.

—Pero eso — aclaró el hombre — sólo en el caso de mucha desventura: granizo o helada, de esas que ya no vienen.

—Que ya no vienen, ¿por qué?

—Porque la última helada grande fué en el 95. De ahí para acá las cosas se enderezaron. El mundo con la edad, cambia, como cambia uno. Las heladas, por ejemplo, se van acaando. Antiguamente nadie plantaba café donde plantamos hoy. Era sólo de mitad del morro para arriba. Ahora, no. ¿Vió aquel cafetal del medio? Tierra bien baja; sin embargo, si bate la helada allí, es siempre una cosita de nada: un tostado de nada. De modo que el patrón, con una o dos cosechas, paga la deuda y queda siendo el facendero más "prepotente" del municipio.

—Así sea, que bien se lo merece.

Lo dejé. Dí algunas vueltas, fuí a la quinta, estuve en la porqueriza viendo jugar los lechones, y después subí. Estaba un negro dando a las venecianas de la casa la última mano de pintura. ¿Por qué las pintarán siempre de verde? Le interpele. Pero el negro no se embarazó. Respondió sonriendo:

—Pues veneciana es verde como el cielo es azul. Es de la naturaleza de ella... Acepté la teoría y entré.

En la mesa la conversación giró alrededor de la helada.

—Este es el mes peligroso — dijo el mayor. — El mes de aflicción. Por mayor entereza que tenga un hombre, tiem-

bla en esta época. La helada es una eterna pesadilla. Felizmente, no es ya lo que era antes. Ya nos permite aprovechar mucha tierra baja en donde los antiguos, ni por sombra, plantaban un solo pie de café. Pero a pesar de eso, uno que ha facilitado lo que yo, está siempre con la pulga detrás de la oreja. ¿Vendrá? ¿No vendrá? ¡Dios es quien lo sabe!...

Su mirada se hundió por la ventana, en un sondeaje profundo al cielo límpido.

—Hoy, por ejemplo, está con aspecto. Este frío fino, este aire parado...

Permaneció pensativo unos instantes. Después, espantando las nubes, murmuró:

—No vale la pena pensar en ello. Lo que tiene que ser allá está escrito en el libro del destino.

—¡Librete de los aires!... —objeté.

—Cristo no entendía de agricultura —replicó sonriendo.

Y la helada vino. No heladita mansa, como la de todos los años, sino calamitosa, helada cíclica, traída en ondas de la Argentina.

El sol de la tarde, mortecino, diera una luz sin luminosidad, y rayos sin calor alguno. Sol boreal, tiritante. Y la noche cayó rápida, sin preámbulos. Me acosté temprano, castañeteando los dientes y, en la cama, a pesar de estar envuelto en dos cobertores, permanecí aterido durante una buena hora antes que viniese a agujonearme el sueño.

Me despertó la campana de la hacienda y a la madrugada y, sintiéndome entumecido, con los pies doloridos, me levanté con un ejercicio violento, único remedio eficaz en casos semejantes. Salí al patio. El relente estaba que cortaba las carnes. ¡Pero qué maravilloso espectáculo!

Blancuras por todas partes. Suelo, árboles, céspedes y pastizales, eran, de punta a punta, una sola sábana blanca. Los árboles inmóviles, rígidos de frío, parecían salir de un baño de cal. Destellos de hielo por el suelo. Aguas cristalizadas. Las ropas de los tendedores tiesas, como endurecidas en almidón. Las pajas de los patios, las mazorecas de maíz, al pie de los comederos, la teja de los muros, el tope de las tapias, la vara de los cercos, el reborde de las tablas, todo polvoreado de blancuras, lactecente, como llovido por una bolsa de harina. ¡Maravilloso cuadro! Invariable como es nuestro paisaje, siempre en los mismos tonos el año enteró, encantaba sobremanera verlo de súbito cambiar, y vestirse de un esplendoroso velo de novia, ¡ay!, ¡de novia de muerta!...

Durante algún tiempo caminé al azar, arrastrado por el esplendor de la escena. El maravilloso cuadro de sueño en breve

moriría borrado de la tela por la esponja de oro del sol. Ya por los picos y chateces de piedra andaban los rayos en la tarea de restaurar la verdura. Abrían manchas verdes en la blancura de la helada, dilatábanlas, entremostrando nesgas del verde sumergido.

Sólo en los bajíos, faldas sombrías o sitios sombreados por los árboles, la blancura persistía aún, contrastando su nítida frialdad con los tonos clientes resurrecidos. Vencía la vida conducida por el sol.

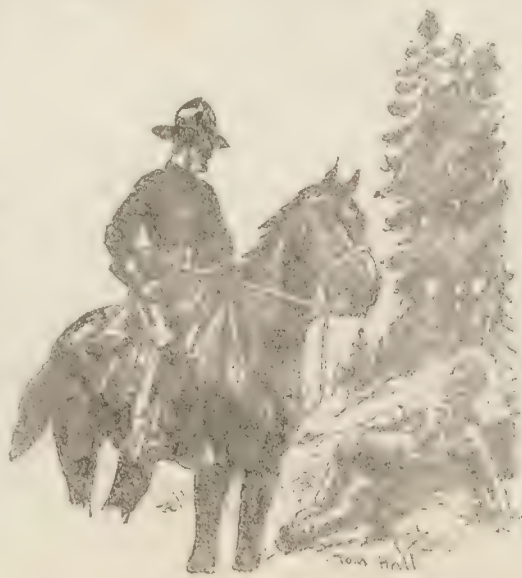
Pero la intervención del fogoso Febo, apresurada de más, transformó en desastre horrendo la nevada de aquel año, la mayor de cuantas dejaron señales en las sementeras de San Pablo. La resurrección del verde fué aparente. Estaba muerta la vegetación.

Días después, por todas partes, la vestidura del suelo era un burdo trapo inmenso, donde la sepia exhibía la gama entera de sus tonos reseco. Punteábalo apenas, aquí y allá, el verde-sucio de los eucaliptus, el invencible verde-negro de los naranjos y el esmeraldino del malvavisco...

Cuando regresé, el sol estaba alto ya, y la casa transida del terror de las grandes catástrofes. Sólo entonces advertí que el bello espectáculo que yo, hasta ahí, sólo encarara en su prisma estético, tenía un reverso trágico: la ruina del heroico facendero.

Y le busqué ansioso. Había desaparecido. Pasó la noche en claro — díjome su mujer — y de mañana, apenas clareara, fué a la ventana y allí permaneció inmóvil, observando el cielo al través de los vidrios. Después, salió, sin pedir, siquiera el café, como era su costumbre. Iría a examinar el sembrado, probablemente.

Debía ser eso. Pero como tardase en



volver — ¡las once, y nada! — la familia entró en aprensiones. Medio día. La una, las dos, las tres, ¡y nada! El administrador, que por orden de la esposa había salido a buscarlo, volvió tarde; pero sin noticias.

—Batí todo, y ni el menor rastro. Temo alguna cosa. Voy a distribuir la gente por ahí en su busca.

Doña Ana afligida, con los dedos de las manos entrelazados, sólo decía una cosa:

—¡Qué va a ser de nosotros, Dios santo! ¡Quincas es capaz de una locura!...

Púseme en campaña yo también, en unión del capataz. Corrimos todos los caminos, hurgamos grutas en todas direcciones: inútilmente. Cayó la tarde. Cayó la noche: la noche más lúgubre de mi vida; noche de desgracia y de aflicción. No dormí. Imposible conciliar el sueño el aquel ambiente de dolor, sacudido de llanto y de sollozos.

A una cierta hora los perros ladraron en el patio, pero callaron en seguida. Rompió la mañana, glacial como la de la víspera. Todo apareció helado nuevamente. Vino el sol. Repitióse la mutación de escena. Desvaneciéndose la albuza y el verde torrado de la vegetación envolvió el paisaje en un sudario de desaliento. En la casa repitióse el corre que te corre del día anterior; el mismo vaivén, los mismos "¿quién sabe?", las mismas pesquisas inútiles.

A la tarde, sin embargo — a eso de las tres — apareció despavorido uno de los peones gritando de lejos, en el patio:

—¡Lo hallé! ¡Está junto al zanjón!...

—¡Vivo? — preguntó el capataz.

—Vivo, sí; pero...

Doña Ana apareció en la puerta de la casa, y al oír la buena nueva exclamó, llorando y sonriendo:

—¡Bendito seas, Dios mío!...

Minutos después partía con rumbo al zanjón, y a cien pasos de él divisé un bulto a vueltas con los cafetos quemados. Nos aproximamos. Era el mayor.

¡Pero, en qué estado! Las ropas hechas jirones, los cabellos sucios de tierra, los ojos vítreos, desvariados. Tenía en las manos una lata de pintura y un pincel. No advirtió nuestra presencia. No interrumpió su tarea. Continuó... continuó pintando, una por una, de risueño verde esmeraldino de las venecianas, las hojas quemadas del cafetal muerto...

Doña Ana, aterrada, se detuvo atónita. Después, comprendiendo la tragedia, rompió en un llanto convulsivo:

—¡Loco!... ¡Loco, Dios mío!

M O N T E I R O L O B A T O

El amor de mis amores



IN García Victorica, que entre otras bellas condiciones ostenta la de ser el "petit Larrouse amoureux" de su generación, referíame noches pasadas las incidencias de un pintoresco romance, del que serían protagonistas una encantadora joven de veintidós años y un inexperto adolescente cuya candidez y hermosura evoca los comienzos de aquel ebúrneo Dorian Grey que Oscar Wilde exaltara en rasgos magníficos y eternos.

En el relato de mi amigo, chispeante de la agudeza habitual que pone simultáneamente en sus labios un acento de gracia y un tono de ironía, no faltó un solo detalle de tan peregrina aventura, y si hoy me atrevo a abandonar el anónimo en busca de un probable lector, lejos de moverme a risa sus palabras, las oí con la silenciosa amargura con que Jean Valjean escuchara del buen sacerdote la crónica de sus propios delitos.

Además, cuando ya se ha podido decir como Ricardo Gutiérrez en la carta a Lucía "Adiós, mi planta de tu umbral se aleja...", cuando el tiempo ha consumado su obra en la mente y en el corazón y cuando los hijos de nuestros amigos, ocupando en sociedad los puestos de vanguardia, nos dan la evidencia de la perdida juventud, no hay escrúpulo posible para lanzar a los vientos la gran confidencia, aun cuando su simple recuerdo arranque del alma la blasfemia profunda...

Yo tenía entonces 16 años, vale decir, la edad terrible, la edad inocua, la edad desgraciada por excelencia. Bien que pese a las coplas de Manrique, cuyo incondicionalismo por el pasado ha llegado a ser un lugar común del peor gusto, insisto en que no hay en el mundo, en la vida, en el espacio y en el infinito una cosa más desagradable ni una tortura más cruenta que la de tener 16 años.

Las razones, entre muchas otras, son las siguientes:

1. — Hay que ir al colegio forzosa e irremediamente, salvo los días de difícil y temeraria rabona.

2. — Cuando uno se porta mal es indispensable fingir que se cree, todavía, en la promesa que le hacen los padres de ponerlo en un buque de guerra.

3. — Es forzoso guardar silencio ante todas las visitas de de la casa que se consideran en la obligación de afirmar que uno está cada día más grande.

4. — Se es el único indicado para levantarse de la mesa a la hora del almuerzo o de la comida, si alguien llama al teléfono.

5. — Hay que ir a visitar a todos los parientes de ambos sexos "en el día de su santo", sin resistirse a recitar "El nido de cóndores" en casa de la tía vieja, quien jura por ahí que uno es muy inteligente.

6. — Es preciso ponerles buena cara a los novios o feste-

jantes de las hermanas mayores para que no le pregunten delante de sus padres ¿qué tal van los estudios? ¿Qué nota te han puesto este mes en geografía?

7. — Es obligatorio firmar el recibo de todos los telegramas que llegan de la estancia y las boletas con los envíos de las tiendas cuyos embalajes, siempre simétricos, nunca le dejan a uno desenvolverse.

8. — Es indispensable enjuagarse la boca varias veces por día para que la hermanita menor, que es una metida, no pueda decir: ¡Oh, mamá, fulanito ha fumado!

9. — Hay que luchar desafortadamente por el peinado y el cuello siempre hostiles y por la delineación imposible de los flamantes pantalones largos cuyas rodilleras triunfan a esa edad sobre la plancha, sobre el colchón, sobre la puerta del ropero y sobre todos los procedimientos habidos y por haber.

10. — Es forzoso abstenerse de comer choelos y espárragos por las dificultades que comporta la administración de los utensilios correspondientes, y

11. — Hay que librar batallas campales con los hermanos, hermanas, primas, primos y demás deudos, cuando le critican a uno los amigos del colegio por la sencilla razón de llamar se Peasfrutini, Pichón o Guerricovich.

En fin, estas y muchísimas otras razones fundamentales, que sería muy largo enumerar, hacen, a mi modo de ver, del muchacho de 16 años el gremio más desgraciado de la creación, a no ser que en los tiempos actuales los que tienen esa edad alcancen la gloriosa posesión de una motocicleta o la dicha de lucir el magnífico uniforme de los "boy-scouts", esa elegante y amenísima institución que, aparte de immortalizar los nombres de don Bosco y de don Francisco Moreno, nos brindan en las fiestas patrias un armonioso e incansable espectáculo de orden, de marcialidad y de disciplina.

Volviendo a mi historia (y suplico a los estilistas me perdonen el gerundio), debo mencionar en honor de la verdad las cuatro circunstancias atenuantes que hicieron de mis 16 años una pena menos angustiosa que la del resto de los mortales de mi tiempo.

a) Usé constantemente mi monograma en la pretina del cinturón:

b) Practiqué la cura total de una boquilla de ámbar, robada a un grillo del Jardín Florida.

c) Fui aliado de Laucha López, cuando la famosa guerra contra el francés de las calesitas, y

d) Amé locamente a Aurora, la mujer más hermosa del mundo.

¡Aurora! Yo no soy de esos escritores irreverentes que gus-

tan meterse con el lector, acosándolo a preguntas; pero esta vez ha de permitirme que le interroge: ¿Querrá creer que aún después de tantos años transcurridos no puedo pronunciar su nombre sin sentir opresión en el pecho y lágrimas en los ojos? ¡Aurora! Sí ya sé lo que van a decir, que es un nombre cursi, que es un nombre de guaranga, que es un nombre de lan-cha del Tigre. ¡Oh, desventurados! ¡Cómo se advierte que no conocisteis a esa criatura estupenda a la que no se pudo bautizar sino como al primer celaje que ilumina al mundo, como al sonrosado matiz que arranca al ruiseñor sus más armoniosas trinos, como a esa tenue luz de amor y de esperanza que todos los días denuncia en oriente la presencia de Dios!

Aurora, como Blanca de Bealieu, tenía veintidós años como don Benito Villanueva, vivía en la calle Larga de la Recoleta, y como don Cristóbal Colón era hija de un pobre cardador de lanas. Ninguna de estas tres coincidencias podía impedir, ciertamente, que su rostro fuera virginal, que su pelo fuera más rubio y abundante que el de Aphrodita, que no hubiera incompatibilidad entre sus ojos celestes o su mirar profundo, que sus dientes, sin ser de perlas ni de nácar, fueran sanos, limpios y casi todos iguales, que su cuerpo fuera divino como el de la Diana de Falguiere que poseía entonces el doctor Aristóbulo del Valle, ni que la expresión de su cara fuera la más sublime del universo, tanto así que al lado del esguince de su boca, siempre fresca, la zonga y popular sonrisa de Gioconda resultaba, a mi modo de ver, el gesto de una persona distinguida después de tomar un frasco de Emulsión de Scott.

Sin embargo, las tres circunstancias apuntadas tuvieron una influencia importantísima en el curso de nuestros amores, pues a no mediar los seis años de edad que me llevaba, me habría podido esperar; de no vivir en la calle Larga yo no hubiera tenido que hacerla confidencias al cabo de facción en la esquina de Callao, que luego resultó un traidor y se lo contó todo al pobre cardador de lanas, y finalmente, si este distinguido ciudadano en vez de poner en sus tarjetas "Giacomo Palestro, colchonero", hubiera dejado entrever la propiedad de alguna estancia, en cualquiera de los cuatro puntos cardinales de la provincia de Buenos Aires, mi familia no habría tenido motivos serios para hacerme oposición ni mi padre me hubiese impuesto como penitencia copiar diez veces el primer capítulo de "El ahorro" de Samuel Smiles, un señor antipático e Inglés que se complace en aconsejarle a uno cosas más tontas y aburridas que hacer trampas jugando al solitario.

El "coup de foudre" se produjo una tarde en que yo volvía del colegio con el pato Egusquiza. La vi y la amé como debía sucederle razonablemente a quien acababa de leer la dulce "María" de Jorge Isaacs. Y porque la amé de una manera romántica y definitiva "pura el alma y celeste el pensamiento" al decir de Miguel Cané, no seguí los consejos de mi camarada, quien me propuso una ofensiva que hubiera horrorizado a Lamartine.

Desde aquel momento Aurora fué la obsesión de mi vida. Por la mañana, por la tarde y por la noche, a toda hora y con cualquier motivo pasaba yo jadeante por el frente de su casa. El buzón de la esquina Rodríguez Peña no me dejará mentir; él fué el testigo de mis cuitas y mis andanzas y aun hoy cuando

paso a su lado me parece reconocer en su boca enorme y desdentada la sonrisa socarrona del confidente fiel.

Excuso decir que desde que comenzó este idilio usé guantes color patito bastón flexible y alfiler de corbata con una herradurita de brillantes, hice esfuerzos sobrehumanos para no comerme las uñas que a esa edad son tan sabrosas, gasté toneladas de piedra pómez para los dedos entintados siempre, llevé invariablemente bajo el brazo un texto de Física o de cualquiera otra materia fundamental, no abrí un solo libro de estudios sino para escribir el nombre de Aurora en cada una de sus páginas y aprendí todos los versos de Musset y Sully Prudhom que encontré a mano para recitárselos a quien había concluido por ser el único motivo de mis inquietudes, mis ensueños y mis esperanzas...

La oportunidad llegó una tarde, en las cinco Esquinas, a la hora del crepúsculo. Aurora, como las diosas más atendidas en las fiestas del Olimpo, venía democráticamente en cabeza y me sonrió al pasar. Hasta ahora no sé como pude acercarme, vacilante y tembloroso, inseguro de mi palabra virgen aun para el supremo idioma. Me acogió amablemente y "amor sonó la lira..." como hubiera dicho Juan Cruz Varela. La entrevista fué larga y cordial y aunque sufrí un pequeño desencanto cuando después de recitarle yo una encendida estrofa de Lord Byron, ella me dijo: "no diguea, joven", afirmo que la pasión de Peleas y Melisandre fué un simple flirt de a bordo al lado de la que aquella noche unió nuestros corazones en un supremo juramento de eternidad...

El destino quiso las cosas de otra manera, pues la felonía del cabo de facción desbarató todos nuestros planes. Don Giacomo nos sorprendió una tarde en que bajo los paraísos de la calle Larga contábale yo a mi adorada por centésima vez la leyenda del delfín y la pastora, poema exquisito que la hacía llorar. Lo que vino después nadie quiera saberlo, tendría que enterarse de muchas cosas íntimas, hasta del fracaso de un suicida disidente que en lugar de pedirle al comisario que no culpaba a nadie de su muerte, establecía en términos concretos las responsabilidades de su desesperación.

Aurora, que si hubiera tenido un poco de dignidad se habría metido en un convento, hizo precisamente todo lo contrario, pues se casó con un masagista. Comprendo que la rivalidad afortunada de un masagista no es una página brillante en la vida de un hombre de mundo. Pero, como todo lo que yo pudiera decir sobre el matrimonio de mi primer amor se atribuiría a despecho como aquel Sir Rodger Casement de la antología británica, prefiero cerrar elegantemente mis labios a la inútil imprecación.

Lo que sí, cuando pienso en los posibles expedientes de mi sucesor para enamorar a Aurora y en su contraste con el lirismo de mis festejos, siento acentuarse en mi espíritu una duda escéptica y un tardío arrepentimiento, que sin que yo los explique, todos comprenderán...



Conversación sobre amor

En el amplio salón medioeval,
sobre amor, disertaba la gente;
el abate decía: "Es un mal
que la vida hace atea y doliente"

Y la anciana duquesa, de cana
cabellera, cual pálida luna,
exclamaba: "Señor, fe cristiana
es amar; es bondad y fortuna".

Querían todos lucir en el tema,
parecer ingeniosos y sabios,
y medían el hondo problema
antes que algo dijeran sus labios.

Para uno era flor que volaba
de alma en alma, cual las mariposas;
para otro era Dios que bajaba
a trocar corazones en rosas.

—"Amor quiere volar sobre todo"
alguien dijo — "¿Mas como explicáis
si es así, que dirija hacia el lodo
vuestro ser, cuando más ciego amáis?"

—"Es un niño, por eso es que juega
con crueldad infantil en el mundo".

—"Y si es niño, ¿cómo es que do llega
vence, y tiene saber tan profundo?"

—"Es un ciego"—"¿Y cómo es tan certero?"
—"Porque es Dios..."—"Mas ¿cuál es la razón
del temor del que ama no infiero,
si un Dios lleva sobre el corazón..."

Luego dijo el abate: "El Demonio
casi siempre se asocia a Cupido",
y la anciana: "¿No es el matrimonio
sacramento por Dios instituido?"

—"Sin saber ni quién es ni a que viene,
con sonrisas, le abrimos las puertas;
al llegar, mientras labra, entretiene,
al salir deja sólo almas muertas..."

Se callaron... sentían un lloro;
Era Hortensia, la triste condesa,
que esperaba el regreso de un moro
muerto en lucha, en lejana dehesa.

Todos mudos, inquietos salieron,
en tal frase de amor, pensativos;
de aquel llanto, las lágrimas fueron
como puntos, de horror, suspensivos...

Alma, es vano que avives tus llamas
por decir del amor si no adoras;
corazón que enmudeces, si amas,
¡cómo hablas de bien cuando lloras!

Pedro Miguel Obligado

Nota Social



CELIA FERRERO, el día de su
casamiento con RODOLFO FIORITO

El diluvio

Tronó de Dios el irritado acento
la maldad viendo de la especie humana,
y al condenar su predilecta hechura
plegó las alas asombrado el viento,
extraña niebla se tendió en la altura
y enlutóse la faz del firmamento.

De nefanda alegría
lanzó un rugido el bátrato profundo,
gimió la tierra, estremeciéndose el mundo,
y el astro ardiente que la luz envía,
como augurando incomprensibles males
su curso trocó y sobre el yerto polo
alzóse con fatídicas señales.

De afán desconocido
opreso el corazón de los mortales,
sus odios un instante sofocaron,
y presas de recóndita pavora
a los cielos los ojos levantaron.

Súbita llamarada,
cual si llevase la sentencia dura,
la atmósfera rasgando encapotada
pasa lamiendo los enhiestos montes.
Al Supremo mandato, arrebatado
surcando los oscuros horizontes
el flamígero rayo se desata,
y el inmenso nublado
se rompe en infinita catarata.

Quebrántanse los techos
al golpe del turbión impetuoso,
de sus cauces estrechos
se arrojan los torrentes rebramando,
en vértigo espantoso
árboles y cabañas arrastrando.

La humilde fuentequilla, el manso río
que cual sierpes de plata
ayer llevaron su corriente grata
por los valles amenos,
con ímpetu bravío
hoy se desbordan de despojos llenos.

Libre al sentir sus irritadas olas
de aquella voz que encadenó su saña,
cual movable montaña
hambriento de cubrir toda la tierra
se arroja el mar de su insondable asiento.
Al rudo, inusitado movimiento
que playa y campos con sus ondas cierra,
a los templos se lanzan los nacidos
con tardo ruego y fúnebres gemidos
a invocar un poder que les aterra.
¡Divinidad sublime y vengadora,
de quien torpes un tiempo regeneraron
y que a su vez les desconoce ahora!

Se apagan los volcanes
humareda espantosa despidiendo,

desátanse furiosos huracanes,
cárdeno gira el sol, y al eco horrendo
del trueno tremebundo,
grito terrible, universal, profundo
alza en su angustia la creación entera.

La mole inmensa de las aguas zumba;
y en medio de las húmedas tinieblas
del relámpago ardiente los fulgores
muestran al hombre su entreabierta tumba
nuevo horror añadiendo a sus horrores.

Así la sierpe impura
no de pronto su víctima devora;
primero la fascina, la rodea,
de su poder segura
al sujetarla con mortal abrazo,
un instante en su angustia se recrea
y luego estrecha el ponzoñoso lazo.

¿Dónde refugio hallar? Desesperada
aun con las galas del nupcial banquete
tras el consorte va la desposada;
la fuga a entrambos la salvación promete.
Ya a la roca de puntas erizada
que él escaló con brazo vigoroso
rendida llega a infeliz esposa;
para ganar la cumbre descarnada
pídele ayuda de vivir, ansiosa.
¡Inútil protección! Cuando el esposo
con la robusta mano que le tiende
un instante en el aire la suspende,
el onda que la sigue despiadada
la arrebatada, la envuelve, y altanera
sigue avanzando en su triunfal carrera.

El déspota opulento
a la par que el esclavo miserable,
con insensato ardor ganan la cima
del árbol que en la altura se sublima,
mas cuando en él reposan un momento,
cetáceo formidable
a la lívida luz miran que avanza,
envuelto en el turbión interminable
del todo aniquilado su esperanza.

Las madres a sus hijos
con afán en los hombros levantando,
del relámpago vense a los destellos
con las ondas un punto reluchando,
ceder al fin y sucumbir con ellos.

Las peñas seculares,
donde los más audaces se refugian,
amenazando ruina se estremecen,
Las aves carniceras,
las alimañas del jaral inculto
al lado de los hombres se guarecen;
todo es desolación, horror, tumulto:

más feroces que tigres y panteras
los míseros humanos
desconocen los padres, los hermanos;
todo cariño el corazón sofoca:
y en tanto que las crestas de una roca
los más fuertes disputan a las fieras
por prolongar un punto su agonía,
los ancianos y débiles perecen
entre las ondas que a sus plantas rugen
y en progresión interminable crecen.

¿A dónde el globo oscuro
que tierra se llamó?

Ni un punto solo
de la más alta y encumbrada cima
en la extensión del agua sobresale,
¿Si en él se hundieron la maldad y el dolo?
¡ay! del castigo duro
una mano no habrá que le redima?
¿A impulsos del horrible cataclismo
ya por siglos sin cuento,
como piedra sumida en el abismo
yacerá bajo el húmedo elemento?

Mirad, mirad... La soberana mano
que retiró indignada
el Supremo Hacedor, tiende un instante
sobre aquel Océano
donde el arca del justo sobrenada.
Al esplendor que irradia su semblante
el éter se esclarece,
el agua aglomerada
que sin humanos límites parece
a la extensión inmensa del vacío,
a su excelso ademán rauda decrece;
la paloma del arca, con presteza
surca el ambiente frío
a ella tornando con la verde oliva;
y desde el monte que a marcarse empieza
hasta el confín de la celeste altura,
el iris se descubre de esperanza,
de paz y de perdón prenda segura.

Mas como el hombre impío
sólo confiesa lo que sólo alcanza,
quiso Dios que quedase indestructible
el recuerdo también de su venganza.
Y así como en memoria
del triunfo que alcanzó deja un monarca
sobre la altura su padrón de gloria,
de su excelso furor dejó la marca;
y en esas cumbres de nevados riscos
que el hombre apenas con su planta sella,
mandó a la mar que hundiese sus mariscos
como señal de su triunfante huella.

M A R I A M E N D O Z A D E V I V E S

El hombre que no amaba

NO puedo soportar más, Elena — explicó Marión a su amiga. — No me es posible vivir con un hombre que no me ama.

—No exageres — le repuso Elena, — no seas injusta. Cuando se casó contigo, debía amar-te...

—Tal vez. Pero quizá me haya hecho su esposa para que yo le anude la corbata, para que le aguante sus latas, para tener con quien discutir, para oponerse a todos mis proyectos, para hacer chistes a costa de lo que yo digo, para decir que nó a todo lo que yo pida, pero no permitirme tener un titi o un conejito, o un pollito. Quizás para hacerse la ilusión de que me va aplicar un día una buena soba, o un par de patadas o que le cocine un plato especial.

¡Cualquiera adivina por qué un hombre se casa! Sobre todo, un hombre como Lan!

Elena que volvía de Francia después de un largo viaje durante el cual no había sabido nada del matrimonio de Marión y de Lan, reflexionaba ahora, con la mirada ausente, preguntándose con qué argumentos persuasivos haría retornar a su triste hogar a la joven esposa rebelada.

—¡Si tan siquiera yo tuviera una prueba, una pequeña prueba de su amor! — lloró Marión. — ¡Pero nada, nada! Ni una sola vez me ha murmurado: "¡Te amo!", ni una sola vez me ha llamado: "¡Querida!"...

—¿Qué te dijo cuando se te declaró?

—Cinco palabras: "¿Quiere usted concederme su mano?" nada más.

—Debiste rechazarlo.

—Yo pensaba, entonces que se expresaba así por timidez, (y eso que la cara la tiene de gran sinvergüenza) pero cambiaría cuando estuviéramos casados... ¡Qué tonta fui! En cinco años de vida

matrimonial, ¡nada! Ni atenciones, ni sonrisas. Es como si tuviera en mi propia casa el sarcófago de un Faraón. ¡El sarcófago! ¡Ni siquiera la momia! Al lado de Lan, una momia es aún algo vivo. El nunca discute, siempre me da la razón como a los locos.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ante todo, marcharme a casa de mis tíos, en Marsella, hasta que mi fósil de marido pida el divorcio. Luego instalar un buen departamento en París y esperar un segundo marido verdaderamente enamorado.

Marión siguió al pie de la letra su propósito, dejando al hombre que no había sabido amarla la cortés esquela de despedida que sella implacablemente las huídas sin retorno. Pero fué entonces cuando el Destino interpretó su rol mudo. El fúnebre Lan no tuvo que pedir el divorcio, no tuvo que dolerse demasiado tiempo del vacío que se había hecho en su casa. Tres semanas después de su fuga, Marión recibió un telegrama en el que se le anunciaba que su marido había fallecido repentinamente. Se vistió de negro y regresó al domicilio conyugal a tiempo para figurar en los funerales de Lan. Durante la ceremonia y los días que siguieron, su conducta fué irreproachable, la de una viuda que tiene el pudor de su íntima pena. Luego, dedicóse a alegrar las tristes habitaciones, saturadas de fenol y del polvo de los siglos, alineaba los libros en grandes pilas para venderlos. Aquellos libros eran voluminosos, pesados. El primero que rodó de sus frágiles brazos se abrió al caer, revelando anotaciones hechas al margen de las páginas. Miró maquinalmente, y leyó: "Marión". Su bonito nombre francés se destacaba curiosamente — fresca flor — en el polvoriento texto griego. La joven viuda se

inclinó más y se puso muy pálida. Lan había escrito: "Marión, te amo".

Dejó el libro aterrada, como si el espectro de Lan se irguiese ante ella. Pero en seguida sintió que, mucho más grave que la sombra de un ser viviente, resultaba aquella sombra de un amor que se formaba en el seno de las más profundas tinieblas. Abrió otro libro, toda temblorosa. Entre dos apostillas en griego, veíase un corazón dibujado a lápiz; y, en este corazón el hombre grave había escrito ingenuamente: "Marión y Lan". En el tercer libro hojeado, no había ningún comentario, pero se repetía incansablemente, con el vértigo del insomnio, de la obsesión, del delirio: "Marión, Marión, Marión, Marión"...

Entonces, ella se precipitó sobre los papeles, sobre los textos de la enorme mesa-escritorio, sobre los manuscritos, sobre todo cuanto, al parecer, absorbiera, acaparara la vida y el corazón de Lan. Ella se encontraba en todos aquellos papeles. Ora eran simples iniciales, ora un calificativo tierno, patético: "Criatura", "querida", "adorada", "preciosa". Y leyó también una confesión desesperada: "Marión, si tú supieras cuánto me hace sufrir mi torpeza, cuánto me apena no saber decirte que te amo". Y, luego una frase aún más terrible, una frase corta, escrita en una libreta de apuntes: "Marión: Te amo más que a mi vida. Si te perdiera, moriría".

Tal cual, La había perdido. Había muerto. El hombre que no amaba a Marión no había sobrevivido a su partida. Madurado en el trágico silencio que le había costado su dicha, no había podido reaccionar. Había resbalado fuera del tiempo, suavemente. Le había parecido más simple morir que explicarse.

* * *

Cuando Elena se presentó en la casa para distraer a Marión, encontró a una pobre criatura muy dulce, muy dócil, muy distraída, la cabeza un poco inclinada como alguien que escucha un mensaje tierno y confidencial. Evidentemente—pensaba la amiga—Marión estaba más afectada por la muerte de su marido de cuanto quería dejar entrever.

Otra vez, Elena sorprendió a Marión inclinada sobre una pági-

EL SUTIL ESPIRITU DEL HOMBRE DE CIENCIA

que ha hecho imposibles en excepciones maestras también ha producido el Vasenol después de muchos años de experiencias científicas. Es la grasa natural de la piel humana que en forma de Crema Vasenol, usada en masajes regulares, conserva el rostro, brazos y cuello jóvenes y frescos. Al aumentar la actividad cutánea favoreciendo la circulación produce a su vez una renovación rápida y completa de todas las células. Úsela diariamente y la convencerá su resultado.

na de papel que iba cubriendo de caracteres febriles, urgentes, temblorosos. Si se hubiera aproximado más, habría podido leer: "Lan, yo te amo. Lan, yo te amo. Te amo, te amo, te amo..."

Pero se mantuvo discretamente a distancia, contentándose con preguntar:

—Escribes una carta, querida?

A lo cual Marión replicó con una voz nueva, transportada, extraña:

—No escribo. Contesto.

Con ninguno de los tres

TOMAS era un buen muchacho, alto y fuerte, de rostro franco y noble, con rubios cabellos que nunca estaban en posición adecuada. Cuando paseábamos juntos o cuando nos sentábamos frente a frente para tomar el té, era el hombre que el destino había señalado para compañero eterno de mi vida; y lo seguí creyendo así hasta el día en que nos encontramos para encontrarnos en el centro de la ciudad.

Sus trajes arrugados, que tan bien quedaban en el barrio semirural en que vivíamos, resultaban horribles en el elegante ambiente del centro; y sus revueltos cabellos eran la cosa más espantosa que se podía ver en el restaurant de lujo a donde fuimos a comer. Me produjo una vergüenza enorme al ver las miradas que los circunstantes nos dirigían, vergüenza a la que se unió la indignación cuando me convencí de que Tomás no se había preocupado de tener un aspecto presentable, ni siquiera en homenaje mío.

Tuve la intuición de lo que serían los años futuros, pasados junto a él. Ciertamente es que yo no me iba a enamorar de un hombre por la ropa, pero me asustaba pensar que, por importante que la ocasión fuera, Tomás se iba a presentar como un desarrapado o como un astroso mendigo. Y rompí con él.

SU ESPOSA DESPUES

Ricardo, en cambio, era un carácter absolutamente opuesto al de Tomás.

Siempre se presentaba ante mí, correctamente vestido, cuidadoso hasta de los últimos detalles. Ya viniera de un picnic, ya concurriera a una función de teatro, su apariencia era siempre immaculada, e irreprochable su aspecto.

Sus maneras también eran de lo más correcto: última palabra de la elegancia. Ciertamente, Ricardo nunca me haría pasar vergüenza... Pero, en repetidas ocasiones, pude ver insistentes miradas suyas dirigidas a espejos lejanos, que se repetían apenas se ponía a su alcance otra pulida superficie donde pudiera reflejarse su elegante figura...

¡Ah, no, mi querido Ricardo! Mucho temí que tu esposa ocuparía en tu vida un lugar secundario; que, antes que ella, estaría para ti el lazo de tu corbata o el brillo de tus zapatos... Y entonces, con todo mi sentimiento tuve que rechazarte también a ti.

COMO UNA ENFERMA

Después llegó Enrique a mi vida; el bueno de Enrique, tan atento, cariñoso... y fastidioso.

No era como Ricardo ni como Tomás: un término medio entre ambos; pero me abrumaba con sus zalamerías. Sus ojos expresaban perpétua adoración para mí; sus expresiones habituales eran: "¡Mi dulce Florencia!", "¡Mi querida Florencia!", "¡Mi exquisita Florencia!"; y yo no podía mover un dedo sin que él me adivinara la intención e hiciera las cosas por mí, aho-

REFRIGERADOR ELÉCTRICO



Un refrigerador eléctrico equivale a cien sirvientes cuya constante preocupación es conservar los alimentos y enfriar las bebidas mediante un frío intenso, seco y sano. El refrigerador eléctrico es económico y no requiere atención. Véalo Vd. en nuestras Exposiciones; puede ser adquirido al contado o en cuotas mensuales.

Compañía
HISPANO-AMERICANA de ELECTRICIDAD
CHADE

rrándome hasta esas pequeñas molestias que tan necesarias son para romper la monotonía de la vida.

Me imaginé entonces, lo que el porvenir me hubiera deparado en su compañía.

Cuidados, mimos sin cuento y sin término... Tendría que vivir siempre envuelta en algodones, como una enferma.

Y eso tampoco podía ser, pobre Enrique.

LLEGO DON PERFECTO

He oído siempre decir, a la gente juiciosa, que:

—Si te pasas la vida esperando a que llegue el hombre perfecto, se llevaría la misma respuesta que Tomás, que Ricardo y que Enrique: "¡No señor!". Porque tengo muchos defectillos en mi carácter para casarme con un hombre que carezca de ellos y me aplaste con su superioridad.

Para mí, don Perfecto debe tener también sus faltas, pero tan armoniosamente proporcionadas con las mías, que, en lugar de resultar un inconveniente, sean un complemento.... Y que el hallarlo no es un imposible, lo demuestra el hecho de que, ahora, soy su novia; ¡Y me siento inmensamente feliz!

Amelia Nóbile.

Páginas Gauchas

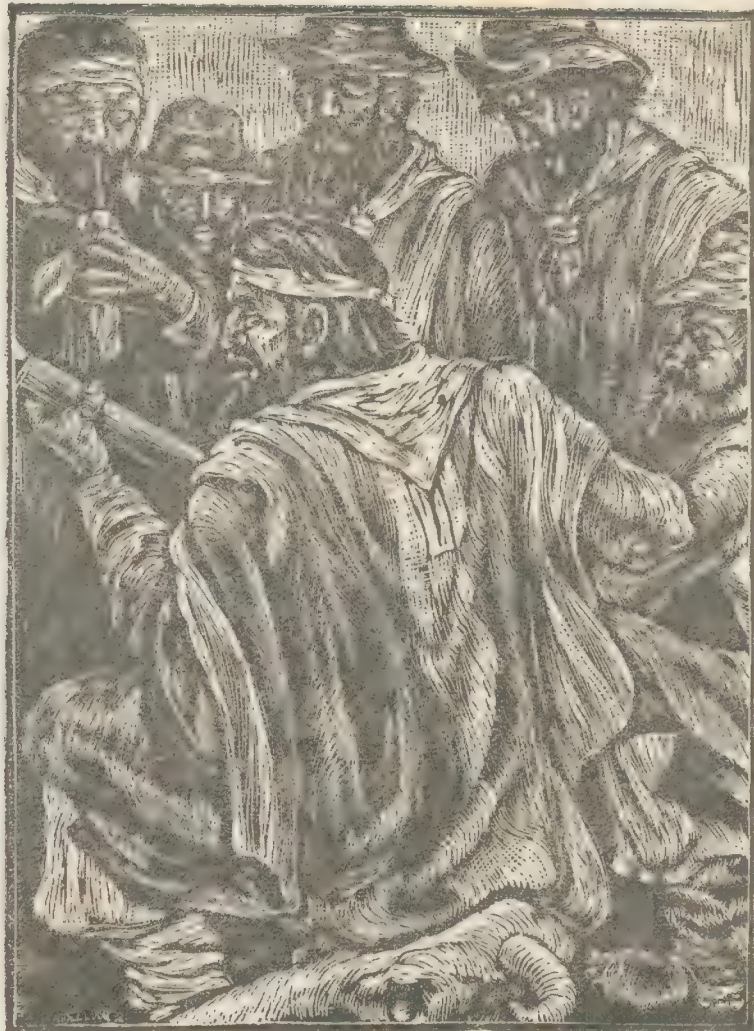
LA DOMA

El lazo viboreó sobre un oscuro
que entró con la tropilla, encabritado,
el cual cayó al instante, derribado
en el suelo fangoso y verdescuro.

El domador, sereno y sin apuro,
en el palenque lo dejó amarrado,
donde le fué el apero colocado
de doble cincha y de pegual seguro.

Y el jinete montó... Como una fiera
salió el potro, furioso, "campo afuera",
poniendo al domador en grave aprieto.

Y éste, probando su valor no escaso,
volvió con él, más tarde, a lento paso,
baja la testa, sudoroso y quieto.



El hijo de su amor

ES la tardecita. El sol galopa a su ocaso ocultándose tras las frondosidades del monte vecino. El emparrado cargado de pámpanos, extiende su deliciosa sombra por el patio de tierra apisonada; gozando de ella, Joaquín y Antonia, los moradores de la solitaria casa, a cuya escondida verja conduce serpeando entre cardales y gramillas un polvoriento camino, están sentados uno frente al otro, él con la cabeza gacha cargada de añejas nostalgias, ella haciendo maquinalmente labor de gancho, suspensa casi su persona toda de los labios de él, escuchando aquella historia que nunca supo por completo, que nunca quiso saber.

De cuando en cuando rompe el silencio murmuroso de la primavera el grito estridente de una gaviota que pasa, poniendo una fugitiva nota blanca sobre el horizonte indefinidamente azul.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, toda la historia? — dice Antonia fijando en él su mirada ansiosa — ¿Crees que te guardaría rencor? Nunca supe bien lo sucedido.

Joaquín calla sumido en sus pensamientos. La voz de su esposa es para él uno de los tantos ruidos que se elevan un ins-

tante en la lujuriosa naturaleza y se apagan en seguida en un misterioso silencio, para volver más tarde a aparecer, siempre diferentes y bellos, por lo mismo que no podamos explicarlos. Ellos están aislados por la sombra del recuerdo, sumidos en sus alegres o angustiosas rememoraciones; para ellos no existe en ese momento la juguetona primavera que revolotea a su alrededor y les hace guiños traviesos con la brisa perfumada, como invitándolos a corretear tras ella sobre el mullido césped y a la sombra de los árboles.

—Que no te cele este recuerdo, Antonia — dice Joaquín pasando una mano por sus entrecanos cabellos. — Yo la he amado mucho y dudo de que tal vez me comprendió y que para mí fueron sus últimas palabras... Tenía ella entonces diez y ocho años y yo veinte. ¡Ah, mis espléndidos veinte años!

Joaquín sonríe como si ante sus ojos viese una beatífica escena. Antonia estruja entre sus dedos el hilo y suspira mirando al cielo enrojecido, que se une con la tierra, allá en el confín del campo. Y mientras él continúa animándose por grados, ella se abate en un nerviosísimo malestar.

—¡Cómo se ensanchaba mi corazón y cómo vibraban mis nervios! Una acción valiente me exaltaba, de la misma manera que me sublevaba cualquier injusticia. entonces no comprendía los heroísmos silenciosos, esos que nos sacrifican continuamente sin darnos a la notoriedad. Podrás suponer con cuánto odio vería a Raúl galantearla, a aquel don Juan del pago, hijo del médico, pretencioso y exento de corazón. Debía alejarme para no saltar sobre él y cometer una barbaridad. Hay casos desesperantes en la vida, en que nos volvemos violentos, olvidando que

pertenecemos al dominio superior de las inteligencias. Siempre los malos engendran a los irreflexivos, que son su perdición. Los celos es una enfermedad, tal vez; pero su suplicio no llega al máximo sino cuando vemos que tiene una base real que se interpone entre nosotros y nuestro ideal. Yo quería a Laura como se puede querer a los veinte años; en esos amores primeros hay fuego dulzura, abnegación, prepotencia, heroísmo, de todo, pero todo sincero; y yo era así. Don Eugenio, su padre, estaba orgulloso de ella porque varios partidos buenos se le habían presentado ya, aunque rechazados debido a su corta edad; yo era su subordinado, un pobre dependiente de su casa, ¿cómo hubiera podido? En verdad los prejuicios de esta clase son la fuente del mal y don Eugenio los tenía; una excepción entre los de su raza, valientes y altivos, pero nunca soberbios. Yo no me atreví a ofenderlo; jamás me dejaba ver con intenciones, aunque a menudo se me fuesen los ojos tras ella y quedase como entontecido, al descubierto...

Antonia continúa cabizbaja, estrujando sus malignos dedos el hilo de su labor. La algazara de los pájaros, que buscan cada cual su nido o su rama para posarse y descansar en la noche, atruena en el vecino monte. El sol, que pronto va a llegar a ras de tierra, manda sus últimos rayos a través de los floridos ramajes, como una caricia de despedida; los semblantes de Joaquín y Antonia toman un tinte purpúreo y revelan en sus más pequeños pliegues y arrugas las hondas emociones internas de la tortura.

—¿Cómo supo don Eugenio la traición de Raúl? No lo sé... ¡Pobre viejo! Se volvió huraño y taciturno, vagaba por sus tierras como una sombra perseguida. La peonada lo temía y lo esquivaba; en su casa parecía un lúgubre visitador. Laura se encerró y no volvimos a verle más la cara hasta aquel día fatal de su muerte. ¡Qué delirio me consumió cuando lo supe por boca de su amigo! Me hizo un favor, que agradecí, pero me clavó un puñal en el pecho...

Calla el narrador, atormentado por sus propios recuerdos, y se suceden unos instantes de silencio elocuente:

—Después de un enredo entre don Eugenio y el médico, del cual salió maltrecho el viejo, se perdió Raúl del pago. Yo me perdí también; lo busqué entre matorrales y hondonadas; una fuerza interior me arastraba a perseguirlo. No sé cómo dí con él y lo derribé. ¡Yo era una fiera que se abalanzaba sobre su presa! Lo apreté, lo magullé entre mis manos; después... ¡Ah, son recuerdos tristes, Antonia, son cosas que hacen mal! Nunca más volví a sentir en la vida tamaña oleada de coraje, fuerza y valor semejantes.

—Tal vez destruiste un idilio — dice Antonia; — ella no se le hubiese entregado si no le amaba.

—No creo más que en un momento de debilidad por parte de ella; lo conocí conquistador y atrevido; él la sugestionó.

—¿Te persiguieron?

—Nunca dieron con la pista; sólo el viejo sospechó, porque al verme a los pocos días, me estrechó la mano con un silencio significativo.

Laura dió a luz y cayó enferma; en ese tiempo don Eugenio fué perdiendo poco a poco su hacienda, muy descuidada ya. El niño fué dado a criar lejos el pueblo; yo lo adopté a la muerte de su abuelo...

—Has hecho bien — dice Antonia con un resquemor que centellea en sus ojos. El ovillo, la aguja y la labor están caídos a sus pies; han huído de sus torturadores dedos. Reina un cor-

to silencio, mientras el crepúsculo agrega algunos tonos de sombra a la magnífica puesta.

—¿Por qué no podemos borrar de nuestras mentes los recuerdos amargos que nos toturan? No somos dueños de nuestro cerebro, no podemos mandarle que olvide sin que anulemos nuestro ser. Cuando uno ha probado estos dolores íntimos no puede olvidarlos ya. Cuando vi que se moría, que la perdía por culpa de otro, me sentí enloquecer. Luego la mortaja... Verla allí tendida para siempre, pálida, de un pálido azulino, ella, tan llena de vida, ¡ah!

Una sombra funesta cruza su rostro, acentuada por la sombra de la noche, que avanza por el este; es la sombra del recuerdo, palpitante y desgarradora, que revive un pasado cruel.

—Corrieron rumores y leyendas sobre su desventura; los payadores del pago hicieron décimas que se cantaban al calor del fogón, por la noche, cuando nuestras mentes, cansadas, están propicias a representarse como reales las más extravagantes fantasías. ¡Ah, cómo las hubiera compuesto yo, si hubiese podido volcar en versos todos los sinsabores que llenaban mi alma!

De sus ojos manan pujantes lágrimas que mojan sus mejillas, contraídas por el dolor; todo su cuerpo se agita en los sollozos.

—Me pediste un cuento malo. Antonia; hoy vivo completamente en el pasado... Bien veo que tú superas a ese fantasma que fué, pero en este momento me siento romántico. No puedo olvidar su semblante... Yo no debería haberla visto así: debí morirme antes o haber tenido el valor de no volver a verla jamás!

Antonia arroja el hilo, torturado, hecho una maraña; se levanta solícita, se arrodilla ante él, toma su cabeza entre sus manos y lo besa fervorosa, lo llena de cálidos y consoladores besos.

Poco falta a cerrar la noche. Oculto en la arboleda vecina, un zorzal entona su armonioso canto. Empieza despacio, con una melodía dulcísima, llega a un ritmo elevado que hiende los aires y vuelve los aires y vuelve a bajar en una repetición de modulaciones entrecortadas que parecen quejidos de amoroso desconsuelo, y terminan por perderse melancólicas en el silencio de las frondas...

De pronto, un tercer personaje entro en el patio, alborotador: es un niño de diez años, con una cartera debajo del brazo.

—¡Papá, mamá!

Joaquín se pone en pie de un salto; borra con el revés de la mano las huellas del llanto, Antonia recoge su torturada labor.

—¿Qué hacían aquí? Dame un beso, papá...

—¡Dos, Laureano; hijo mío!

Y Joaquín lo besa y aprisiona entre sus manos la cabecita del niño. Es la realidad presente que borra la sombra aplastante del pasado y pone una nota de vida palpitante bajo el emparrado.

Laureano salta juguetón sobre las rodillas de su padre adoptivo, mientras Antonia deja caer por sus castas mejillas sin historia dos lágrimas amargas que ruedan hasta sus labios castos, de besos estériles.

Los últimos destellos de la puesta se apagan; el zorzal oculto en las frondas, vuelve a emprender su sentido canto; y es tan dulce y cadenciosa su voz, que el ambiente todo parece saturarse de ternura.

Dé todo y de todas partes

Un monumento al "Bersaglieri" italiano se levantará en Roma

El 18 de junio de 1932 será inaugurado en la plaza de la Porta Pia, de Roma, un monumento al "bersaglieri" italiano.

Pocos de nuestros lectores conocen el origen y organización de este famoso cuerpo del ejército italiano, creación de un intrépido militar: Alessandro La Marmora.

El general La Marmora fué uno de esos soldados de corazón que se destacan como figuras gloriosas en la historia militar de todos los países. Nacido durante la invasión francesa, pasó su niñez en medio de un ambiente de guerras y calamidades nacionales. En 1814, a los quince años, era teniente de granaderos.

De su excelente espíritu militar da idea la contestación que dió públicamente a una muchacha de su misma edad, que ingenuamente le proponía ser novios y casarse: "Con mucho gusto, pero antes tienes que esperar a que vuelva de una gran batalla con un brazo de menos". Al año siguiente quiso tomar parte en la campaña de Grenoble, y como no se le incluyese en el ejército expedicionario, cambió el puesto con un abanderado.

La derrota de los franceses en Waterloo impidió que en Grenoble ocurriese nada, pero aun así tuvo el joven La Marmora ocasión de demostrar su bizarría. La explosión de un barril de pólvora le quemó los ojos y casi le destrozó una mano. Afortunadamente curó pero no sin perder medio dedo y quedar con el ojo desfigurado, curación casi milagrosa, pues el atrevido teniente se negó a guardar cama y a permanecer en el hospital, y volvió de Grenoble herido y ensangrentado, pero siempre al frente de su compañía con su bandera desplegada al viento.

La Marmora soñaba para su

patria un soldado casi ideal, temerario, infatigable, excelente tirador, ligero, sufrido; un soldado, en fin, que reuniese las mejores cualidades de cada uno de los ejércitos que en el mundo han sido. La realización de este sueño fueron los bersaglieri. "Bersaglieri" es palabra italiana derivada de "besaglio", el blanco; significa, pues, "tiradores al blanco", o simplemente "tiradores". Era la Marmora capitán, en 1836, cuando creó los bersaglieri, vendiendo, para ello las fincas y demás bienes que había heredado de sus padres.

El rey Carlos Alberto le permitió aquel ensayo, que fué recibido con cierto desagrado. Fué preciso que en una gran revista, celebrada en 1842, con ocasión de la boda del duque de Saboya, los príncipes quedasen asombrados a la vista de los bersaglieri y se hiciesen lengua de su marcialidad y apostura, para que La Marmora, nombrado teniente coronel de aquel nuevo cuerpo, encontrase algún apoyo oficial. Para entonces crearon los franceses sus famosos cazadores de Vincennes, y el hecho de ir dos oficiales a Turín para pedir consejos y pareceres al jefe y fundador de los bersaglieri, hizo que de una vez cesasen todas las críticas.

La campaña de Lombardía, en 1848, demostró la utilidad de los bersaglieri y sirvió para que La Marmora, entonces coronel acreditase una vez más su valor.

En Golfo, una bala le destrozó las mandíbulas, arrancándole casi todos los dientes. Su convalecencia fué larga y penosa.

Hombre habilidoso y muy aficionado a la cerrajería, él mismo se construyó un aparato metálico para mantener unidas las mandíbulas y un triturador para reducir a papilla las carnes y demás alimentos sólidos. Ascendido a general, al año siguiente hizo la campaña

de Novara.

En 1852 fué nombrado inspector del cuerpo de bersaglieri, y en 1855 enviado a Crimea como jefe del segundo cuerpo expedicionario.

Allí sucumbió de cólera el 7 de junio de dicho año.

Las glorias de La Marmora fueron hasta aquel momento las de los bersaglieri, "sus bersaglieri", como el mismo decía con legítimo orgullo. Muerto el insigne general, aquellos soldados supieron continuarlas, como lo demuestran los innumerables trofeos y reliquias que se conservan en el museo del cuerpo instalado en Roma. La campaña de 1859, origen de la unidad italiana, hizo famoso en el mundo entero el nombre de este cuerpo, que desde entonces viene siendo la representación más genuina del ejército napoleónico, los ulanos en Alemania o los highlanders en Inglaterra. Los bersaglieri tienen a gala el ser los primeros en todas las campañas; ellos fueron los que entraron por la brecha de la Porta Pia, delante de todo el ejército de Víctor Manuel, y ellos los que en la campaña de Trípoli se han llevado principalmente detrás el entusiasmo y las aclamaciones populares.

¿Y qué son estos bersaglieri?

Pues los bersaglieri son una tropa de infantería ligera, en la más amplia acepción de la palabra, compuesta de soldados escogidos por su resistencia, agilidad y habilidad en el tiro. El bersaglieri, pequeño, sufrido y enérgico, marcha siempre a paso más que ligero, casi a paso gimnástico. En su uniforme, de matices oscuros, hay dos prendas muy típicas: los botines blancos y el sombrero, un sombrero redondo, de hule, coquetamente ladeado sobre la oreja derecha y adornado con un enorme penacho verde obscuro, formado por varias colas de gallo reunidas.

Otra característica de los bersaglieri es que sus regimien-

tos no tienen música, ni siquiera charanga, sino sólo una banda de trompetas. Eso sí, es una banda especial, en la que



hay trompetas de todos tamaños, formas y sonidos, formando un conjunto tan agradable como original.

Para servir en estos regimientos, el soldado ha de reunir determinadas condiciones, tales como estatura, comprendida entre 1m65 y 1m75 robustez, pecho ancho gallardía agilidad y resistencia en la carrera.

Estos regimientos tienen numeración correlativa del uno al doce. Cada uno comprende tres batallones y todos éstos se enumeran también correlativamente, pero sin que la numeración de los batallones correspondiera en orden a la de los regimientos.

En éstos hay grupos o pelotones de alumnos, y cada batallón posee una sección ciclista, con bicicletas plegables, formando las tres secciones de cada regimiento una compañía.

Jamás pudo imaginar La Marmora que su obra iba a alcanzar este grado de desarrollo.

Con justicia puede llamársele el creador del soldado italiano por excelencia.



Poemas

de
la

siesta

de
mundo

CANCION DEL LAGO DE LOS SUEÑOS

Sueño ser lago, ser un gran lago
entre las puras rosas del alba.
Sauzales crecen en mi ribera
y los reflejo bajo las aguas.
Sol mañanero ya me acaricia.
Oro me riega sobre la espalda.
¡Qué azul el cielo! ¡Qué nuevo el cielo!
¡Qué grande el mundo con la mañana!

Sueño ser lago. Ya es mediodía.
Yo soy un ojo de cielo y agua.
Sueño ser lago, y así me duermo
bajo una siesta que me aletarga.
Flota en el aire la roja siesta.
Hasta las nubes sube inflamada.
¡Cómo arde el aire! ¡Cómo arde el cielo!
¡Cómo arde el mundo con esta llama!

Sueño ser lago. Cae la tarde.
El sol se pone tras la montaña.
En el silencio suenan esquilas
allá muy lejos por las majadas.

Canción del colmenero

Cuando me digan como me dicen:
—Poeta loco, dirás por qué
por vez centésima te enamoraste,
cándidamente responderé:

—Tengo colmenas, y ha sucedido
que siendo el templo florido y fiel,
la abeja de oro salió temprana...
Había flores y trajo miel.

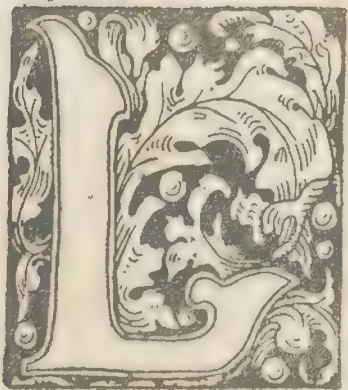


ARTURO CAPDEVILA

El sol se pone, se va la tarde.
Están doradas las lontananzas.
¡Qué misteriosos los mil susurros,
los mil susurros del mundo en calma!

Sueño ser lago. Viene a su baño,
y están las nubes de rosa y plata,
la más hermosas de las doncellas
de estos contornos de la montaña.
Entre los sauces tiende la ropa:
corpiño lila, camisa blanca.
Toda desnuda se me abandona,
y toda el agua se me desmaya.

Sueño ser lago. Llegó la noche.
¡Qué dulce el cuerpo de la muchacha!
mas ya se sale, que siente el fresco,
fresco nocturno de la montaña.
Están los campos olor a menta.
Está la vida llena de gracia.
Y allá en los cielos cuajados de astros,
se agranda el mundo de la esperanza.



Un drama truncado

LEGO fatigada, jadeante, encendidas las mejillas, brillantes las pupilas. Quitóse el abrigo, con ademán violento, y lo arrojó sobre el respaldo de una butaca. Su busto surgió así, dentro de la "toilette" clara, en todo su vigor. Luego tomó el sombrero y lo dejó caer, como vencida, sobre la elegante escribanía, tapizada de peluche verde claro. Sobre el paño estirado, la luz jugaba matices. Sara se dejó caer, como vencida, sobre la silla que daba frente a la escribanía. Su pecho, levantado, robusto, subía y bajaba con violencia. Abrió con rápido y nervioso ademán el cajoncito de las cartas íntimas. Sí, ahí estaba el anónimo.

Lo leyó por quinta vez: "Señorita: Una persona que la estima, que quisiera para usted solo toda la felicidad del mundo, se atreve a aconsejarle que no contraiga enlace con ese joven a quien ha concedido su mano. Explore su vida actual".

Ahora, minutos antes, había obtenido una grave revelación. Ricardo Lentani, el "doctorcito", como le llamaban en la "élite", era un calaverita sin escrúpulos. Había visto una carta, de puño y letra de Lentani, dirigida a una tonadillera de moda. Era una carta dulce y servil. "Deliciosa, tendrás la sortija. Concédeme plazo hasta pasado mañana. No me reprendas. Ya sabes que te idolatro. Y al pie, la firma."

¡Oh! ¡Y esto era lo horrible! La carta llevaba fecha del día en que Lentani solicitara a los padres de Sarita la mano de ésta.

El compromiso no había llegado aún a la crónica social de los grandes diarios, pero circulaba entre los más íntimos de la casa. Sara pensó que su situación era muy delicada. Aquel doctor flamante iba a ponerla en ridículo. Era necesario "cortar", cuanto antes; era necesario evitar que la noticia de su noviazgo continuara circulando.

Sara juzgaba el asunto a través de su severa moral, de la moral austera de su hogar, que formó el ambiente pulcro, sin mácula, dentro del cual se desenvolviera su adolescencia. Estaba saturada, empapada, en lealtad, en honradez.

Recordó la noche, aquella primera noche, cuando Lentani le fue presentado; cuando deslizó, en su oído, la primera galantería cuando vertió, en su homenaje, la frase pomposa, zalamera. Ella se replegó toda como una flor sensitiva. Otros la habían dedicado antes análogas frases, que había escuchado con absoluta indiferencia.

Y con el recuerdo de las palabras surgió el salón, esplendoroso de luces, bullicioso, mareante, donde rebullían los fraques negros y las toilettes claras, donde las voces jóvenes vibraban como gorjeos.

Los dos estaban de pie, junto a una puerta, al lado de una palmerita de jarrón, que los ocultaba un tanto a las miradas indiscretas. Lentani se insinuaba tímidamente, dulcemente. Después, entrevistas sucesivas en otros salones saludos fugaces en la Avenida de las Palmeras, allá en Palermo; saludos cruzados de auto a auto. Y, por último, la entrevista en los salones de los padres de ella, en el recibido más sonado de la temporada. Para aquéllos había sido un triunfo de orgullo; para ella un triunfo de amor.

Las amigas, las buenas, las perversas, las indiferentes le sonreían amables, felicitándola "por lo que veían venir".

Una de éstas le dijo, con ironía apenas perfilada:

—¡Oh! ¡Es todo un hallazgo!

Aquella mujercita flaca, ondulante, felina, con estigmas de histerismo, mujercita vanidosa, superficial, era de visión más honda que ella. Había visto más allá.

Sara, por primera vez, se sintió humillada. Y dió salida a un suspiro, a un sollozo que era un rugido.

Y quedó así, de codos sobre la escribanía, el rostro entre las manos blancas, de dedos largos y suaves; quedó así, con los ojos mirando el vacío, escrutando recuerdos...

María Angélica, su mejor amiga, su compañera de la infancia, entró turbulenta, saltando, riendo. Le echó los brazos al cuello y la besó con efusión.

Sara la contemplaba con ojos de sonámbula, indiferente y fría.

—Querida, vengo a felicitarte ¿y así me recibes?

—A felicitarme. ¿Por qué?

—Por tu noviazgo. por fin se decidió el tímido. Los hombres buenos suelen llegar a lo ridículo con su timidez.

—¿Y cuáles son los hombres buenos?

—Te voy a nombrar a uno, nada más. Lentani.

—Lentani, querida mía, no merece ese concepto.

Sara puso toda su amargura al formular esta frase. María Angélica no salía de su asombro.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido?

Y como Sara permaneciese callada, para no romper a llorar, su amiga dominada por la impaciencia, interrogaba a frases cortas, nerviosas.

—¿Pues qué? ¿Hay algo? ¿Se oponen tus padres?

—Me opongo yo.

—Menos lo entiendo.

Entonces, después de desahogarse con un profundo suspiro, Sara habló.

—Lentani, según supe hace un instante es un caballerito desleal, que no tiene la menor idea de lo que es honradez, decoro, vergüenza. Está educado en la escuela moderna, como casi todos nuestros jóvenes.

—¿Juega?

—Sí, con el amor santo de nuestros corazones, de las que no sabemos ser coquetas.

—¡Pero habla, habla! Dímelos todo de una vez.

—Lentani, el mismo día que solicita mi mano, prometió una sortija a una mujercuela de escenario. Ya ves, le queda tiempo para todo.

Y Sara no pudo contenerse más. Rompió a llorar silenciosamente, procurado ahogar los sollozos. María Angélica la abrazó.

—¡Pobrecita, pobrecita mía! Queridita. No te aflijas.

Y después de un breve silencio agregó:

—No culpo exclusivamente a Lentani. Culpo a las costumbres, que van relajándose con el "progreso". Nuestros padres eran más leales, más sanos, más fuertes que esta juventud marchita de espíritu.

—Pero... ¿qué resuelves? ¿Censurar a Lentani por su proceder?

—Resuelvo... expulsarle de mi casa. Y, ojalá que mi gesto alcance a sentar precedente para bien de todas nosotras.

Y Sara truncó, así, un drama futuro...

Y cuando Sara, más serena, enjugaba sus últimas lágrimas, habló con cordura de madre buena.

—No hay razón para afligirse así. Los hombres son... como Dios ha querido que sean. Tienen sus distracciones. Después se casan, forman su hogar... de prole y olvidan los amores pasajeros.

—O tienen dos hogares y dos familias. Una, de hijos legítimos; otra, de hijos naturales. Comparten la vida con dos mujeres. Con una, en la sociedad, en el salón; con la otra, en los restaurantes y en los teatros... de segundo orden. Y así, cuando nosotras ¡infelices! nos creemos dueñas de un hombre, lo poseemos sólo a medias. Y esto se debe a la educación que los jóvenes reciben. Adolescentes aún, pasean sus queridas en público, a la hora de salida de los teatros, sin el temor de encontrarse con sus hermanas o con su propio padre, — que, de suceder, poco les afligiría.

Los dos záfiro

Por prudencia, como de costumbre, Ivonne Mantel hizo detener el taxi en la esquina y recorrió la última cuadra a pie, estremecida de frío, bajo el cielo gris y nevoso. El ligero temor, no del todo desagradable, que experimentaba cuantas veces iba allí, le oprimía la garganta... Sus relaciones con Luis, sin embargo, duraban desde hacía un año. Esta era para Yvonne la primera aventura de amor. Antes de encontrar a Luis Andry, jamás había pensado que podía ser infiel a su esposo... Pero el esposo, poco agraciado y bastante mayor que ella, no había sabido inspirarle amor. Luis, por el contrario, era tan seductor, le había dicho con delicadeza y apasionamiento cosas tan hermosas, que Ivonne lo amó.

Penetró en el corredor y llamó a la puerta del pequeño departamento, que se abrió enseguida.

—¡Querida!... Te agradezco que hayas venido temprano.

Ivonne entró en la amplia, tibia y perfumada habitación. Tuvo un suspiro de bienestar: después del frío hostil de la calle, aquel fuego crepitante la reconfortaba.

—¡Qué hermosa estás Ivonne!...

Se quitó el sombrero y el tapado. Luis la miró: rubia y delgada, de una belleza delicada y suave. Ivonne poseía cierta gracia peculiar que halagaba su vanidad de conquistador.

—Mañana es tu cumpleaños, querida — le dijo. — Toma... No, no... Te ruego que no te enojés. Ya habíamos quedado de acuerdo... Dime únicamente, si es el que querías.

¡Oh, Luis! ¡Qué bonito es!...

¡Y qué amable has sido!... Estoy encantada. ¡Lo deseaba tanto!... Y me gusta más porque eres tú quien me lo regala...

Entre los largos dedos de la joven señora brillaba un anillo con un záfiro rodeado de diamantes. Se lo probó; le iba perfectamente. Ebria de dicha, Ivonne repitió a Luis su agradecimiento con una ternura emocionada y no exenta de sincero escrúpulo. El mismo escrúpulo había expresado

antes a Luis, pero éste supo vencerlo. ¿Podía aceptar ella un regalo de tanto precio? Era una locura, gastar así el dinero...

El tuvo un rápido encogimiento de hombros:

—Ni una palabra más querida. No me gusta oírte hablar así. ¿Cómo no has de poder aceptar un obsequio mío? ¿No soy nada para tí?... Vamos... Le dirás a

tu marido que te lo envía una parienta lejana... Para mí es la felicidad ofrecerte, con motivo de tu cumpleaños, algo que te agrade. Es el anillo que querías, ¿verdad?... Para evitar confusiones, le pedí al joyero que me entregase el mismo que me señala en la vidriera hace quince días...

—Sí: es el mismo. Y es muy,

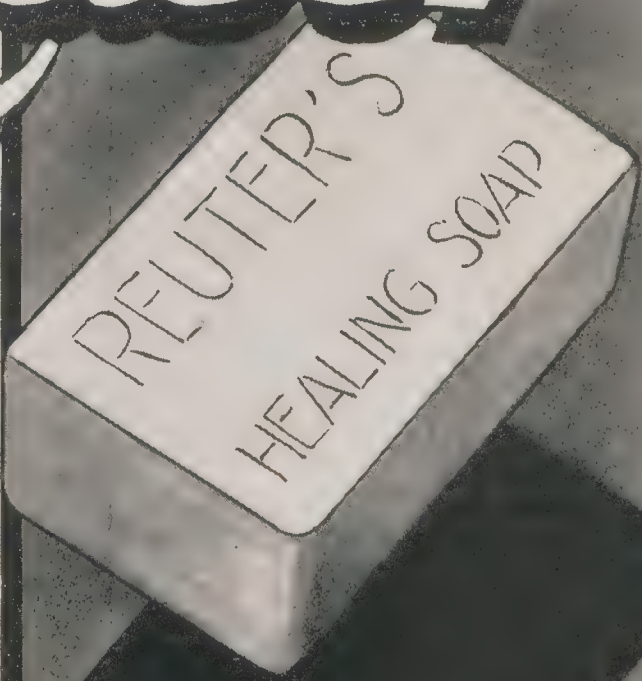
pero muy lindo. ¡Si supieras que contenta estoy! Ningún regalo me alegró nunca tanto como éste. Me lo pondré mañana para venir a verte.

Sonreía con júbilo casi infantil. De pronto se puso seria:

—Mañana es mi cumpleaños, Luis... Me acuerdo de las fiestas de cuando era niña. ¡Ya me estoy poniendo vieja!... ¡Veinti-

Jabón

Reuter



Insustituible, tanto para los niños como para los adultos. Pues como ningún otro limpia y suaviza el cutis, lo libra de impurezas y lo conserva terso y perfumado.

70 cts. cada jabón



UNA SONATA DE VIOLON A LOS 50-



AS seis y media de la tarde!... Ahora, ya ha terminado todo, no vendrá nadie más. Puedo abandonar mi butaca y quitar la estrecha banda de seda que sostiene mi brazo izquierdo.

¡Ay, que dolor! ¿Es que la herida se dispone realmente a hacerme sufrir? Hoy he exagerado mi mal. Veo aún a la joven ce-

ñora Césarel, tan frágil, tan menuda, precipitarse hacia mí alabando mi valor, porque su pequeña cartera de cuero rojo ha rozado mi codo, he dejado escapar un ligero grito lastimero. Ella se ha puesto muy pálida y sus ojos azules de rubia han expresado por un segundo esa inquietud que ella debe de experimentar los días en que ofrece una comida, para

alojar quince personas en su comedor, donde solo hay lugar para doce.

Porque hoy han venido a tener noticias mías todas estas dueñas de casa que reciben al solterón de cincuenta años que yo soy. Pero ninguna ha traído a su marido. Francamente esta tarde he experimentado la impresión de ser un hombre importante. Mi

duelo con Lord Hutenev, uno de los más prestigiosos apellidos de la colectividad inglesa ha excitado terriblemente la curiosidad. Tuvo lugar ayer, en el parque de una hostería de los alrededores de París, y allí, el berdito lord, me hundió medio centímetro de acero en esta región que los anatomistas se complacen en denominar el pliegue del codo. "Divergencias políticas", afirmaba esta mañana "El Figaro" en su sección mundana. En realidad nadie lo ha creído, y hasta los menos informados saben que lord Hutenev y yo fuimos al campo del honor a causa de lady Hutenev. El altercado se produjo la semana pasada en una gran fiesta dada por el marqués de Beaurancy. Yo no frecuento, en absoluto, los círculos aristocráticos; sólo gracias a un amigo financiero mundano, muy vinculado a la nobleza, pude encontrarme aquella noche en los salones del marqués.

No bailaba, y, con la ayuda de un anciano caballero cubierto de condecoraciones, sostenía concienzudamente la parte inferior de una columna. No tardó en llamarme la atención una pareja. Ella, alta, morena, de una belleza que dejaba estupefacto a la primera mirada, audazmente escotada. El, muy alto, pero muy rubio; el tipo del joven inglés deportista. Bailaban siempre juntos, hablándose poco. Bruscamente, vi que la joven dama enrojecía y lanzaba una mirada circular sobre la sala. Sus ojos se detuvieron un instante sobre mí. La indiferencia de aquellos ojos no me extrañó. Con todo, tuve la sensación peculiar de los jugadores de ruleta cuando la bolilla se inmoviliza un segundo sobre uno de los números antes de continuar su loca carrera. La pareja no tardó en pasar cerca de mí. Fue entonces cuando con gran sorpresa de mi parte, la desconocida me miró fijamente con una mirada en que se leía una irresistible simpatía, por no decir algo más. Solo un adolescente habría podido equivocarse. No había nadie a mi lado, en ese momento. Fuera de duda, la mirada estaba dirigida a mí. Después de todo sin jactancia, conservo todavía buen aspecto. Se llevar el frac tan bien como el que más. Mi reluciente calvicie me otorga una frente de pensador y, con cierta mueca del labio inferior, asumo un aire satánico que puede gustar a ciertas mujeres. La

pareja no se alejaba ya de mí, y la joven desconocida después de un momento, me lanzó una sonrisa significativa. Yo asumí una expresión gozosa y satisfecha.

Terminada la danza, la desconocida se separó de su compañero, sin aparentar ocuparse de él. Pasó cerca de mí mirándome con ojos llenos de una indefinible dulzura. Yo me sentía agitado como un estudiante. ¿Hacerme presentar? Pero no conocía a nadie en aquel ambiente demasiado encumbrado para mí. Entonces con todo desenfado, la invité a bailar. Veríamos si aceptaba... Ella aceptó en seguida, y desde los primeros pasos, a una presión discretísima de mis dedos, respondió de manera significativa. Después de dos fox, tres tangos y un "blue", éramos los mejores amigos del mundo. Me dijo su nombre: era inglesa y se llamaba Diana Hutenev; su marido, lord Hutenev, era el propietario del célebre "stud" del mismo nombre. Un ligero acento exótico acrecentaba el atractivo de lady Hutenev. La conduje al "buffet". Al elevar mi copa a la altura de la suya nuestras miradas se cruzaron de manera tan tierna, que el gesto cobró la apariencia de un símbolo. Varios jóvenes distinguidos la invitaron a bailar; ella, invariablemente, les respondió con un "no" casi adusto. Ahora, ya no dudaba más de que aquello era un verdadero flechazo. Lady Hutenev me siguió a un saloncito aislado. Hablamos largamente. Pregunté: —¿Qué dirá el joven caballero con quien usted bailaba?... — esta pregunta la hice en cierto momento...

—¡Oh!, Gerardo es un simple flirt... Por lo demás, no me agradan muchos las personas demasiado jóvenes... Me agradan...

No acabó la frase, pero sus ojos habían hablado por ella. Le tomé la mano. A lo lejos, la orquesta interpretaba un vals... El vals me turbaba de más en más, y, a los últimos compases, mis labios rozaron el hombro de Diana Hutenev. Ella se irguió, muy encarnada, pero no enojada.

—¿Qué imprudencia!... ¡Si alguien nos hubiera visto!... Escuche: no es conveniente que nadie nos vea tanto tiempo juntos... Deme su dirección. Mañana le escribiré...

Le dí mi dirección. Y ella se

alejó, dejándome extasiado, lleno de un gozo incontenible.

Una vez solo en el saloncito, me acodé sobre el balcón abierto. Soñaba con los bellos ojos de Diana Hutenev, cuando una mano se abatió sobre mi hombro.

Un hombrecito de mostachos blancos y gesto autoritario, estaba delante de mí.

Me provocó, encolerizado, sin darme tiempo a proferir una palabra:

—Señor, yo soy lord Hutenev... Lo sé todo... Usted es el amante de mi esposa... Nos batiremos, señor... Su tarjeta... He aquí la mía...

Dos días después nos batimos. Es absurda esta aventura que, a los cincuenta años pasados, me ha obligado a empuñar una espada por un flirt con una mujer que ni siquiera conocía. Sin embargo, en el fondo, me siento más bien satisfecho de lo que me sucede, porque mi prestigio se ha elevado enormemente de la noche a la mañana.

Me tiendo perezosamente en un diván. Mi salón ha quedado impregnado de un delicado aroma femenino, a la vez vivo y dulce, que incita al ensueño y hace un poco de daño a la cabeza. El sol declina y el pequeño trozo de cielo que diviso a través de las cortinas del balcón, es todo rosa, de un rosa que me hace pensar en las mejillas del rubio compañero de baile de lady Hutenev. Cierro los ojos, un poco cansado. Con el correo de la noche, dentro de un momento, estoy seguro de recibir una carta de Diana.

Suena el timbre de la puerta de entrada. A esta hora debe de ser la mucama. Pero... ¿qué veo? Con gran sorpresa me encuentro en presencia del rubio compañero de baile de lady Hutenev. Se adelanta hacia mí sonriente, y se presenta en correcto francés:

—Gerardo Grey, agregado a la legación británica. Disculpeme señor, que le moleste, pero tengo que pedirle...

Le invito friamente a sentarse.

—Le escucho.

—Señor, vengo de parte de lady Hutenev... y me confío a la discreción del caballero.

—Puede confiar.

—Pues bien... soy el amante de lady Hutenev...

Ha dicho esto con la entonación más natural del mundo. En

sus ojos no veo esa pequeña llama de amor propio que habrían reflejado, en cambio, los de un joven francés. Me estremezco, y casi me atraganto al responder:

—Señor, no veo con qué objeto...

—Va usted a comprender. Mi visita es una visita de excusas por ese duelo al que yo habría debido ir, en lugar suyo; y en nombre también de lady Hutenev, por la comedia que interpretó con usted.

Comprendo de menos en menos. Pero, cándidamente, el joven inglés me da la clave de mi desventura:

—He aquí en dos palabras, señor, lo sucedido... Lord Hutenev no debía asistir a la fiesta del jueves último en casa del marqués de Beaurancy. De repente con gran sorpresa, veo a Lord Hutenev que acababa de llegar de improviso y cuya mirada no nos abandonaba un momento. Nosotros sabemos al lord un hombre terriblemente celoso y que, además abrigaba ciertas sospechas sobre nuestras relaciones. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí, en el salón, espiándonos? ¿Habría visto nuestra cena a solas en una de las mesitas para parejas? Misterio. Lady Hutenev tuvo miedo. Sabía a su marido dispuesto a provocar un escándalo. Por eso, resolvió desviar las sospechas hacia otra persona... Y ya conoce usted lo demás...

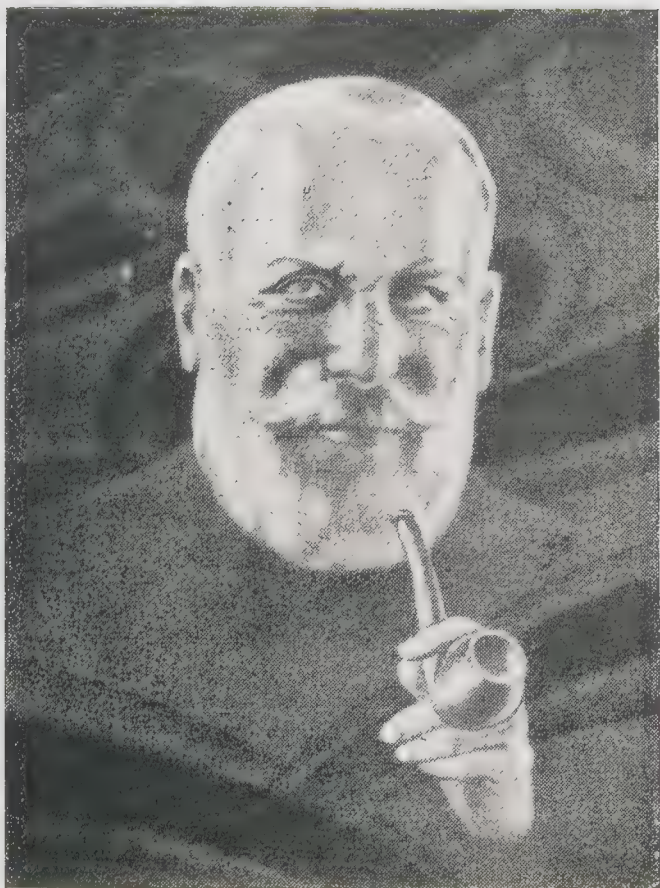
La estupefacción me impidió interrumpirle.

—Mi rol resulta bastante desairado en todo esto — prosiguió el joven diplomático. — Sin embargo, no soy un cobarde y me habría batido de buena gana... ¡Perdóneme! ¡Perdóneme, señor!

Yo quería protestar, indignarme. El me tiende la mano tan ingenuamente, tan lleno de confianza, que no me sentí con valor para negarle la mía. Gerardo Grey se despide y yo vuelvo a mi diván, vejado, melancólico. Mi criada aparece y me tiende una carta que acaba de llegar. Es la escritura de Nununcha, mi joven y adorable amiga. Leo una lacónica esquela:

"Puedes seguir batiéndote por las damas de la aristocracia. No esperes volver a verme, nunca más. Me voy con el banquero del hulevar. — Nununcha".

Plancha para uno. Desde ese instante he pensado que lo mejor es que me dedique a tocar el violón.



Canto a la pipa

Compañera infatigable de mis noches,
Que me invitas al misterio de soñar...
Que despiertas en la mente el pensamiento
Y lo pliegas a la sabia claridad;
Compañera de mis noches de poeta,
Que me brindas la quietud de tu amistad,
Que amenazas mis quiméricas andanzas
A través de los desiertos del ideal...
Tú sí me comprendes, compañera buena,
Porque has respirado con mi respirar,
Porque te ha afebrado esta fiebre mía,
Porque te ha encendido la sed de mi mal...
Tú sí me comprendes, compañera buena,
Tus volutas tristes he aprendido a amar,
Porque en ellas vuelo con mi fantasía
A lejanos mundos de paz sideral,
Porque envuelto en ellas, ebrio de horizonte,
Vago por las sendas de la luz lunar...
Escucha mis sueños, compañera amada,
Entre el humo denso de este madrigal:
—Una noche de estas de plateada luna,
Volaremos juntos, yo con mi pesar,
Tú con tus dolientes telarañas de humo;
Volaremos juntos a la eternidad...
Por la senda clara nos verá el silencio
Camino al olvido soñando pasar,
El silencio es luna, compañera mía,
Nos verá la luna, pero nadie más.

JOSE GADEA CASCO

La voz del silencio

EL BESO

La casa solitaria
arcon de recuerdos.

—Aquel fué el preferido
rincón de los pequeños.

Ella y yo, temerosos
juntamos nuestros cuerpos...

¿Quizás hemos sentido
la angustia de ser viejos,
y nos hemos besado
para espantar el miedo
que producen las casas
pobladas de recuerdos!...

(—Aquí, bajo esta parra,
sentábase el abuelo.

—Desde esta alcoba fuése
la madre hacia el misterio.)

Unense nuestros labios
en un cándido beso...

S O L E D A D

En la noche oscura
cantó la lechuza...

(Maeterlinks; tú mismo
hubieses sufrido.)

Canto que nos hiere que te hubieses muerto.) . . .
con frío de muerte... (Maeterlink: yo creo

¿En la noche oscura
me tocaste, Intrusa!

P R E S E N T I M I E N T O

Bajo la luz que aureola
tu cabellera, la aguja
es un rayo entre tus dedos.
(Se oye el llanto de la lluvia.)

¿Qué coses, ¡oh! novia mía?
¿Para el Niño Dios la túnica?
Vibran en mi corazón
los puntos que da tu aguja.

Tan profundo es el silencio...
¿Quién canta al pie de una cuna?
¿O es la voz de alguien que reza
sus salmos ante una tumba?

¿Alguien nace o alguien muere?
¿Oh! novia, detén tu aguja:
¿Estás cosiendo un sudario?
¿No oyes llorar a la lluvia?

E U G E N I O

I G L E S I A S

Bocetos Femeninos

Por Adela García Salaverry



Antonieta S.
de Leanhardson

Al invocar el nombre de esta distinguida soprano argentina, lo hago, con unción y devoción, como un símbolo de acentos melódicos y de talento exquisito, en conjunción con un corazón elevado de una noble dama de selecta cultura.

Por que todo éso, es la prodigiosa cantante que viene conmoviendo el alma, hace muchos años, por el encanto de la melodía de su voz privilegiada, de su voz con verdad de poesía que nos revela la comprobación de aquella célebre frase de Wagner del Siglo XVIII, cuando dijo que "el arte de las sirenas había hecho callar el arte de las musas".

Esta sirena que hace vivir con juventud eterna, con su glorioso ejemplo de mérito musical indiscutible, y de inspiradora genial, porque Antonieta S. de Leanhardson es la perseverante divulgadora del arte superior, con el encanto de la melodía de su voz y la sensibilidad extraordinaria, que penetra en el corazón provocando una emoción...

Bastaría, sólo eso, para declarar nuestra dilecta intérprete, orgullo de los argentinos. Es tan difícil conmover el corazón, a través de todas las inspiraciones musicales, con el único recurso del verdadero sentir!...

Se canta tanto, tanto con voces tan potentes pero sin llegar un instante a arrancar la bella emoción que convierte en inmortal a una obra por su verdad expresiva!

Lo bello en la música, pero siempre con corazón, y no con tanta técnica y potencia, de algo sin vida, sin color!...

¡Qué sea el verbo el cuidadoso medio de transmisión del pensamiento de los artistas por artistas de corazón!

Y, esto es el elogio merecido de la talentosa y exquisita soprano argentina Antonieta S. de Leanhardson que al cantar en el Museo, fundado por Nicolás Roerich (creador de los ballets rusos), en Nueva York, la coronaron de flores y le tributaron un homenaje de aplausos digno de declararlo:

Reina del verdadero Verbo musical!

¿Cuál es la labor de Antonieta S. de Leanhardson?... Podríamos contestar con esta clara afirmación: Que toda obra donde haya habido relación con el Arte Musical ha contribuido esta distinguida artista!

Las primeras audiciones que se dió en la República Argentina de "Rei David de Honegger", — "Cantique de Paques de Honegger", — "Amor Brujo de Falla" — "Tonadillas de Graells" y un sin fin de lieder de autores antiguos y modernos, fué la creadora, la que realizó un elevado estilo musical en sus magnas interpretaciones, haciendo realzar el contenido de esas bellas páginas musicales.

Intervino, en forma magistral, en audiciones orquestales con el grande maestro Ernesto Ansermet... e imposible detallar todas las audiciones ofrecidas por esta célebre soprano; en el Consejo Nacional de Mujeres, que inauguró su Biblioteca, con un inolvidable recital; en la Wagneriana, que fué la primera aficionada que cantó para deleite del núcleo selecto de artistas que organizó esa bella oportunidad de comprobar el carácter musical propio y la exquisita expresión musical que la distingue!

Poetical-basis o sentimiento, o estado de alma, de sensibilidad o de espíritu, es la forma que produce las interpretaciones la soprano argentinas, Antonieta S. de Leanhardson.

¡Cuánta dulzura, cuánta emoción! — le debo — decía el inolvidable y erudito escritor Paul Groussac.

Y, es que la mencionada cantante, sentía sus más grandes satisfacciones, cantándole, en sus últimos años de ceguera y de vida, al anciano escritor!...

¡Oh! los elevados preceptos de

Jesucristo!

Y, Antonieta S. de Leanhardson los practica con la serenidad y el amor de una creyente fiel e inteligente...

¡No en vano satura a sus canciones con el sentimiento exclusivo de la melodía!...

La vemos, a Antonieta S. de Leanhardson, en constante actividad artística en "Diapasón" y le decimos:

—Antonieta, siempre elevando las propiedades virtuales de su Verbo?

—Siempre, amiga poetisa, Vd. sabe que la verdadera obra de arte, es la que se realiza con perseverancia, con intensidad...

—¡Oh! Maga de la emoción musical, cuanto le debemos los argentinos y principalmente los intelectuales...

—¡Cómo repudio a los no intelectuales! Creo que la mayor desgracia es la brutalidad o la tontería y la no autocrítica.

A pesar de mis canas y años aprendo tanto todos los días!... nos responde.

—¡Cuánta verdad dicha en breves frases!

De que urgente necesidad es el anhelo en todos los seres de superarse, haciendo de la humanidad un aspecto más estético, en conceptos e ideas superiores!

¡Escuchadme todos!

Cuando se nombre a la esencia misma de las obras de arte musical, recordad con cariño y gratitud universal, a la insigne soprano argentina Antonieta S. de Leanhardson. Es una ofrenda justiciera!

Primavera 1931.



Lucía Lainez de Mujica
Fariás

Estoy frente a esta mujer, y al mirar sus ojos de una ternura y afectividad invasora, recuerdo que la hondura del sentimiento no ha enturbiado nunca la inteligencia sutil de esta escritora interesante.

Lucía Lainez de Mujica Fariás, temperamento ávido de todo sabor de la vida superior, realizó un viaje a París que le valió el demostrarnos que tenía una razón equilibrada para saber valorar, en la belleza de vivir, la realidad objetiva del bien que nace en una observación aguda puesta al servicio de un idealismo veraz.

Y, así, escribió "Recordando"... libro de recuerdos de un viaje a París. Pero, no un libro de viajante, sino unos retazos sublimes del superior goce humano al saber apreciar los tesoros de los ensueños de la vida luminosa de los seres de excepción!

Leer... la "maison de Babac" "En Montmartre" — "La iglesia de Saint Pierre" — En Saint Cloud — El Cercle Autour du Mondé. — En Port Royal des Champs; no son páginas registradoras de vistas más o menos interesantes o sentidas a flor de epidermis...

Son faros de luz, reflejados por una inteligencia recia y flexible y por una sensibilidad tierna, con honduras profundas de emoción.

Es ver a París en el real fondo de las visiones superiores.

No al París materialista e instintivo que apasiona a la mayoría de las imaginaciones morbosas por falta de cultura y de afinación espiritual.

Recordando... es un libro que el viajero susceptible a la belleza y a lo selecto debiera llevar como devocionario, de los paseos transparentando superioridad y enseñanza...

Estamos hartos de las referencias del mundo que no alcanza las inquietudes metafísicas de París!...

Queremos ver el espíritu alegre y expansivo, pero no siempre destruyendo la nobleza real de los franceses...

Por éso, hallamos una originalidad creadora en el interesante libro de Lucía Lainez de Mujica Fariás, escritora argentina, que con frescura moral, juventud persistente, sencillez y lealtad, escribe una prosa dulce, pura, exquisita, intérprete fiel de su alma elegante.

Teatros

AVENIDA. — En este coliseo con los más halagüeños auspicios reapareció la compañía de alta comedia de Lola Membrives y como obra de debut fué la comedia en verso de Fernández Ardavín "La espada del hidalgo". Lola Membrives dió toda la expresión contenida en este singular tipo de mujer, especialmente en el relato del primer acto, dicho en forma impecable, logrando una admirable encarnación escénica.

La obra fué debidamente gustada por el selecto público que asistió al debut, cuyas manifestaciones admirativas alcanzaron su mayor intensidad al finalizar la obra.

NACIONAL. — Corrientes 960. Conjunto Artístico Nacional. Director-Empresario: Pascual E. Carcavallo. "Soy el payaso alegría", de Vacarezza. "Margot" pieza cómica turfística de G. L. Fernández, y "El sostén de la familia", de Dardes y Damel, son las piezas que se mantienen en cartel.

BUENOS AIRES. — Cangallo 1053. Gran Compañía de Revistas. Vedette Gloria Guzmán. Primer actor cómico Marcelo Ruggero. Grandes éxitos de las revistas "Atención que me voy", "Lo mejor es reír", "Ya llegó el fenómeno" y el último estreno "Que hablen las urnas".

ATENEO. — Cangallo 927. — Compañía José Gómez. "Espectros", "El avaro", de Moliere y "El abuelo" de Pérez Galdós, son los últimos éxitos de esta compañía.

MAYO. — Compañía Lupe Rivas Cacho. Temporada de despedida. Se mantienen en las carteleras "De Méjico ha llegado un barco...", "Tierra de sol y de Romance" y "La tierra de Lupe".

LICEO. — Compañía Fregues-Singerman-Olarra. Sin variaciones en el cartel se mantiene con gran éxito "Cuervos Rubios".

Cines

GRAND SPLENDID THEATRE. — Santa Fe 1860. Con grandes llenos se pasan en esta aristocrática sala las películas del programa Max Glucksmann, entre ellas "AL DESPERTAR", último gran estreno por Ramón Novarro y Helena Chandler.



SELECT. — Suipacha 482. El éxito del programa que se pasa en este elegante cine, lo corrobora la cantidad de público que concurre a él. Felicitamos a su administrador por sus felices aciertos.

ELECTRIC PALACE. — Lavalle 836. "Con el frae de otro", por W. Haines, "El arte de ser bonita", por M. Dresler y P. Moran, "Noche de duendes" por Laurel-Hardy y otras novedades que siempre brinda a su público esta acreditada sala.

CINE GLORIA. — Avenida de Mayo 1225 Gran éxito sonoro y cantado, "La copla andaluza", fiel reflejo de costumbres de Andalucía, colosal corrida de toros, romerías, fiestas gitanas, etc.

El funicular

Por
Max y Alex
Fischer



El funicular que debía llevarnos hasta la cumbre del Grosshorn, cerca de Berna, se elevaba desde hacía diez minutos. Nuestra mirada se posó, por casualidad, en el conductor.

—¿Dónde diablos, — murmuramos— dónde diablos hemos visto esa facha?

No tardamos en llegar a una conclusión:

—¡Eureka! Ese buen hombre se parece de un modo notable a Pablo Machin, ese grandote de Pablo Machin, que estudiaba con nosotros retórica en el liceo Condorcet.

Sin duda, pronunciamos el nombre de Pablo Machin en voz casi alta. El conductor del funicular se dió vuelta:

—Sí, amigos, soy yo. No me atrevía a tenderles la mano; pero los había reconocido inmediatamente...

La sorpresa que nos causaba este encuentro era indudablemente, viva. No tardamos en experimentar otra sorpresa no menos viva. En efecto, pronto divisamos otra vagoneta que venía en dirección contraria a la de la nuestra. En el primer compartimento de esa vagoneta había un conductor cuya facha habíamos visto también en alguna parte.

—¡Palabra de honor! exclamamos, si la cosa no pareciera tan inverosímil, juraríamos que ese conductor es Eduardo Chose, el chico Eduardo Chose, que fué también condiscípulo nuestro en

el liceo.

Pablo Machin se volvió hacia nosotros:

—Perfectamente amigos; no se equivocan: es Eduardo Chose, ese inservible, ese haragán, ese pillo de Eduardo Chose...

Pablo Machin sacó de una lujosa cigarrera un soberbio habano y lo encendió.

Y mientras la vagoneta continuaba subiendo, nos refirió la historia que sigue:

—Después de la salida del liceo, cuando todos los compañeros nos habíamos casi perdido de vista, Eduardo Chose y yo continuamos manteniendo relaciones amistosas. Hasta puedo decir que nos hicimos inseparables... E inseparables seríamos todavía, si ese animal no hubiese tenido la estúpida idea de casarse... Y sobre todo, si no hubiese tenido la inepta inspiración de casarse con Emilia. ¿Emilia? la criatura más exquisita que se pueda imaginar. Cabellos rubios... ¡y qué rubios! Ojos azules... ¡y qué azules! Labios rojos... ¡y qué rojos! Dientes blancos... Lo que se dice linda.

Sucedió lo que debía suceder. Se casó. Se casó con una mujer bonita. Yo era su mejor amigo... Permítanme que no insista.

Un día, hace dos años y medio, ese imbécil, ese bruto, ese... Eduardo Chose entró, armado de un puñal, en la habitación donde yo me hallaba haciendo compañía a su mujer.

—Infame! — gritó — infame, infame, infame, aquí dejarás la vida!

Yo no tenía inconveniente en que me llamase infame mayor número de veces pero lo de la vida me pareció motivo de una objeción seria.

Sin vacilar, me precipité por la escalera. Bajé los escalones de cuatro en cuatro y salté a un coche que pasaba.

El coche corría desde hacía tres minutos cuando se me ocurrió darme vuelta. ¿Qué vi? ¡A mi Eduardo! ¡A mi Eduardo y su puñal! Uno iba con el otro y se habían metido en un coche, en mi persecución. En eso llegábamos a la Estación de San Lazaro.

Tuve una inspiración. Crucé la plazoleta como un loco y me deslicé hasta los andenes... Un tren salía en ese momento... Horas después me hallaba en el Havre.

—¡Uff! — me dije — por fin vas a poder respirar un poco. ¿Respirar? Acababa apenas de pronunciar esas palabras cuando al darme vuelta por casualidad, ¿qué veo?

—A tu Eduardo y su puñal, uno en compañía del otro.

—Perfectamente, amigos míos. Había que adoptar una resolución sin perder un segundo. Un barco levantaba el ancla. De un salto me metí en el barco. ¡Y viento en popa, para América! Al cuarto de hora después de haber desembarcado en Nueva York y apenas había exclamado "¡Uff,

me parece viejo, pobre viejo, que esta vez estás en salvo de veras!" cuando al final de la Quinta Avenida, ¿qué es lo que veo?

—Tu Eduardo y su puñal, uno en compañía del otro.

—Los mismos. Durante veinte meses, sépanlo bien, divisé, sucesivamente a mi Eduardo y su puñal diez minutos después de mi llegada a San Francisco, a Tonio, a Saigon, a Bombay, a Australia, a Cabo Verde, a la Isla de Ceilán, a Groenlandia, y en otros veinte puntos del diminuto globo terráqueo en el que se ven obligado a convivir los enamorados y los maridos celosos.

Empecé a hallar soberanamente odiosa la existencia vagabunda a que me veía condenado. Empecé a hallar imperialmente horripilante esta idea que sin cesar agitaba mi espíritu: "Con tal que mi tren o mi barco no tenga la ocurrencia de regalarse un rato de retardo. No hay duda de que Eduardo y su puñal vienen en el tren o en el barco siguiente. Si me alcanzan...!"

Una mañana, al cruzar Berna, me hallé al pie de Grosshorn. Aventajaba a Eduardo por sólo una corta distancia. Me eché en este funicular.

Mientras la vagoneta comenzaba a elevarse, pensaba, por la costumbre: "Con tal que este convoy no se deje alcanzar por el siguiente"... Súbitamente, me di cuenta de que mis temores, por esta vez, resultaban infundados.

En efecto, si no hay ninguna ley mecánica que impida a un trasatlántico alcanzar a otro trasatlántico, a un auto alcanzar a otro auto, a un ciclista alcanzar a otro ciclista, a un peatón alcanzar a otro peatón, es materialmente imposible que una vagoneta del funicular alcance a la otra vagoneta del funicular.... Háganme el servicio de echar una ojeada la estructura de este funicular. ¿De cuántas vagonetas se compone? De dos... Mientras una está arriba, la otra está abajo. Ambas se ponen en movimiento en sentido inverso en el mismo minuto. Se hacen contrapeso. La vagoneta que baja tiene por misión levantar a la que sube y esperar que la otra le preste, a su vez, análogo servicio. No sólo Eduardo no iba a poder alcanzarme con su puñal y llegar arriba al mismo tiempo que yo, sino que no podría empezar a ascender hasta que la vagoneta en que yo me hallara empezara a descender... ¡Ah, qué hora exquisita viví allá en lo alto! ¡Qué satisfacción experimenté en poder comer, beber y fumar sin temor alguno! "No temas — me decía alegremente:

— Ni él ni su puñal pueden sobreenir de improviso. Están abajo, completamente abajo. Y nadie puede impedir que no permanezcan abajo durante cuarenta, treinta o veinte minutos todavía".

Al cabo de una hora, un silbido anunció que la vagoneta que me había llevado hasta la cumbre se preparaba a descender. "Un silbido análogo — monologué — anuncia en este momento, allá abajo, que la otra vagoneta va a subir. Eduardo se mete en la vagoneta con su puñal. Es inútil que lo espere aquí. Bajemos". Y bajé. A mitad de camino las vagonetas se cruzaron. Mi previsión se realizaba. Vi a Eduardo que subía, puñal en mano. Pude permitirme el placer de gritarle: "Sube, viejo, sube; me parece que no me vas a encontrar arriba cuando llegues".

[Una vez al pie del Grosshorn me disponía a recobrar mi melancolía existencia de animal perseguido, eternamente perseguido, cuando súbitamente exclamé: "Qué estúpido. Quédate aquí tranquilamente. No hay duda de que puñal en mano, Eduardo espera

febrilmente allá arriba, de que su vagoneta baje para bajar él también, ¿por qué no has de esperar tú que tu vagoneta suba para subir también"?... Una hora después repetí mi ascensión al Grosshorn. A mitad de camino vi a mi Eduardo que bajaba y me dí el gusto de gritarle: "Baja, viejo, baja; me parece que no estaré abajo cuando tú llegues"...

Después de haber hecho dos viajes en esta adorable y segura línea del funicular, hice un tercero, un cuarto, hice veinte, cien, mil... Y desde hace diez meses, cada vez que Eduardo sube, yo bajo y cada vez que él baja, yo subo...

Pero este medio de vivir una existencia sin angustias, presentaba, sin embargo, un inconveniente. Cada trayecto de la línea Berna-Grosshorn cuesta veinte francos. Hay, por día, veinte viajes. Por más que uno tenga con qué vivir, veinte veces veinte francos por día, es algo... Por suerte, tres semanas después de mi primer viaje quedé vacante un empleo de conductor.

Lo pedí y me empleé. Durante

algún tiempo continué cruzándome con un Eduardo Chose que llevaba la galera de costumbre. Sin duda, el segundo puesto de conductor quedó también vacante. Una mañana, en el primer compartimento de la otra vagoneta vi a Eduardo Chose llevando, como yo, una gorra.

Entretanto habíamos llegado a la cumbre de Grosshorn. Antes de estrechar la mano de Pablo Machin, para demostrarle que nos había interesado su relato, le preguntamos qué había sido de la mujer de Eduardo.

—Emilia nos ha seguido paso a paso, durante nuestra persecución a través del universo, para proporcionarse el placer de asistir a una drama... Ahora ya no le vemos. Chose está obligado a causa de su servicio, a dormir todas las noches en la cumbre. Yo, por la misma causa, tengo que dormir abajo... En vista de esto Emilia se ha hecho construir un chalecito exactamente a mitad de camino, en la falda de la montaña. Así tiene las noches libres.

Ernestina había llegado a ese decisivo momento en la vida de una joven en que debe pedir la mano del hombre que ama. La señora Gaswell, madre del joven, la examinó detenidamente, desde la cabeza a los pies, sin quitarse el cigarro de la boca. En un rincón su esposo el señor Gaswell, se detuvo un instante en su tarea de tejer medias y aguardó, con el corazón anhelante la respuesta de su esposa:

Bien, — dijo lentamente la cabeza de la familia — ha hablado Ernestina como corresponde a una joven. Pero, como usted comprende no puedo confiarle así no más la felicidad de mi hijo. ¿Está usted en condiciones de asegurar el porvenir de mi hijo y de defenderlo contra las asechanzas del mundo cruel? ¿Qué garantías me ofrece de poder sostener el hogar?

Ernestina se ruborizó lentamente:

—En la actualidad gano alrededor de tres mil dólares por año;

El sueño de algunas niñas....o jendarmes de caballería con polleras

pero la señora Bellows, socia principal del establecimiento me ha prometido habilitarme para el año próximo. Deseo hacerle notar que al casarme con Juan no pienso en ninguna manera en lo que la madre pueda hacer por él; no he pensado más que en la persona del joven.

La señora Gaswell le dirigió una mirada aprobatoria.

—Una pregunta más y quedaré satisfecha Ernestina. — Oye — dijo, dirigiéndose a su esposo — ¿crees que puedes quedarte aquí?

—Yo... yo... — tartamudeó el señor Gaswell pero sin levantarse de su asiento.

—Bien, quédate, dijo su espo-

sa, concediéndole de mala gana permiso para quedarse en la habitación y agregó: — no soy como otras que creen que hay ciertas cosas que el hombre debe ignorar. Dígame, Ernestina, ¿cuál ha sido su pasado?

Ernestina contestó como corresponde a una mujer:

—He hecho la vida que hacen las demás personas de mi sexo, señora Gaswell depreocupada, aficionada a las diversiones de la juventud, y aunque hay ciertas cosas que prefiero olvidar, creo poder afirmar que nada me impide casarme con su hijo, por lo menos, desde el punto de vista de las ideas corrientes.

—Me ha dado usted la con-

testación que corresponde, Ernestina. Los hombres y las mujeres no pueden ser dirigidos por los mismos principios morales. Oye — dijo volviéndose a su esposo — haz venir a Juan.

El señor Gaswell se dirigió apresuradamente a la puerta y la abrió:

—¡Juan!

Un momento después un joven de diez y nueve primaveras, vestido con sencillez pero con delicado gusto, apareció en el umbral. Tímidamente, alzó la mirada, primero a su madre, y después a su novia:

—¡Mamá!

Y se arrojó a sus brazos, sollozando:

—¡Tómelo! ¡Le confío su felicidad! — exclamó la señora empujando al joven ruboroso y emocionado, hasta los brazos de Ernestina que sonreía protectora y confiada.

En su rincón, el señor Gaswell, dejaba caer lágrimas silenciosas sobre sus agujas de tejer.



MISS E. J. BROWN - 11 75
JANUARY 1900



Leyendas Belgas

El diablo arquitecto

Por Roberto J. Payró

SATANAS ha tenido que escapar muchas veces, corrido y rabo entre piernas, en este país de socarrones, hidalgos astutos y burgueses maliciosos y espirituales. Así resulta de lo que cuentan los interesados pues flamencos y valones se jactan de haber sido con frecuencia más diablos que el mismo Diablo, y ahí está la leyenda para atestiguar sus dichos que yo, por mi parte, creo en la indiscutible existencia del Demonio.

El Maligno que en Bélgica se atonta sin duda, no escarmentó jamás, por muchas lecciones y desengaños que recibiera. Como buen condenado es reincidente y testarudo. Podría yo, por ejemplo, relatar aquí que, mediante pacto firmado por el señor del lugar de Avioth, hoy miserable aldea del valle del Thonne, en las Ardenas, edificó la hermosa iglesia de Notre Dame que aun hoy evoca, en mitad de un cuasi desierto, el luminoso estilo de la catedral de Reims.

Pero, burlado el Tentador por la esposa del hidalgo quedóse sin el alma de éste y sin el templo erigido en honor de la Santísima Virgen por sus réprobos manos y al que, para ser perfecto, sólo falta un pequeño detalle de construcción. Podría referirme, además, a muchas obras venerables y bellas que, ora convertidas en ruinas, ora conservadas intactas hasta nosotros a través de los siglos, se deben — si no a un prodigio del genio humano — a las artes y la magia de Lucifer. Yendo, “verbi gratia” de Tourinnes a Longue-

ville y antes de llegar a este villorrio, se encuentra la famosa granja “Malplaqué”, donde hay una troj construída por el Príncipe de las Tinieblas, pero cuyo techo no está enteramente concluído, y cerca de Cokaifagne, jurisdicción de Spa quedan, en el espacio de cien metros, vestigios de una calzada para los arqueólogos romanos, pero que el vulgo conoce muy bien como el “empedrado del Diablo”, obra satánica construída en una sola noche como el palacio de Aladino.

En las inmediaciones de Barvaux se alza una colina abrupta coronada por una especie de torreón arruinado; es la “Tour du Diable”, la Torre del Diablo, quien edificó, también, un castillo en el ángulo que forma la garganta de Pierreux y la torrentera del Darnonte. Este último es el “Diable Chateau” hacinamiento de rocas, pavorosas y fantásticas ruinas de la fábrica fulminada por la mano de Dios.

Y en los alrededores de Pepinster, un enorme murallón de grava, orlado como por derruidas almenas, surcado por grietas horizontales y verticales que sugieren la mampostería; es el dique levantado por el Maldito en el año 650 de nuestra era, en venganza de que San Remacle, obispo de Tongres, hubiese acabado con el paganismo en la comarca.

Una noche bastó al Espíritu infernal para construir aquel ingente muro de guijarros que forcería el curso del impetuoso Hoegne haciéndole inundar y destruir gran parte del mar-

quesado de Franchimont. Los consternados vecinos de Theux pidieron socorro a su patrono San Hermes, y el santo, no en una noche sino de un solo revés, derribó el centro del murallón dejando libre paso a las aguas y librando a sus fieles de una muerte segura.

Pero aquí, como en el caso del Diable Chateau y otros ciento, se trata de un milagro y no del ingenio del hombre y especialmente de la mujer, que han bastado y bastan en Bélgica para frustrar las artimañas del Enemigo.

Cuento al caso.

—Daría mi alma al Diablo con tal de que me edificase una troj antes de mañana! — exclamaba el granjero de Hemelgen, cerca de Ophern.

De tiempo atrás deseaba este imprescindible ensanche de su granja pero no podía reallizarlo por falta de dinero, y al pronunciar tan imprudente voto exasperaba su anhelo la enorme cantidad de gavillas con que volvía de la siega, sin tener donde resguardarlas de las intemperies y con una furiosa tormenta en perspectiva.

—¡Daría mi alma al Diablo, sí! — repitió Jef tirándose del cabello y pateando de rabia.

No bien lo había dicho cuando junto a él apareció un caballero negro, con barba puntiaguda y rubia como el lino recién granado. El Demonio de Flandes es rubio.

—Acepto el trato — dijo el de negro. — Esta misma noche edificaré la troj...

—¡Y en cambio tu me llevarás el alma! — preguntó Jef, comprendiendo con quien se

las había.

—¡Naturalmente! Tú mismo me lo has propuesto.

—Es verdad. Sin embargo...

Y el redomado destripaterones se rascó la cabeza buscando como embaucar al Embaucador y quedarse con troj y alma al propio tiempo, aunque para conseguirlo tuviera que sacrificar a otro, pues a fuer de labriego flamenco tenía sus puntas y ribetes de egoísta, rebelde a la caridad cristiana hasta para con los suyos.

—¡Dime! — exclamó de pronto mirando al Demonio como a sus parroquianos en las ferias, de soslayo. — ¿No te sería lo mismo llevarte el alma de Kees mi hijo mayor, en vez de la mía?

—Tanto me da una como otra, — replicó el Diablo convencido de que se llevaría las dos, y en el peor de los casos la de Jef, como firmante de un pacto que le condenaba por reo de hechicería.

—Siendo así, — dijo el granjero — estoy pronto a cerrar trato, pero con la condición, porque el tiempo está muy borrascoso, de que la troj quede concluída antes del primer canto del gallo.

—¡Convenido! Firmame este papel, y tendrás tu troj a cambio del alma del chico.

Pero Anekke, la mujer de Jef que desde la ventana había escuchado el infame convenio, sin fuerzas para intervenir porque tenía miedo del Diablo y más que del Diablo de su marido — ¡ah, si sólo se tratase del alma de éste!... — echóse a cavilar buscando un

medio de salvación para el inocente Kees. Era tres veces astuta, por mujer, por campesina y por flamenca, y no tardó mucho en imaginar un ardid.

Mientras servía la cena fulminaba involuntariamente con la mirada, pese a sus propósitos de disimulo, a Jef que, muy satisfecho, comía con voraz apetito y sonreía socarrón mirando a Kees, que siempre le había sido insoportable. A la hora de costumbre todo el mundo se fué a la cama, pero Anneke cuidó de no dormirse.

Cuando la duodécima campanada hubo sonado en la torre de Ophern, anunciando la hora del aquellarre, Anneke oyó gran ruido en el patio de la granja. Centenares de diablos subalternos trabajaban literalmente como condenados en la construcción de la troj, pero ello no se movió para no despertar a Jef y porque aun no era llegado el momento.

Horas después, calculando que los demonios estarían a punto de terminar su tarea, levantóse muy quedo, acercóse a una rendija de la ventana y lo que vió hubo sin duda de satisfacerla, porque haciendo un gesto de júbilo corrió des-

calza y de puntillas a la cocina y de allí pasó sigilosamente al contiguo corral.

Sólo faltan a la troj algunas tejas del techo para quedar completamente concluida.

Pero Anneke, saltando al gallinero coge bruscamente al dormido gallo que, asustado, lanza un vocinglero co co ro có.

¡Ni que fuera la trompeta del juicio!

La infernal cuadrilla, abandonándolo todo, se desvanece en los aires, pero la troj permanece en pie.

Diablos, brujas, duendes y aparecidos tienen que huir en cuanto el gallo canta.

Y como Satanás no ha dado cumplimiento al pacto, éste queda roto y Jef y Anneke salen ganando la troj amén del alma del pobre Kees.

La troj está aún como estaba aquella noche, faltándole unas pocas tejas del techo, que nunca han podido colocarse por más que se haya intentado como lo verá todavía quien pase por la granja de Hamelgen, en Ophern... no sé bien si en el de Stenhuyse Wynhuyse, o en el de Vieux Héverle, o en el de Voonle, o en el de Wo-

sembeck, o en todos los Ophern al mismo tiempo. Fácil es inquirirlo con sólo darse un paseo por el Brabante y la Flandes Oriental.

Pero aquí no acaba la historia.

Como el cazador de moscas de Mark Twain, allá en Civita Vecchia, el Demonio, que se contenta, si marra un tiro, cuando otro da en un blanco cualquiera se vengó en un tercero inocente del golpe en vago contra Jef Mesmacker y su hijo Kees.

Cuando se trillaba el trigo almacenado en la troj diabólica, un gañán tiró desde lo alto del montón una gavilla a la era y juró:

—¡Voto a Dios, allá va una!

—¡Allá van dos! —gritó el Demonio que estaba detrás, precipitándolo a la era.

El blasfemo, con el espinazo roto, no tuvo tiempo de encomendarse a Dios, y Satanás, riendo a carcajadas, se llevó su alma a los infiernos.

Y debe creérsele como el Bendito, porque como se dice en Flandes:

—Esto pasó cuando el Diablo era niño.

¡ A Q U E L !

—Como no quise averiguar su apellido, —dijo Delia, — le bauticé con un pronombre. Para mí, el platónico adorador se llama Aquél. Todos los hombres tienen defectos que tarde o temprano sabremos. Aquél es únicamente quien logra ocultarlos o está libre de mancha.

Puedo asegurarte, amiga, que mi constante enamorado nunca intentó ponerle sitio a la plata de papá, como ciertos muchachos que tú sabes. También es lógico suponerle galante y educado, pronto a los mayores sacrificios, si yo le hiciese un sencillo ruego.

El pobre Alguien es todo un caballero. Me sigue por la Rambla, ya le has visto hoy; más que nunca pisa la playa en horas de baño. Tal delicadeza me encanta, sobre todo viniendo de él, que ninguna obligación tiene para conmigo. Además, no hay peligro de que el flirt mudo y rápido que sostengo con Alguien termine a manos del spleen.

Le quiero amistosamente y no sé quién es. Esto ya importa una ventaja de su parte.

Ahora, lejos de Mar del Plata, libre de aquella inocente persecución, recuerdo su simpática figura y he decidido nombrarle mi mascota honoraria. Mucho ha de valer cualquier hombre que me corteje si consigue desbancar al modelo o maniquí de novios honrados.

¡Y pensar que nuestra Zulema se burlaba de Aquél cuando le veía siguiéndonos los pasos! Todavía le llama viejo y tronado sin reconocer sus cualidades. Yo, por la negra honrilla, fingí en la Rambla cierto desprecio, aunque siempre me halagó su devoto cariño.

A pesar de todo cuanto diga Zulema, espero impaciente. Mis diez y ocho años conservan aun bastante candor. Aquél, mi mascota y modelo, me traerá suerte en amores, o se presentará como príncipe desencantador de princepsitas.

AFICIONADOS

La casa MAX
GLÜCKSMANN
le entregará la revelación y copias
esmaltadas

en 6 horas

MAX
Glücksmann

FLORIDA 336/44

(Edificio propio)

CALLAO 188/92

Historia de una rima de Bécquer

Sabido es que Bécquer gozó en vida de escasa nombradía como poeta. Sus versos apenas si trascendieron de un número muy reducido de amigos; publicados en periódicos y revistas, muchas veces sin el nombre del autor, fueron flores de un día en la memoria de los lectores.

Bécquer fué estimado por sus contemporáneos como delicado prosista, crítico benévolo y periodista honrado y juicioso. Del mérito de sus poesías sólo sabían muy contadas personas, y aún éstas, nunca sospecharon, en vida del poeta, el valor en que la posteridad había de apreciarlas.

"Distinguido poeta" lo llamó la "Ilustración Española y Americana", revista entonces la más entonada, al dar cuenta de su fallecimiento; y la "Ilustración de Madrid", algunos meses antes, en la necrología de Valeriano Bécquer, dijo de Gustavo: "El poeta vive, y llora a su perdido hermano. Tenemos la confianza de que su nombre, si logra algún día verse desligado de las misteriosas necesidades del momento figurará con gloria en nuestro Parnaso".

Después de muerto fué cuando el laurel de la gloria brotó en su tumba y extendió las ramas por el mundo. Entonces se publicaron sus poesías formando precioso haz, y la vida del poeta romántico interesó a la copiosa muchedumbre de sus admiradores.

¿Fué en verdad tan triste y dolorosa la vida del soñador, como publican sus rimas? ¿Respondieron todas y cada una a sucesos reales, o hubo mucho de estado de ánimo, propio de su naturaleza, ficción cerebral, a veces, sin más realidad que la que le dió su portentosa fantasía?

Copiosa literatura se ha hecho en torno a la biografía del poeta se han exagerado muchísimo los accidentes vulgares de su vida, y, para hacerla más sombría y romántica, se han inventado no pocos lances. Los ensueños amorosos de su mocedad, su casamiento más tarde, y, finalmente, pretendidos desengaños amorosos son traídos y llevados por escritores, que no parándose en barras, los dan como única fuente de sus rimas.

A una de las más desgarradoras y de las menos felices, se le señala la fecha de su creación,

relacionándola con los últimos y crueles desengaños del poeta, cuando estaba próximo a la muerte. Esta poesía que no tuvo cabida en las primeras ediciones de la obra de Bécquer, y atribuida disparatadamente a Rubén Darío, dice así:

"Una mujer me ha envenenado el
(alma,
Otra mujer me ha envenenado el
(cuerpo;
Ninguna de las dos vino a buscarme
Yo, de ninguna de las dos me quejo.
Como el mundo es redondo, el mundo
(do rueda,
Si mañana, rodando, este veneno
Envenena a su vez, ¿por qué acusar-
(me?
¿Puedo dar más de lo que a mí me
(dieron?"

El distinguido biógrafo de Bécquer, Juan López Núñez, cuya obra es, sin duda, la más interesante y rica en pormenores, de cuantas se han escrito acerca del poeta sevillano, consigna que, "estos versos fueron escritos por Gustavo Adolfo Bécquer, días antes de morir con destino a la "La Correspondencia Literaria". Y añade: "Conocemos estos versos gracias a Eduardo de Lustonó, que los conservaba y les dió publicidad..."

Se guarda en la Biblioteca Nacional el original las "Rimas", que su autor tituló "Libro de los gorriones", para el cual dibujó una portada. En esta preciosísima colección, que tiene por fecha la de 1868, se hallan todas las llamadas "Rimas" que se incluyeron en la edición primera de las obras completas de Bécquer, y tres más que por creerlo oportuno no publicaron los amigos del poeta que se ocuparon de imprimir las formando cuerpo.

Ya este código becqueriano fué estudiado por el doctor Franz Schneider (Leipzig, 1914) y por Domínguez Bordona en 1923, señalando las variantes entre el original y lo impreso, variantes atribuidas, y para mí sin duda

alguna a Narciso Campillo, y en el cual código, si mal no recuerdo, figura la poesía que comento cerrando la colección, apareciendo tachada con un fuerte trazo de tinta más negra y moderna que los autógrafos poéticos.

La data de 1868 no quiere decir que en esta fecha se escribiesen las poesías, muchas de las cuales se habían insertado en periódicos y revistas algunos años antes, ofreciendo variantes con los autógrafos y con el texto de las obras completas. El poeta empezó ese año a reunir lo que ya tenía escrito, y que publicado o inédito, estimaba más digno de conservarse.

No fué, pues, escrita la desgarradora rima días antes de morir Gustavo Adolfo, y sospecho que el original que dice Lustonó tenía en su poder, no existió más que en su fantasía se deduce del texto, que enmendó, del "Libro de los Gorriones", que, seguramente conocía, para darlo a la publicidad. Conviene advertir que los artículos de Lustonó sobre Bécquer contienen algunas inexactitudes.

¿Por qué no se incluyó la rima "Una mujer envenenó mi alma..." en la primera edición de las obras del poeta?

Domínguez Bordona cree que Campillo la excluiría "más que por falta de comprensión, por impulso piadoso de amistad fraterna".

A mi modo de ver, Campillo la eliminó por juzgarla de escaso mérito literario, como otras dos: una de ellas, publicada en las "Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer", recopiladas por Fernando Iglesias, y la otra, no la he visto insertada en las modernas ediciones españolas del gran poeta, y la reproduzco a continuación:

"Dices que tienes corazón y sólo lo dices porque sientes sus latidos; eso no es corazón... es una máquina que al compás que se mueve hace (ruido".

Aun queda mucho que componer de la biografía del soñador poeta de las "Rimas"; muchas de sus originales creaciones, especialmente las de su juventud, esperan al compilador que en precioso haz las ofrezca a los devotos del poeta romántico.

Compañía
Italo
Argentina
de
Electricidad

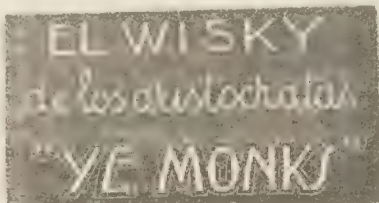
CORRIENTES 561-569

U. T 81 - Retiro 3401

C. T 1387 y 2524 Central



Los cafeteras
y teteras eléc-
tricas son
elegantes
prácticas
y decorativas



AMAPOLA

ERASE que se era una aldeanita como un pino de oro. Su madre se miraba en ella, y su abuela la llevaba en palmas, y le traía los pajarillos volando.

Donosa estaba la niña con su monterita, regalo de la abuela, y sin duda por el color de la montera, todas las gentes del pueblo la llamaban Amapola.

Un día que su madre hizo tortas, le dijo:

—Anda, vete a casa de tu abuelita a ver como se encuen-

que ni por pienso podía imaginar cuan peligroso era el dar oídos a un lobo, le contestó con candor:

—Voy a casa de mi abuelita a llevarle de parte de mi madre esta torta y este tarro de manteca.

—¿Vive lejos tu abuela? —preguntó el lobo.

—¡Vaya si vive! exclamó Amapola: allá al otro lado del molino que se descubre junto a la primera casa del pueblo.

—¿Que me place! —añadió

y llamó a la puerta. Tras, tras.

—¿Quién es?

—Soy yo, soy Amapola, dijo el Lobo fingiendo la voz. Abre, que de parte de mi madre te traigo una torta y un tarrito de manteca.

La buena de la abuela, que por hallarse indispueta guardaba cama, contestó gritando:

—Corre el pestillo, y se abrirá el portillo.

El Lobo cogió el pestillo, y se abrió el postigo de par en par. Como hacía tres días y

jo:

—Soy yo, soy Amapola. Abre, abuelita, que de parte de mi madre te traigo una torta y un tarrito de manteca.

El Lobo, procurando suavizar el sonido de sus palabras, dijo a su vez:

—Corre el pestillo, y se abrirá el portillo.

Amapola corrió el pestillo, y se abrió el postigo de par en par.

El Lobo, no bien la vió entrar, muy arrebujaado con la ropa de la cama, le dijo:

—Mira, pon la torta y el tarrito de manteca dentro de la atesa, y ven a acostarte.

Amapola se desnuda, y se mete en la cama; pero ¡válgame Dios, cuán grande fué su asombro al ver la facha de su abuela!

—Abuelita, dijo: tienes unos brazos muy grandes.

—Son para abrazarte mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unas piernas muy grandes.

—Son para correr mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unas orejas muy grandes.

—Son para oír mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unos ojos muy grandes.

—Son para ver mejor, hija mía.

—Abuelita, tienes unos dientes muy grandes.

—Son para comerte.

Dicho y hecho. El pícaro Lobo se arroja sobre la infeliz Amapola, y ¡zás! se la comió.



tra, pues me han dicho que estaba enferma. Llévale una torta y un tarrito de manteca.

Amapola echó a andar hacia casa de su abuela, que vivía en un lugarejo circunvecino. Al pasar por el bosque, se encuentra con el señor Lobo. Mas ese Lobo muy bien quería comérsela, pero no se atrevió porque a corta distancia estaba trabajando un leñador. Preguntó el Lobo a Amapola a donde iba, y la inocente muchacha,

el Lobo. —Cabalmente yo había pensado ir a visitar a tu abuela. ¡Ea! coge tú ese camino, que yo iré por ese otro. A ver quien llega antes.

El Lobo más listo que Cardona, tomó el camino más corto, y Amapola fué siguiendo el más largo, entretenida en coger avellanas, en correr tras las mariposas, y en hacer ramilletes de florecitas silvestres.

En un volver de ojos llegó el Lobo a casa de la abuela,

tres noches que no probaba bocado, se arroja de sopetón sobre la pobre vejezuela y en un santiamén la devoró.

En seguida cierra la puerta y se acuesta en la cama de la abuela, esperando a Amapola, que no tardó en llamar. Tras, tras.

—¿Quién es?

Amapola al oír la ronca voz del Lobo, de pronto se asustó; pero creyendo que era su abuela la que estaba resfriada, di-

Indicios dais de no cabal sentido,
Niñas de buen palmito y lindo talle,
Que prestais blando oído
Al primero que pasa por la calle.
Si ogafio como antaño
Tantas se come el lobo no es extrañio.
Sabido es que los lobos carníceros
Son de varias maneras;
Que los hay zalameros,
Muy rendidos, muy tiernos y muy
(finos,

Que al olor de las niñas hechiceras
Corren casas y calles y caminos.
Y esos lobos de alcorza y de jalea,
Según consta en antiguos pergaminos,
Son ¡pesía tal! los de peor ralea.

LOS CABALLEROS ANDANTES DE LA POESIA



UCHO se ha escrito acerca de los trovadores y del movimiento literario iniciado por ellos, sin que ningún autor haya visto con claridad el verdadero carácter de aquellos errabundos poetas-músicos, cuya cuna fué la soleada Provenza, allá por los siglos VIII o IX. La crítica

docta nos presenta al trovador como un hombre seriote, dado al estudio y a la meditación, algo intrigante político, y por remate, más amigo de las comodidades del hogar que del libre goce de la libre Naturaleza.

Con más certero juicio, el sentimiento popular tuvo siempre al trovador por cosa muy distinta, viendo en él lo que fué en realidad: un héroe novelesco de pies a cabeza. Sí; eran los trovadores aquellos gallardos mozos que, laud a la espalda y estoque al cinto, iban de castillo en castillo y de corte en corte a cantar apasionadas endechas, pastorales y baladas, tenzones y serventesios, subyugando corazones femeninos, engendrando odios, despertando celos o removiendo las fibras patrióticas de los pueblos. Ellos no eran la vacilante lámpara de la ciencia recogida y solitaria, sino la única luz vivaz y fúlgida que alumbró las tinieblas de la incipiente Edad Media.

Primer poeta de la moderna civilización, apareció el trovador en el único rincón de Europa donde la ausencia del ruido de las armas, común a todo el continente, permitía el tranquilo cultivo de las musas, protegido y estimulado por un príncipe-trovador, el inspirado Bonifacio IX, conde de Poitiers. Este, que en sus años juveniles habíase dado buen tiempo recorriendo los castillos señoriales de Avignon, Arles, Tolosa y otras ciudades de la bella Provenza, ideó constituir en torno de sí una corte literaria donde se cantase en el pintoresco lenguaje de la región lemosina, de la lengua de "oc", todo lo que podía ser digno de ensalzamiento: la mujer, el hombre esforzado, la caballería y la cortesía.

En aquel crisol literario se fundieron y depuraron todas las antiguas formas de la poesía, surgiendo un nuevo arte que durante más de dos siglos fué la exclusiva sensación estética que conmovió a una sociedad ruda e ignorantísima. Formada ya la escuela de trovadores, sólo faltaba que sus adeptos se lanzasen por el mundo difundiendo la dulzura de la "gaya" ciencia, y fué lo que hicieron los trovadores provenzales.

¿Cómo habían de realizar éstos su nobilísimo empeño en una época cual aquella en que comenzaron su apostolado artístico? De la única manera compatible con los tiempos que corrían: constituyendo una verdadera orden de caballería poética; consagrándose, cual los caballeros andantes, al servicio de una dama, hermosa a ser posible, y en honor de la cual sostenían pruebas de ingenio de igual suerte que los "amadores" defendían las suyas a cintarazo limpio; profesando el mismo culto que ellos a Dios, a Eros y a la valentía, y al par que ellos ganándose de zoca en colodra, guapamente, buenamente, el diario sustento en amuralladas fortalezas o en dorados palacios, según caían las pesas. Fueron, pues, los trovadores genunos Quijotes poéticos con todas sus grandezas y miserias, hombres de aventuras amorosas y políticas, encanto de varias generaciones y, por punto general, muy razonables personas.

No se crea por lo que decimos anteriormente, respecto al prosaico arbitrariedad el cotidiano condumio los trovadores, que éstos eran pelafustanes que no tenían sobre qué caer muertos, o que, llegado el momento de la celebridad, desairaban las solicitudes de la diosa Fortuna; nada de eso. El trovador procedía siempre de familia aristocrática; era una "cabeza a pájaro" de los tiempos medievales que prefería irse cantando por esos mundos, en busca de sensaciones, a podrirse mirando las viejas armaduras de sus gloriosos antepasados o a romperse la crisma con moros o cristianos por un quitame allá esas pajas. Y como, por fortuna para ellos, no eran insensibles al vienteillo de la ambición mundana, así que su talento les conquistaba la protección de un poderoso, dejábanse empujar hacia la altura de buenísima gana.

De entre las filas de la legión trovadoresca salieron, en efecto, algunos que llegaron a vestir la púrpura cardenalicia y a ceñir la tiara pontifical; entre ellos contáronse reyes, príncipes y magnates,

privados de monarcas, ministros de Papas y magistrados de repúblicas. Se ve, pues, que en los trovadores no todo era cantar a las estrellas a campo raso cual Tannhauser, o a las hermosas castellanas bajo gótica ventana. Eran gente que estaban al plato y las tajadas: a lo espiritual que sublima el alma y a lo sustancioso que entona el cuerpo.

*Son muy endlenques para profesionales.
Dejalos mujer. Les hacemos tomar
diariamente el famoso tónico recos.
Liluyente HIERRO QUINA
BISLERI y serán los jugadores
mas fuertes y colizados*

VIGOR
FUERZA
APETITO

No fué España tierra favorable a la germinación de trovadores, que, por aquel entonces, tenían nuestros compatriotas harto que hacer en dar mandobles para dedicarse a pulsar la blanda lira. Así y todo, mencionan los eruditos como maestros en el arte de trovar a Guillermo de Tudela, Arnaldo "el Catalán", Guillermo de Cervera, el conde de Ampurias, Ponce Barba, Serveri de Girona, Ponce de Ortafá y los cuatro o cinco trovadores que lleva el apellido March, entre los cuales merece especialísima recordación Ausias, válido y amigo del príncipe de Viana, hijo de Juan II de Aragón. Hase de advertir, sin embargo, que Ausias March, si bien merece la calificación de trovador porque rimaba o trovaba como los poetas provenzales, floreció ya cuando los caballeros andantes de la poesía, por razones políticas y sociales que no son de este lugar, habían abandonado desde hacía un siglo sus errabundas costumbres, convirtiéndose en poetas sedentarios o de "casa y boca".

De los trovadores lemosines llegados a España al ocurrir la florecencia de la poesía provenzal, y que en verdad fueron legión, hay uno que ejerció gran influencia no sólo en el desarrollo de la literatura hispana, sino en la política de Castilla. ¿Su nombre? Pues el ladino cuanto inspirado trovador Bonifacio Calvo, que entrometiéndose en la corte de Alfonso "el Sabio" dióse tan buena trazá, que a poco de su arribo se convirtió en amigo, consejero y favorito del monarca, y en algo más que amigo de una infanta.

Tan entusiasmado estaba el autor de las "Cantigas" con su trovador y con todos los trovadores internados en Castilla al olorcillo de la protección real, que hasta pensó en ofrecerles una villa libre y franca para su estancia y hospedaje. Pensamiento que, dichosamente para los vates andariegos, no llegó a vías de hecho, y que de llegar le hubiese costado al sabio soberano grandes desazones. ¡Imaginad, en efecto, una ciudad gobernada por poetas, dentro de un reino todo prosa!

Y ahí tienes, amable lector, lo que fueron los tan traídos y llevados trovadores, sobre cuya novelesca existencia tejó un gran vate español admirable tragedia, y escribió un gran músico italiano inspirada cuanto siempre lozana partitura.

POR EL TANGO

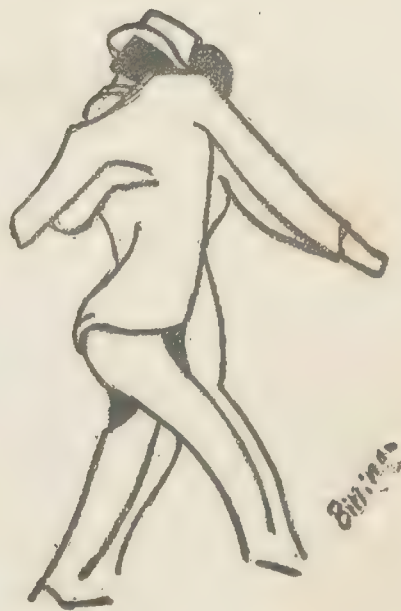
¿Por qué si eres dulce, tango,
Cuando se entonan tus notas
Parece que siempre flotas
Como nacido del fango?

Se empeña el que es orillero
En simular que es guarango,—
¿Por qué si eres tierno, tango,
Te da un acento grosero?

¿Por qué ha de ser compadrón
El que la guitarra toma;
Y en la pampa o en la loma
No canta como en salón?

Si es tu estirpe lo mejor,
Como cantar de la tierra,
¿Por qué en ser rudo se aferra
El torpe compositor?

En el campo, en el fogón,
También vibra el sentimiento:
Las penas, el sufrimiento,
No se expresan con baldón!



Deja, pues, la frase impura,
La voz grosera y chocante,
Y con tono emocionante
Levántate a más altura.

Si el pardejón, el guarango,
Te canta, torpe, a su modo,
Que él viva dentro del lodo:
¡Defiende tu estirpe, tango!

Defiende tu aire divino
Que es correcto, que es decente,
Para que toda la gente
Sepa que eres argentino!

Porque si eres dulce, tango,
Cuando se escuchan tus notas,
Has de mostrar que no flotas
Como nacido en el fango!

Benjamin Solari Parravicini

El encanto de las feas

Por J. T. Rojo



ALIAN del escritorio y una joven cruzó gentil, airosa, surgiéndole a Gaspar, por la gracia de su pasito breve y de su contoneo, un "¡preciosura!" de entusiasmo.

—Pero... ¿le ha visto usted la cara? — preguntó Pardo, el loco Pardito.

—¡Bah! obsérvela, es un figurín...

—¡Lo que observo, amigo mío, es que usted tiene una debilidad extraordinaria por las mujeres feas!

—Puede ser... — objetó Gaspar, con fastidio, absorto en la contemplación de la silueta que se iba perdiendo hacia el confín de la otra calle.

—¡Una debilidad extraordinaria! — insistió el "acompañante, sin éxito.

Y anduvieron varias cuabras en silencio, hasta llegar a la Avenida.

—¿Quiere que comamos juntos?

Pardito se sorprendió; no era martes, sino sábado, la noche de aquellarre entre brujas y hechiceros, según la leyenda, y de orgía grotesca de horteras, según Gaspar.

—Hombre...

—Necesito su camaradería... Ya ve usted, se lo confieso brutalmente...

Entraron en un restaurant donde los platos se aderezaban con el programa de una orquesta terrible, una orquesta de Rigolettos. Puñados de rosas y tangos acelerados por la nerviosidad andaluza del primer violín.

Al segundo plato Pardito interrumpió el elogio de un peje-rey para exclamar con su característica exuberancia de frase y gesto:

—¡Otra vez! ¡Pero, amigo, si aquello es una visión dantesca! Gaspar, usted me alarma...

Porque también ahora contemplaba Gaspar a una fea, inapetente y enojada, de dos mesas mas allá. Desvió la atención y dijo, conmovido:

—Usted no sabe, Pardito, el encanto de las feas...

Bebió Pardito para ahogar la risa, y Gaspar, ya desbordando,

inició la sobremesa con singular anhelo de expansión.

—¿Se extraña usted?... Pues sí, el encanto de las feas... Porque las feas tienen su encanto, se lo afirmo.

—Yo, francamente...

—Sí, ya sé... Pero es que hay que tratarlas para penetrar en el secreto de esa sugestión.

—Entonces...

—Entonces...

—No me avergüenza decirlo, yo estoy enamorado de una fea... ¡No se ría usted! ¡De una fea!

—Sospechaba una historia en su mutismo...

—No debiera ser usted el confidente, Pardito. Los hombres de su carácter no temen el contagio de ciertos sentimientos, y yo, para convencerle, necesito ante todo conmoverlo...

—Es que también tengo mi cuarto de hora setimental...

—Pues voy a aprovecharlo porque no ha de ser más de un cuarto de hora, seguramente... Era una chica de "magazine" y la conocí una tarde en que el hastío me llevó a comprar guantes. No dimos con el número ni siquiera con el color de mi gusto, y fué ella quien exclamó, sonriente: "No puedo, no puedo complacerlo..." ¡Ah! que mueca monstruosa la de aquel rostro... La nariz respingadísima descubría más profunda la anchura de la boca cuyos labios, gruesos y descoloridos, mostraban al abrirse una dentadura desigual, muy limpia. Y la tez pálida, terrosa, no tenía otra compensación que la de unos ojos grises, pequeños, mal protegidos por las cejas raleadas e incoloras. Pulidas, las manos tenían, sin embargo, una viscosidad indefinible; mal peinada, cursi la ondulación del pelo sobre la frente estrecha, el conjunto de aquella cabeza producía una impresión de lo irremediable. Y esa impresión me perturbó, porque mis ojos no podían extáticos, desviar la mirada. "No puedo complacerlo, ya lo ve..." repitió tristemente, como si respondiese a la repulsión que sin duda revelaban mis pupilas. Me alejé con brusquedad, sumergiéndome en la barahunda de Florida. Pasaban las bellas, las fastuosas, las perturbadoras... pero ninguna consiguió alejarme de la gran tienda, porque a las siete estaba yo esperando la salida de las em-

pleadas, en lugar estratégico. Y como todas, salió la fea de los guantes. Y, como la que hoy me sorprendió, también aquella tenía en la figura el contrapeso de la fealdad del rostro. Vivaracha, sus movimientos gentiles acusaban un deseo de agradar. Las líneas del cuerpo, armónicas, la indumentaria elegante, sugerían la palabra amable... Pero yo le había visto el rostro muy de cerca, cuando advirtiéndome mi persecución se dio vuelta para mirarme, sonriente y monstruosa como horas antes, toda la gentileza de su figura se esfumó. De pronto detuvo el paso y así que la alcancé tuve la certeza de que esperaba mi saludo, mi compañía, la repugnancia dejó entonces el sitio a la compasión... a esa compasión que sin duda nos impone nuestra vanidad cuando creemos que nos ama una mujer... una mujer fea. Las primeras palabras que pronunció temblaban en sus labios, ¡nunca había experimentado la deliciosa angustia de que se le acercase un hombre como me acerqué yo para hablar a su corazón! Aquellos ojos grises se iluminaron con una mirada tan radiante que me conmoví porque yo soy un hombre bueno...

Pardito bebía, escuchando con amable displicencia.

—Muchas noches — prosiguió Gaspar — la acompañé hasta su casa, situada en una calle del sur lejana y oscura. Tan ansiosa estaba su alma de cariño, que no atinó a pensar si le mentía, henchida de ilusión. Tuve que acudir a las reconditos de mi fantasía, cultivar la metáfora, explotar toda la cursilería del repertorio sentimental. Ella no contestaba sino oprimiendo mi brazo contra su corazón, jadeante o mirando a mis ojos con los suyos muy abiertos... Sin embargo, nunca llegué al beso que sus labios parecían pedir, entreabiertos, al doblar una esquina, en la discreta obscuridad del barrio... Pero me aburrí, naturalmente, de la farsa y del esfuerzo. Nuestras charlas fueron menos apasionadas, más prosaicas, más frías. Y aunque yo disimulaba siempre, ella observó el cambio. No la ví sorprendida; más triste, si acaso, que aquella tarde en que no pudo complacer mi pedido de guantes... Muy serena, no obstante, me detuvo casi al empezar nuestro paseo cambiando el tratamiento, pero no la suplicante dulzura de su voz "No me acompañe... usted. He pensado que no debemos continuar nuestras relaciones. Yo soy una mujer pobre... y fea... ¡Sí! ¡Fea! Usted me ha compadecido y sólo Dios sabe cuánto se lo agradezco. Pero el encanto desapareció porque yo he comprendido lo que en sus protestas de cariño había de piedad. Nunca se casaría conmigo... nunca he tenido, siquiera, la idea de "engañarme"... esa idea de perdición que los hombres alimentan por toda mujer bonita... ¡Oh! ¡No proteste! Aléjese de mi lado y crea que, con el mayor dolor que esto me causa, — porque antes ni aún era desgraciada, — siempre conservaré el mejor recuerdo, porque me ha fingido la emoción que jamás a hombre alguno inspiraré sincera..." Y sólo permitió que la acompañase hasta el tranvía. Me quedé asombrado. Su entereza me hizo comprender la esterilidad de cualquier intento de disculpa. Pero una transición melancólica me dejó, minutos después, apto para una cena galante...

—Menos mal... — interrumpió Pardito, apurando un habano con indudable fruición.

—¡Ah!... ¡es que el tormento vino luego, amigo mío!

—¿Pues?...

—Porque yo me había acostumbrado a la adoración de esa mujer. Yo había descubierto en los rasgos innobles de su rostro una simpatía inconfundible. De la monstruosidad de la sonrisa, desprendía un afecto profundo que tanto halagaba mi vanidad como fortalecía mi espíritu. "¡Me aman!" decía mi corazón; "¡soy amado!" añadía mi jactancia. Y al perder la expresión de ese amor puro, al desdibujarse en mi imaginación las líneas de aquel rostro ridículo que por familiares llegaron a parecerme simpáticas, tuve la sensación de una soledad enorme. Me inquietó, primero; me desesperé más tarde. Y al mes escaso volví a mi estratégico lugar de espera cerca del "magazine". Pero no salió aquel día, ni el otro, ni el siguiente. La fea de los guantes no vendía ya.

Entonces empezó mi obsesión. Entonces recordé toda la ternura de aquella mirada de los ojos grises, toda la pasión de aquella mano que oprimía mi brazo, todo el encanto de aquel corazón que se hacía proteger por el mío en los paseos... Y de la monstruosa fealdad hilvané un bello recuerdo perturbador. Necesitaba el afecto de la fea. Experimentaba el vacío de su ausencia, la amargura de su desilusión. Me desesperaba haber quebrantado el idilio con mi hastío, me avergonzaba la fortaleza de ánimo que ella reveló sustrayéndose a mi farsa, alejándose de mi seducción...

—Literatura, literatura... —dedujo Pardito, pidiendo, resignado, otro coña.

—No; dolor que se ha hecho carne en mi alma y con el cual he formado ahora mi vida espiritual... ¿No lo ve usted?... ¿No sorprende usted el encanto de las feas?... ¿No advierte la simpatía de su fealdad en la ternura de sus miradas, en la resignación de sus gestos, en la modestia de su paso por la vida, en el ingenio que acusan para poner en sus defectos el artificio que los oculte, que las convierta en un atractivo? Pardo sonreía, irónico.

—¡Tampoco eso es literatura, Pardito! Ellas, en el tranvía, abren su libro para que el vecino sorprenda en el autor el buen gusto de sus aficiones literarias; oponen sus argumentos en la charla aguzando la imaginación para interesar; surgestionan con su delicadeza, con su humildad, con su discretísima coquetería... Saben, las pobres, que son esas las armas con que han de luchar para perseguir la victoria sobre la idio-tez de las hermosas, porque algunos espíritus selectos de nuestro sexo prefieren la "fea con gracia" a las bellas en quienes la hermosura negó, por la justicia immanente de la naturaleza, los prestigios menos reconocidos del talento. El encanto de las feas, Pardito, es, para mí, desde que siento la nostalgia de aquella muchacha humilde, la prueba indestructible de esa justicia...

La venganza del payaso

SILVIA desliza sus diminutos pies por el alambre, tan suavemente, que no parece que caminara, sino que, sostenida por alguna mano invisible, su gentil figurita estuviera suspendida en el aire, divirtiéndose en hacer las más deliciosas piruetas.

Y no solamente sus pies marcan el compás de la música que llena el circo, sino que también su delicado cuerpo, ceñido por la malla que hace resaltar aún más el escultural dibujo de sus miembros, todo él vibra con las notas, y parece querer convertirse en un canto de pasión voluptuosa.

Sonriendo, el payaso, con su rostro maquillado, sigue los ágiles movimientos de la alambrita con melancólica mirada, y sus brazos se tienden hacia Silvia cada vez que ésta ejecuta alguna prueba peligrosa, pues él la vigila tan fielmente, que no permitiría que su cuerpo divino, víctima de un paso inseguro, se estrelle contra la arena. Atento a todos sus movimientos, la recibirá en sus brazos en el preciso instante en que la vea caer.

Los ojos tristes del payaso están atentos a los pies de Silvia; pero, por atracción irresistible, de tanto en tanto, buscan las verdes pupilas de la mujer.

¡Ah, esas pupilas perversamente verdes! Y, sin embargo, esos ojos...

Los espectadores admiran a la alambrita y se ríen del rostro del payaso, que, merced al hábil maquillaje, ríe con una risa contagiosa de muñeca, mientras su alma, tal vez esté sombría e imposibilitada para reírse como se ríe su cara.

* * *

¡Pobre payaso! Tu corazón está enloquecido de dolor y tu espíritu está enfermo.

Esta noche has recibido la bofetada más insultante en tu rostro y esa bofetada, ha sido el levántate y anda de tu alma; el

despertar del más profundo letargo en que estabas sumido, prisionero en la dulcísima red de los encantos de la mujer que amabas y... que amas, ¡pobre payaso!

¿Recuerdas? Fué una tarde espléndida de una primavera ya muy lejana. Ella llegó hasta tí. Era una niña de blondos cabellos y de ojos que a pesar de su candidez, escondían algo inexplicable en el verde mar de sus pupilas. Pero tú no viste, y te tomaste la tarea de analizar qué ocultaba, en realidad, aquel verde insistente.

Tú fuiste toda la vida payaso, y por eso toda la vida te reiste de las angustias; no podías tolerar que tus labios dejaran de sonreír y, sin embargo, conociste el dolor la aguda tristeza de sentirte solo en la vida, porque, desde que naciste ignoras lo que son las caricias de una madre.

Tus lágrimas de niño las secó la brisa que pasaba; pues las manos de tu madre muerta no podían hacerlo.

¿Cuántas noches el sueño se compadeció de tu tristeza y llevó tu espíritu a regiones de calma, para que así no pudieras sentir tu pecho que sollozaba.

Tus juegos fueron los juegos callados de un niño enfermo y con ojos apenas abiertos a la vida, contemplaste un mundo descolorido.

Por eso, cuando aquella niña llegó hasta tí aquella tarde y, tomando tus manos desmayadas entre las suyas, comunicándote el calor de su sangre, te dijo, muy seria. —Yo quiero que me lleves contigo—: tú sentiste que un mundo nuevo se abría ante tu vista cansada.

¡Qué hermosa fué la perspectiva que columbraste en lontananza!

¡Qué brillantes fueron los colores que se te entraron por los ojos y te alegraron el alma! Creíste en un momento ver que del Cielo bajaba tu madre, envuelta

en los reflejos de todas las luces de un arcoiris, nuncio de paz y promesas, para tí, cansado de esperar...

Al ver tan cerca de tí aquella niña que, al mirarte, no se reía como los otros, y que pretendía estar a tu lado en la vida; al contemplar aquel rostro que decía de todas las ternuras; al mirar aquellos ojos, tuviste la convicción de que aquellas pupilas convertían en una realidad el deseo que todos tenemos de llegar, después de haber caminado todo un día bajo el sol que calcina, a la orilla del lago de nuestros sueños azules en perfecta calma.

Y tú, que tenías sed y estabas fatigado del camino, creíste beber el agua cristalina que apaga los ardores y te dispusiste a descansar sobre la húmeda arena.

¡Ah, bendito instante que te resarcía de las pasadas amarguras!

¡Creíste, pobre payaso! ¡Creíste!

Y después, cuando pasaron los días y la niña fué convirtiéndose en la mujer dueña de tantos encantos; cuando aquellas pupilas te miraron con más dulzura que nunca, tú enloqueciste de pasión, y, besando aquellos pies queridos le suplicaste que te amara, porque, si no tu corazón saltaría de tu pecho como salta la pieza que hace mover toda una máquina que en un momento se rompe. Y, al oír de los labios de aquella mujer palabras que te hacían vislumbrar un paraíso, casi te desmayaste de placer.

Aún suenan aquellas palabras en tu oído, como una música ida que un capricho del viento hiciera retornar.

¿Recuerdas?

Yo soy la flor silvestre —dijo ella—, que creció sin que ningún jardinero la cuidara. Mi aroma ha viajado en alas de todas las brisas; pero el néctar que atesora mi corola ninguna mariposa lo ha robado.

"Acércate. Mi boca guarda todas las dulzuras que pudieran haber aprisionado millones de abejas.

"Mi cuerpo es una columna de fuego, y tú estás aterido, amigo mío; acércate y verás cómo no sientes el frío que cien inviernos han arrojado sobre tus espaldas de peregrino sin patria.

"Tú has levantado los ojos al Cielo, y las estrellas te han parecido mundos vacíos. Mirate en mis ojos y verás, que están henchidos de promesas.

"Tus manos tiemblan porque aún buscan una felicidad que anhelas y no encuentras. En las mías, sentirás el calor vivificante de una existencia mejor.

"Necesitas un cayado en qué

Escoriaciones Quemaduras Escaldaduras Eczemas Granos	Pitaduras de Insectos y toda clase de afecciones de la piel
--	---

PASTA VASENOL

apoyarte cuando te rinda el cansancio. Aquí me tienes a mí, que no solamente he de tener más verdadero el camino, sino que te insensibilizaré el dolor de tus pies heridos, de tus manos arañadas por las espinas que te viste obligado a apartar en tu sendero.

"Y verás que la vida es hermosa como una senda de flores.

"Yo seré tu compañera y, juntos los dos, caminando incansablemente a través de la tierra, el mundo nos pertenecerá".

¡Pobre payaso!

¿Fué un delirio de tu fantasía, o es que tu madre, al contemplarte desde el Cielo, tan desventu-

rado, quiso que tuvieras unos instantes de felicidad?

Pero no: en tu oído han vibrado y en tu corazón han repercutido aquellas palabras aladas.

No ha sido un sueño. Ella fué, como lo deseaba, tu compañera, y, así como tú fuiste payaso, ella fué alambrista.

Aquellos miembros delicados se iniciaron en el arte de hacer piruetas, y a fe que lo aprendieron bien pronto.

Tú te embelesas mirándola, y ella, desde el alambre, te enviaba besos y se sostenía milagrosamente con sus pies de rosas.

Después vino aquel hijo que colmó tus aspiraciones.

¡Era tan lindo tu hijo! Tenían tanta gracia los movimientos de aquel cuerpecito, cuya piel, suavísima, era delicada como los pétalos de una flor, que te sentiste inmensamente dichoso al comprobar que era la realidad tangible de tus ansias.

Muchas noches, después de haber terminado vuestro trabajo diario, escapábais los dos de la pista, sin querer escuchar los aplausos prodigados a vuestro arte; enlazados del tallo, como dos chiquillos, deseosos de encontrar aún despierto a aquel hijo adorado, para recibir las tiernas caricias, los mimos inocentes de aquel ángel.

Tú pensaste, más de una vez, cuando estábais los dos inclinados sobre aquella cunita, que aquel Serafín era el lazo indisoluble con que Dios os había unido para siempre.

Pero, como a veces oías las carcajadas con que la gente celebraba tus gracias de payaso, sentías miedo de que todo aquello fuera una fantasmagórico cuadro puesto ante tus ojos para deslumbrarte, y con creciente angustia, preguntabas a Silvia, mirándole fijamente a los ojos:

—¿Me amarás siempre, mi Silvia, siempre?

—¡Siempre, mi payaso, siempre!

¡Cuánta felicidad, payaso, cuánta felicidad, que se escapó de tu lado, como se escapa el ave que, en un descuido, dejamos en libertad; como se escapan las chispas de la hoguera, que el viento desparrama; como se es-

fuma la gotita de rocío que, después de habernos deleitado los ojos con los tornasoles de un diminuto iris, vuelve al éter convertida en vapor.

La orquesta preludia ahora un trozo alegre como un baile de duendes en orgía. Las notas tienen el cristalino sonido de la risa de una hada contenta; pero, para el payaso, suena a funeral. ¿Quién ha muerto? Su corazón.

Y, sin embargo, ¿por qué lo siente todavía latir dentro del pecho? Es que son los últimos estertores del pájaro herido.

¡Ah! ¡Y la gente, despiadada, se ríe del payaso!

Y Silvia, más bella que nunca, sigue hablando al oído:

—¿Te acuerdas, payaso, cómo amabas a tu hijo? La menor sospecha de que aquel pedazo de tu alma pudiera enfermarse, la idea apenas definida de que pudiera morir, te ocasionaba un sufrimiento espantoso, porque, para ti, aquel hijo era el broche dorado que cerraba el misterioso cofre donde estaban escondidos los secretos que formaban tu felicidad.

Sin embargo, ese hijo enfermó un día. Aquellos ojos perdieron el brillo que iluminaban sus pupilas, y sus manitas cayeron laxas, incapaces de entretenerse en sus habituales juegos. Y una tarde, a la hora en que van haciéndose visibles una a una las estrellas en el cielo, la almita del niño voló hacia alguno de aquellos luceros lejanos.

Un extraño presentimiento de que el castillo de cristal de tus ensueños se derrumbara haciéndose añicos, hizo cuerpo en tu mente, y así se lo participaste a Silvia; más ella, que había sepultado el rostro bañado en llanto en la profundidad rosada de sus manos, levantó la cabeza, te miró un momento, y, estrechándote entre sus brazos, te besó largamente en los labios, con un beso formado con las lágrimas sacadas del dolor más amargo que puede sentir una madre y de la dulzura inmensa que es capaz de prodigar una amante.

Al sentirse aprisionado tan fuertemente por los brazos de tu amante, tuviste la sensación de

que estabas suficientemente protegido en medio de tu dolor, y desechaste en seguida la idea de que Silvia dejara de amarte. Es decir, tuviste la convicción de que, justamente la muerte de vuestro hijo os unía más aún y con lazos más fuertes.

No obstante, como la desaparición de aquel hijo dejó un vacío tan grande en vuestras horas, antes llenas con las risas bulliciosas del niño, decidiste emprender nuevas jiras, para que paisajes nuevos trajeran el olvido a vuestras almas.

El oportuno cambio fué saludable, tanto para ti, que te hallabas sumamente abatido, como para Silvia, que había olvidado la alegría.

Y nuevamente la sonrisa se hizo flor en los labios de Silvia, y te embriagó el corazón con dulcisos perfumes.

Fuiste de nuevo dichoso, y creíste que Dios se acercaba más a ti...

Al payaso le brillan un instante las tristes pupilas y envuelven, con una amorosa mirada, el cuerpo de la mujer, que hace piruetas con acabada maestría: pero un pie vacila, y si no llega a estar atento el payaso, que la recoge oportunamente en sus fuertes brazos, la alambrista se hubiera estrellado irremisiblemente.

Vuelve otra vez Silvia al alambre, y vuelve el payaso a abismarse en sus recuerdos.

* * *

Pero, ¿qué pasó cuando ya a los dos os sonreía de nuevo la vida?

Un hombre se atravesó en el camino y fué, poco a poco, robándole el único bien que te quedaba; hasta que esta noche, en un intervalo, viste, ante tí, el cuadro más insólito que pudieras haber contemplado nunca.

Silvia... sí, Silvia, tu querida Silvia, prodigaba sus besos a ese hombre que se había interpuesto entre los dos y que hoy, por fin, había logrado apoderarse del amor que compendíaba tu felicidad, que era la razón, el porqué de tu existencia.

Mas, ¿cómo puede ser aquella niña que un día te dijera: "Yo quiero que me lleves contigo, yo

quiero ir sembrando de rosas la senda de tu vida" — hoy te la cercere el corazón con la espina del más triste desengaño?

¿Cómo pudo, junto a la cama de tu hijo muerto, jurarte que te amaba más todavía?

El payaso llora, pero no como todo el mundo. El llora de otra manera. Sus lágrimas no siguen el curso normal; caen, una a una sobre su corazón, destrozándolo, y lo corroen, como el vitriolo corroee el duro mármol; pero su rostro sonríe, y la gente prorrumpe en carcajadas. Su dolor no es comprendido. El payaso oye las carcajadas y mira a Silvia, que sigue deslizándose por el alambre, y ahora ya no le parece ese cuerpo hecho de flores y nácar como le había parecido hasta hoy.

¿Cómo pudo traicionarlo a él, que la amaba tanto?

Ella le dió su amor, sus ternuras, pero, ¿acaso él no se des-



prendió de lo mejor que en sí tenía y lo arrojó a sus plantas? ¿No estuvo siempre su espíritu arrodillado a los pies del ídolo de aquel cariño? Nunca había prodigado sus sentimientos a nadie, a nadie en el mundo. Y, sin embargo, a ella le consagró todos sus pensamientos, todas sus ambiciones. ¿Por qué se alejó de él antes que inferirle semejante ofensa? Bajo ese cuerpo perfecto ocultábase el espíritu más tenebroso. El payaso no lo duda, y siente odio contra esa mujer, que, al igual que los otros, no supo comprenderlo. La mira con desprecio, y, al ver que falla de nuevo, sonríe, considerando la inminente caída, y ni siquiera intenta salvarla de la muerte. Por fin, cuando quiere tocar el cuerpo que patentiza su desgracia, ya es tarde. La equilibrista yace en la arena, y su alma vuela a unirse con el hijo que ambos amaron tanto.

Comentarios históricos de

Mujeres Célebres

que publicará "Fray Mocho"

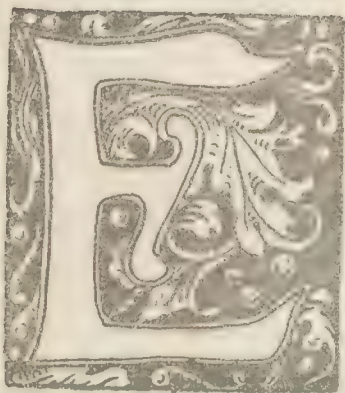
FRAY MOCHO indicará a sus lectores la forma en que podrán reunir en un precioso volumen estas interesantes publicaciones.

LAURA DE NOVES	por D'Araquy
LUISA DE LA VALLIERE	" D'Araquy
DONA ISABEL LA CATOLICA	" Augusto de Genrupt
CLEOPATRA REINA DE EGIPTO	" Alejandro Dumas
CATALINA SEGUNDA	" Arsenio Houssaye
JUANA DE ARC.	" Alejandro Dumas
SANTA CECILIA	" G. Dufayl
MARGARITA DE ANJOU	" D'Araquy
ASPASIA	" D'Araquy
HELOISA	" G. Dufayl
LUCRECIA	" Alejandro Dumas
MARIA TERESA DE AUSTRIA	" Arsenio Houssaye
JUANA GRAY	" G. Dufayl
VALENTINA DE MILAN	" Augusto de Genrupt
SAFO	" Alejandro Dumas
POCAHONTAS	" Miss Clarke
MISS NIGHTINGALE	" Miss Clarke
MARGARITA, REINA DE NAVARRA ..	" M. Sainte-Beuve
MADAMA DE MOTTEVILLE	" " "
LA DUQUESA DE MONTPENSIER	" " "
MAGDALENA DE SCUDERY	" " "
MADAMA ENRIQUETA, DUQUESA DE ORLEANS ..	" " "
MADAMA DE SEVIGNE	" " "
MADAMA DE MAINTENON	" " "
MADAMA DE CAYLUS	" " "
LA DUQUESA DE BORGONA	" " "
LA DUQUESA DE MAINE	" " "
MADAMA DE LAMBERT	" " "
MADAMA DE NECKER	" " "
MADAMA GEOFFRIN	" " "
MARIA ANTONIETA	" " "
GOETHE Y BETTINA	" " "
MADAMA RECAMIER	" " "
MADA EMILIO DE GIRARDIN	" " "
MADAMA DE TRACY	" " "
EUGENIA DE GUERIN	" " "
LA DUQUESA DE ANGULEMA	" " "

Publicados:

MARIA ESTUARDO, N°. 931, Octubre de 1931

Madama Recamier



El mes de mayo de 1849 desapareció una figura única entre las mujeres que han reinado por su belleza y gracia. Cerróse un salón que bajo una influencia encantadora, había reunido durante largo tiempo a los personajes más ilustres y diversos, y por donde tenían posibilidad de pasar un día u otro hasta los más oscuros. Los primeros por su renombre en este grupo de hombres memorables han sido heridos por la muerte casi al mismo tiempo que la que formaba el lazo y principal atractivo en él. Apenas sobreviven algunos, dispersos y desconsolados hoy, y los que no hicieron más que atravesar un momento por esa sociedad selecta, tienen el derecho y casi el deber de hablar de ella como de una cosa que interesa ya a todos y ha llegado a ser historia.

El salón de madama Recamier era ciertamente otra cosa más, pero también, sobre todo en los últimos años, un centro y un foco literario. Este género de creación social que tuvo tanta acción en Francia y que ejerció un imperio tan efectivo (el salón mismo de madama Recamier es la prueba de ello), no se remonta más allá del siglo XVII. Se ha convenido en fijar en el célebre hotel de Rambouillet el establecimiento de la sociedad culta, de esa sociedad que se reunía para conversar sobre bellas cosas y en particular las del ingenio. Pero la solemnidad de este círculo Rambouillet se adapta poco a la idea que yo quisiera despertar en este momento, y más bien iría a buscar en rincones más discretos y reservados los verdaderos precedentes del género de salones como el último que acaba de cerrarse a nuestra vista. Hacia mediados del siglo XVII fué a habitar en lo alto del arrabal de Saint Jacques, en las afueras del monasterio de Port Royal, una persona célebre por su talento y sus triunfos tan prolongados como brillantes, la marquesa de Sablé. En este semiretiro, con entrada en un convento y una puerta entreabierta todavía al mundo, esta antigua amiga de M. de La Rochefoucauld, cuyo activo pensamiento siempre seguía tomando interés en todo, continuó reuniendo en derredor suyo, hasta el año 1678, en que murió, los nombres más distinguidos y diversos, amigos antiguos que habían permanecido fieles y venían de muy lejos, de la ciudad o de la Corte, a visitarla, semisolitarios, personas de rango como ella, cuyo ingenio se había engalanado y aguzado más y más en el retiro solitarios de profesión a quienes por momentos hacía ella olvidar a fuerza de obsesión graciosa su voto de silencio. Estos solitarios cuando se llamaban Arnauld o Nicole no debían ser demasiado importunos en efecto y también Pascal debió ser una o dos veces de este número. Este saloncito de madama de Sablé, tan cerrado, tan visitado, y que, a la sombra del claustro, sin resentirse demasiado de él, combinaba alguna cosa de las ventajas de los dos mundos, me parece ser el tipo primero de lo que hemos visto era en nuestros días el salón de la Abbaye aux Bois. No me toca hablar aquí más que de este último.

M. de Chateaubriand reinaba en él, y, cuando estaba presente, todo se refería a él; pero no siempre lo estaba y aun entonces había sitios, gradas, apartes para cada uno. Allí se hablaba de todo, pero como confidencialmente y algo menos alto que en otras partes. Todo el mundo, o al menos mucha gente iba a este salón, y nada tenía de común; se respiraba en él, al entrar, un aire de discreción y de

misterio. La benevolencia, pero una benevolencia sentida y modificada, un no sé que particular que se dirigía a cada uno, daba en seguida desembarazo y moderaba la primera impresión de la iniciación en lo que parecía poco o mucho un santuario. Allí se encontraba distinción y familiaridad, o por lo menos naturalidad, grande facilidad en la elección de los asuntos, lo cual es importantísimo en el juego de la conversación, y una prontitud en hacerse cargo de lo que se decía, que no solamente era complacencia y buena gracia, sino que demostraba un interés más verdadero. La mirada encontraba desde luego una sonrisa que decía tan bien comprendo, y que aclaraba todo con dulzura. No se salía de allí, aun en la primera vez, sin haber experimentado una impresión singular en el espíritu y el corazón, que le dejaba a uno satisfecho de sí mismo y sobre todo reconocido. Hubo muchos salones distinguidos en el siglo XVIII, los de madama Geoffrin, de madama de Houdetot y de madama Stuard. Madama Recamier los conocía todos y hablaba muy bien de ellos; el que hubiese querido escribir con gusto respecto de esos salones hubiera debido conversar antes sobre el particular con ella; pero ninguno debía parecerse al suyo.

Es que tampoco ella se parecía a nadie. M. de Chateaubriand era el orgullo de este salón, pero ella era el alma, y ella es la que convendría procurar mostrar a los que no la han conocido; pues querer recordarla a los demás es inútil, y pintársela, imposible. Ya me guardaré yo mucho de intentar dar aquí una biografía suya; las mujeres no deberían tener jamás biografía, palabra ruin buena para el uso de los hombres y que implica cierto estudio y afectación. Aun cuando nada de esencial tengan que callar, las mujeres no pueden menos de perder algo de encanto en el texto de una narración continua. ¿Se cuenta acaso una vida de mujer? Se percibe, pasa, aparece. Hasta quisiera prescindir de poner ninguna fecha, pues las fechas en tal asunto, es cosa poco elegante. Sepamos solamente, puesto que es menester, que Juana, Julia, Adelaida Bernard había nacido en Lyon, en esa patria de Luisa Labé, el 3 de diciembre de 1777. De todos estos nombres que acabo de enumerar, el único con que se la llamaba habitualmente, era el de Julia transformado en Julieta, no obstante que jamás debiese haber Romeo. Se casó en París a la edad de diez y seis años (el 24 de abril de 1793) con Santiago Rosa Recamier, rico banquero o que tardó poco en serlo. Al principio del Consulado, se la encuentra brillante, festejada, aplaudida, siendo la reina más joven de las elegancias, dando el tono a la moda, inventando con arte cosas sencillas que solo se adaptaban a la suprema belleza. Nosotros que no vivíamos en ese tiempo, no podemos hablar sino con suma reserva de esa época como mitológica de madama Recamier, en la que se nos aparece de lejos cual una joven diosa sobre las nubes; no podemos hablar de ella como cumplida, no porque haya nada que ocultar debajo del velo, sino porque en una belleza como esa, tierna y naciente, había tales primores, que no pueden expresarse si por lo menos no se han percibido. ¿Quién se atrevería a querer pintar la aurora si nunca vió más que al sol poniente? Sin embargo, como no se puede comprender bien el carácter y la índole apacible de madama Recamier, esa ambición cordial que en ella ha mostrado tanta fuerza y persistencia suavizada por la delicadeza, como no es posible percibir bien, decimos, su espíritu y toda su persona sin tener opinión muy clara respecto de lo que la inspiraba en aquel tiempo, pues no difería notablemente respecto de lo que la inspiró hasta el fin, solo intentaré tocar so-

meramente algunos rasgos positivos al través de la leyenda, que para ella como para todos los seres dotados de hechicería, disimula ya la verdad. Cuando se quiere juzgar de madama de Sévigné o de madama de Maintenon y formar concepto de su índole, es preciso tener una idea general y una teoría acerca de ellas. Para comprender bien, por ejemplo, lo que era madama de Maintenon cerca de Luis XIV, o madama de Sévigné cerca de su hija, y el género de sentimiento o de pasión que les sugería, es menester que se dilucidan precisamente varios puntos sobre la juventud de estas mujeres, o, más sencillamente, que se dilucide una, la primera y casi la única que hay que aclarar al hablar de una mujer: ¿Ha amado? ¿y cómo ha amado?

A esta pregunta que ocurre naturalmente, ya se trate de madama Recamier, ya de madama de Maintenon, ya de madama de Sévigné (madama de Sévigné cuando todavía no era madre), responderé resueltamente: No. No ha amado jamás, amado con pasión ardiente; pero esa necesidad de amar que existe en toda alma tierna se transformaba en ella en una necesidad infinita de agradar, o mejor dicho de ser amada, y en una voluntad activa, en un ferviente deseo de corresponder a todo eso en su bondad. Nosotros que la hemos visto en sus últimos años y percibido de paso algunos rayos de esa bondad divina, sabemos si tenía o no con qué suplir a ella, y como la amistad había sabido volver a encontrar en madama Recamier esa llama que jamás había tenido el amor.

Hay que señalar dos épocas muy distintas en la vida de madama Recamier: su vida de juventud, de triunfo, de belleza, su larga mañana de sol que duró muy tarde hasta el ocaso; luego el anochecer de su vida, después de puesto el sol; no me decidire jamás a decir su vejez. En estas dos épocas tan diversas, siempre fué la misma en el fondo, aunque debió parecer muy diferente. Fué la misma por dos rasgos esenciales y que solos la explican, en que siendo joven y hallándose en el colmo del enajenamiento y del torbellino, permaneció siempre pura, y en que, retirada a la sombra y recogida, conservó siempre su deseo de conquista y su dulce trepa para ganar los corazones, digamos la palabra, su coquetería; pero (que los doctores ortodoxos me perdonen la expresión) era una coquetería angelical. Hay naturalezas que nacen puras y que han recibido, suceda lo que quiera, el don de la inocencia. Atraviesan como Aretusa la onda amarga; resisten al fuego como esos niños de la Escritura a quienes salvó el Ángel del Señor, refrigerándolos además con un suave rocío en el horno encendido. Madama Recamier tuvo necesidad en su juventud de que ese Ángel estuviera a su lado y en ella misma, pues el mundo que atravesó y donde vivió estaba muy mezclado y era muy ardiente, y ella no omitió ocasión de tentarlo. Para no traspasar los límites de la verdad, tengo necesidad de bajar un poco el tono, de descender un momento de esa altura ideal de Laura y de Beatriz donde hay costumbre de colocarla, de hablar de ella, en fin, familiarmente y en prosa. Espero que en definitiva nada perderá por eso.

En el momento que en aparece brillante, durante el Consulado, la vemos en seguida obsequiada, admirada y apasionadamente amada. Luciano, el hermano del Cónsul, es el primer personaje histórico que la ama (pues no puedo contar a Barrere que la había conocido niña en otro tiempo).

Luciano ama, no es rechazado y no será nunca acogido. Ese es el matiz. Lo mismo sucederá con todos los que entonces van a agruparse en derredor suyo, como con todos los que seguirán. Visitado últimamente el palacio del difunto rey de Holanda, vi en él una bellísima estanta de Eva. Eva está representada en su primera juventud, enfrente de la serpiente que le enseña la manzana: ella mira, se vuelve a medias hacia Adán y parece consultarle. Eva está en ese extremo momento de inocencia en que se juega con el peligro y se habla de él calladito consigo mismo o con otro. Pues bien, ese momento indeciso que en Eva no duró y que terminó mal, se presentó de nuevo con frecuencia y se presentó de nuevo con frecuencia y se prolongó de mil maneras en la juventud brillante y a veces imprudente de que hablamos, pero siempre fué contenido a tiempo y dominado por un sentimiento más poderoso, por no sé que virtud secreta. Esa mujer joven tenía, ante esas pasiones que ex-

citaba e ignoraba, imprudencias, confianzas y curiosidades parecidas a las de una niña o una colegiala. Iba al peligro sonriéndose, con seguridad, con caridad, casi como esos reyes cristianísimos de antaño cuando iban un día de la semana santa a visitar ciertos enfermos para curarlos. No dudaba de su eficacia, de su dulce magia y de su virtud. Casi tenía empuño en herir primero el corazón, para en seguida gozarse en el placer y el milagro de curarlo. Cuando alguien se quejaba o se irritaba, le decía con desconsoladora clemencia: "Venid y os curaré." Y lo consiguió con algunos, con el mayor número. Todos sus amigos, con muy cortas excepciones, comenzaron por amarla. Tenía muchos y casi todos los había conservado. M. de Montlosier le decía un día que podía repetir estas palabras del Cid: "Quinientos de mis amigos". Era verdaderamente hechicera en eso de convertir el amor en amistad, dejando a esta toda la flor, todo el perfume del primer sentimiento. Hubiera querido detenerlo todo en abril. Su corazón se había quedado allí, en ese principio de la primavera en que el vergel está cubierto de blancas flores y no tiene todavía hojas.

Podría aquí contar de memoria muchas cosas, si mi pluma fuese bastante leve para pasar sobre estas flores sin marchitarlas. A sus nuevos amigos (según tenía a bien llamarlos algunas veces), madama Recamier solía hablarles a menudo con gusto de los años antiguos y de las personas que había conocido. "Este es un modo, decía, de poner algo del pasado delante de la amistad."

Su intimidad con madama de Stael, con madama Moreau, con los heridos y los vencidos, la colocó temprano en las filas de la oposición al Imperio, pero hubo un momento en que no había tomado todavía color determinado. Fouché tuvo la idea de hacer de este nuevo poder un instrumento de sus miras. Al principio quiso hacer entrar a madama Recamier como dama de honor en la casa imperial; no le gustaba la nobleza, y hubiera deseado tener allí alguna persona influyente y adicta. Ella no solamente no se prestó a representar tal papel, sino que pronto se encontró en la oposición, sobre todo por sus amigos y por el concepto que se solía formar de ella.

Todavía no lo estaba cierto día que comió en casa de una de las hermanas de Bonaparte. Se había querido que se encontrara allí con el primer Cónsul, y en efecto este se halló también en la comida. En la mesa debía ser colocada a su lado; pero por una equivocación que tuvo lugar en el momento de sentarse, se encontró colocada al lado de Cambacérés, y Bonaparte dijo a éste en tono festivo: "¡Conque siempre junto a la más bonita, cónsul Cambacérés!"

El padre de madama Recamier, M. Bernard, estaba en la administración de correos y era realista; se comprometió durante el Consulado y fué preso e incomunicado. Esto lo supo ella súbitamente, un día que comía en su casa madama Bacciochi, hermana de Bonaparte. Esta prometió poner todos los medios para que el Cónsul se interesara. Después de la comida, madama Recamier salió y quiso ver a Fouché, el cual rehusó recibirla "por miedo de dejarse ablandar, decía, y en un negocio de Estado." Fué pues corriendo a buscar de nuevo, en el Teatro Francés, a madama Bacciochi, que estaba allí con su hermana Paulina, muy ocupada esta con el caso de Lafón: "¡Pero no veis que mal puesto lleva el casco, que torcido!" Madama Recamier estaba en brasas; madama Bacciochi quería quedarse hasta que concluyera la tragedia, quizás a causa de su hermana Paulina. Bernadotte se hallaba en el mismo palco y notó el aire demudado de madama Recamier; ofreció el brazo para acompañarla a su casa y prometió ir a ver él mismo al Cónsul en seguida. Desde este momento data el vivo sentimiento de Bernadotte hacia ella: antes de esto no la había conocido. Obtuvo el perdón para su padre. Lo que se dice en el "Memorial de Santa Helena" acerca de esto es inexacto. Madama Recamier no vió con este motivo a Bonaparte; Bernadotte fué quien se encargó de todo.

Bernadotte la amó pues y fué uno de sus obsequiantes. Los Montmorency, que acababan de volver de la emigración, no lo eran menos. Mateo de Montmorency, que después fué un santo, Adrián (después duque de Laval), mucho más tarde el hijo de Adrián, que llegó a ser así el rival de su padre, todos la amaban con pasión.

Enrique de Laval se encontraba a menudo en su casa con el Duque de Laval su padre; se mantenía firme en su puesto y no salía, lo cual hacía rabiar al buen Duque, y como era hombre de chispa, escribía a madama Recamier con mucha gracia: "Hasta mi hijo está prendado de vos, ya sabéis cuánto lo estoy yo; tal es además la suerte de los Montmorency:

"No todos morían, pero todos estaban heridos".

Madama Recamier era la primera que contaba esas cosas, y se sonreía con júbilo al referirlas. Ha conservado casi hasta el fin esa risa infantil, ese gesto joven que la hacía llevar su pañuelo a la boca como para no prorrumpir en una carcajada. Pero, durante su juventud, esta infancia de sentimientos, con el gracioso manejo que en ellos entraba, produjo más de una vez (¿qué hay de extraño e ello?) complicaciones graves. Todos estos hombres atraídos y prendados no eran tan fáciles de gobernar y eludir como la dinastía pacificada de los Montmorency. Debió haber en su derredor, durante ciertas horas, muchas violencias y rebeliones que con trabajo podía aplacar luego esta mano suave y delicada. Cuando jugaba con esas pasiones humanas que solo quería hechizar y que enconaba más de lo que creía, se parecía a la más joven de las gracias que se hubiera entretenido en uncir leones e irritarlos. Imprudente como la inocencia, ya lo he dicho, le gustaba el peligro, el peligro de los demás, ya que no el suyo; ¿y por qué no lo he de decir también? en este juego aventurado y muy fácilmente cruel, ella que tan buena era, atormentó muchos corazones, ulceró sin quererlo algunos, no solamente de hombres exasperados, sino de pobres rivales, sacrificadas y heridas sin que ella lo supiera. Ese es uno de los aspectos serios que su caridad final no ha dejado de comprender enteramente; es también una lección que la gravedad suprema inherente a su noble memoria no prohíbe recordar. Ella misma lo sentía bien con su instinto de pureza y de bondad celestial: por eso no se le vio, a ella tan admirada e idolatrada, deplorar su juventud, ni sus mañanas de sol; ni sus tempestades, aun las más embellecidas. No concebía que pudiera haber dicha perfecta fuera del deber; colocaba el ideal de la novela allí donde tan poco lo había encontrado, es decir, en el matrimonio; y más de una vez, en sus días brillantes, en medio de una fiesta, cuya reina era, huyendo de los homenajes, solía, según ella misma decía, salir un momento para llorar.

Tal la concibo yo en el mundo y en el torbellino, antes de su retiro. Podrían escribirse sobre esto una serie de capítulos que ni siquiera puedo bosquejar. Uno de estos capítulos sería el de sus relaciones y su intimidad con madama de Stael, dos brillantes influencias tan distintas, muy a menudo contrapuestas, casi nunca rivales y que se completaban tan bien. El año 1807, en el palacio de Coppet, perteneciente a madama de Stael, fué donde madama Recamier vió al príncipe Augusto de Prusia, uno de los vencidos de Jena; presto le venció y conquistó a su vez. El real prisionero era por hábito bastante brusco y, a veces embarazoso, y esta misma brusquedad le descubría. Un día que quería decir una palabra a madama Recamier en un paseo a caballo, se volvió hacia Benjamín Constant que iba en su compañía, y le dijo: "Señor de Constant, ¿quisierais dar un pequeño galope?" ¡Cómo no había de sonreírse Constant de la delicadeza alemana!

Otro capítulo trataría de la fácil conquista que madama Recamier hizo en Lyon del dulce Ballanche, el cual se dió a ella desde el primer día, pero sin decirselo siquiera jamás. Otro capítulo presentaría sus relaciones menos sencillas, menos fáciles por de pronto, pero finalmente tan afirmadas con M. de Chateaubriand. Madama Recamier lo había visto por primera vez en casa de madama de Stael, en 1801; no le volvió a ver después hasta 1816 o 1817, hacia el tiempo de la muerte de madama de Stael, y también en su casa. Pero esos no habían sido más que encuentros fortuitos, y la intimidad verdadera no se anudó hasta más tarde, cuando M. de Chateaubriand salió del ministerio y en la Abbaye aux Bois.

También se podría formar un capítulo referente a su estrecha amistad con Benjamín Constant, la cual solo comenzó de 1814 a 1818. Las cartas de éste, dirigidas a madama Recamier, ayudarían mucho a ello; pero serían muy insuficientes para el completo conocimiento de la verdad, si no se añadiera el correctivo, lo que es-

cribía para sí solo al salir de allí y han leído muchas personas; y en fin, si no se aclarase el conjunto, con las explicaciones de moralista que no se encuentran por lo regular en las defensas de los abogados. Pero esto me recuerda que hay pendiente un proceso deplorable sobre este asunto, y me doy prisa a callar.

Antes del capítulo de Benjamín Constant, habría que hacer aun el del viaje de Italia en 1813, la permanencia en Roma, la intimidad con Canova, el mármol de éste, que para ser ideal esta vez no tuvo necesidad sino de copiar el modelo; luego la permanencia en Nápoles cerca de la reina Carolina y de Murat. Este último, si no me equivoco, quedó algo impresionado. Pero basta de rápidas perspectivas.

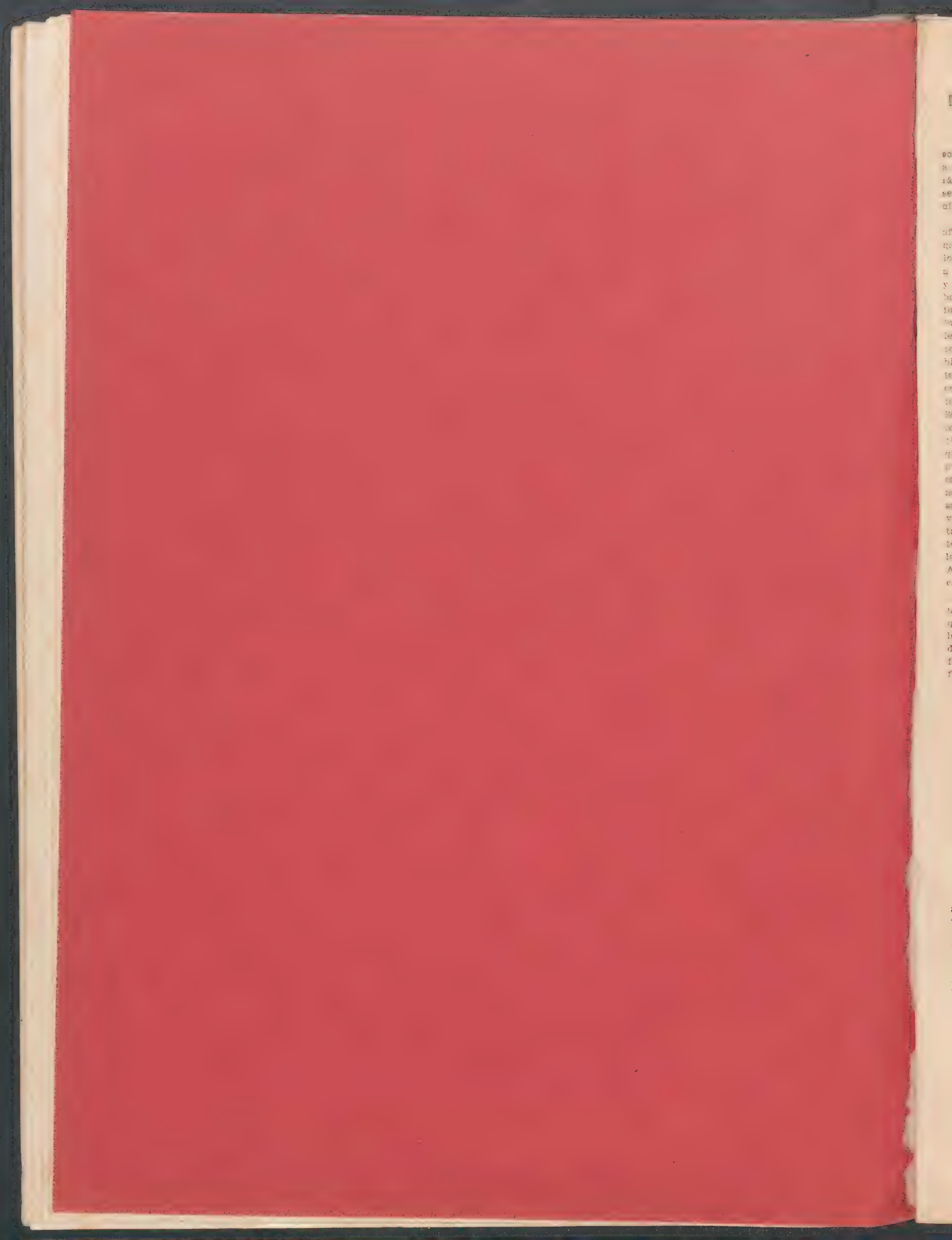
Cuando Madama Recamier vió avanzar la hora en que la belleza declina y palidece, hizo lo que pocas mujeres saben hacer: no luchó; aceptó con gusto las primeras señales del tiempo. Comprendió que después de tales triunfos de belleza, el último medio de parecer aun bella era no aspirar ya a ello. A una mujer que la volvía a ver después de algunos años y la felicitaba por su buen semblante: "¡Ah! querida amiga, respondió, no hay que hacerse ilusiones ya. Desde el día que vi que los pequeños Saboyanos (des-hollinadores) no hacían caso de mí en la calle, conocí que todo había concluido. Decía la verdad, pues en efecto era sensible a toda mirada y a toda alabanza, a la exclamación de un niño o de una mujer del pueblo lo mismo que a la declaración de un príncipe. Cuando pasaba por entre el gentío, desde su elegante calea que avanzaba lentamente, daba las gracias a cada uno por su admiración con un saludo y una sonrisa.

En dos épocas diferentes había experimentado M. Recamier grandes reveses de fortuna la primera al comenzar el Imperio, y la segunda en los primeros años de la Restauración. Entonces fué cuando madama Recamier se retiró a una habitación de la Abbaye aux Bois, en 1819. Nunca ocupó mayor lugar en el mundo que cuando estuvo en este humilde asilo, en una extremidad de París. Allí es donde su apacible genio, desembarazado de las complicaciones sobradamente vivas, se hizo sentir cada vez más con beneficencia. Puede decirse que perfeccionó el arte de la amistad y le hizo hacer un nuevo progreso: fué una especie de bella arte más que había introducido en la vida y que lo embellecía, ennoblecía y distribuía todo en derredor suyo. El espíritu de partido se hallaba entonces en su mayor auge, y ella desarmaba los enconos, dulcificaba las acritudes, quitaba la aspereza e inoculaba la indulgencia. No descansaba hasta conseguir que se vieran en su casa sus amigos del bando opuesto y hasta que los hubiese reconciliado, empleando al efecto una mediación clemente. Con tales influencias es como la sociedad llega a ser sociedad, en cuanto es posible, y con ellas adquiere también toda su suavidad y toda su gracia. Así es como una mujer, sin salir de su esfera, hace obra de civilización en grado sumo y desempeña a su manera como Eurídice el papel de Orfeo. Esto domesticaba la vida salvaje; la otra termina y corona la vida civilizada.

Un día, en 1802, durante la corta paz de Amiens, no en el brillante hotel de la calle de Mont Blanc que entonces ocupaba madama Recamier, sino en el salón de la quinta de Clichy donde pasaba el verano, varios hombres venidos de lados diferentes estaban reunidos, Adrián y Mateo de Montmorency, el general Moreau, ingleses de distinción, M. Fox, M. Erskine y otros muchos: todos se hallaban en presencia y se observaban, nadie quería comenzar el primero, M. de Narbonne, que se hallaba presente, procuraba entablar la conversación, y a pesar de su talento no había podido conseguirlo, cuando entró madama Recamier. Habló primero a M. Fox, dijo luego una palabra a cada uno, presentó cada persona a la otra con un elogio oportuno y al momento se hizo general la conversación; ya se había encontrado el vínculo natural.

Lo que hizo allí entonces, lo repetía todos los días. En su saloncito de la Abbaye aux Bois pensaba en todo y extendía a lo lejos su red de simpatía. No había un talento, una virtud, una distinción a quien no quisiera conocer, convidar, servir, poner en evidencia y sobre todo en contacto y en armonía en derredor suyo, y marcar en el corazón con una pequeña señal que ella sola sabía. Sin duda que hay una ambición en eso; pero ¡qué ambición tan adorable,





sobre todo cuando, dirigiéndose a los más célebres, no desatiende a los más oscuros y anda en busca de los más afligidos! El carácter del alma tan multiplicada de madama Recamier consistía en ser a la par que universal muy particular, en no excluir nada, ¿qué digo excluir? en atraer todo, reservándose no obstante la elección.

Esta elección hasta podía parecer única. En los últimos veinte años, M. de Chateaubriand fué el gran centro de su sociedad, el gran interés de su vida, aquel a quien no diré que sacrificaba todos los demás no sacrificaba a nadie que no fuese ella misma, pero a quien lo subordinaba todo. El tenía sus antipatías, sus aversiones y aun sus sinsabores, que las "Memorias de Ultratumba" declaran bastante en el día. Todo eso lo moderaba y corregía ella. ¡Cuán ingeniosa era para hacerle hablar cuando estaba callado, para atribuirle palabras amables, benévolas, hacía los demás, que sin duda le habría dicho él poco antes en la intimidad, pero que no siempre repetía delante de testigos! ¡Cuán coqueta era por su gloria! ¡Qué bien conseguía a veces también ponerlo verdaderamente alegre, enteramente contento, hacerlo amable, elocuente, cosas todas que él era tan fácilmente apenas lo deseaba! Con su dulce influencia justificaba cerca de M. de Chateaubriand el dicho de Bernardino de Saint Pierre: "Hay en la mujer una alegría ligera que disipa la tristeza del hombre." ¡Y con qué tristeza tenía que habérselas aquí! ¡Una tristeza que Renato había traído del vientre de su madre y que fué aumentando con los años! Jamás hizo madama de Maintenon tantos esfuerzos por desenojar a Luis XIV como madama Recamier por disipar el tedio de M. de Chateaubriand. "Siempre he notado, decía Bolleau al volver a Versalles, que cuando la conversación no giraba sobre sus alabanzas, el rey se aburría primero y estaba a punto o de bostezar o de marcharse." Todo gran poeta que envejece es algo Luis XIV en este punto. Todos los días tenía ella mil invenciones graciosas para renovarlo y refrescarlo la alabanza. Por doquiera le atraía amigos y admiradores nuevos. A todos los había encanecado a los pies de su estatua con una cadena de oro.

Una persona de talento tan delicado como certero, y que la conocí mucho, decía de madama Recamier: "Tiene en el carácter lo que Shakespeare llama milk of human Kindness (la leche de la bondad humana), una dulzura tierna y compasiva. Ve los defectos de sus amigos, pero los cuida en ellos como cuidaría sus achaques físicos." Era pues la hermana de la caridad de sus penas, de sus flaquezas y un tanto de sus defectos.

Que en este procedimiento habitual no hubiera a la larga al-

gunos inconvenientes, mezclados a un gran hechizo; que en esta atmósfera tan tibia y tan calmante, dando a los ánimos toda su dulzura y toda su brillantez, no los enervara algo ni los inclinara a la complacencia, es lo que no osaré negarlo, tanto más cuanto que creo haberlo quizás experimentado yo mismo. Era seguramente un salón donde no solamente la urbanidad misma dañaba un poco a la verdad. Había decididamente cosas que no quería ver y que para ello no existían. No creía en el mal. En su obstinada inocencia, quiero hacerlo notar, había conservado algo de infancia. ¿Debemos quejarnos de ello? Si bien se mira, ¿habría aun otro lugar en la vida en que se vuelva a encontrar una benevolencia tan efectiva en el seno de una ilusión tan adornada y embellecida? Un moralista cáustico, La Rochefoucauld, lo ha dicho: "Apenas tendría uno nunca placer si no se hiciese ilusiones".

He oído preguntar a algunos si madama Recamier era mujer de ingenio. Me parece que todos lo sabemos ya. Tenía en grado eminente, no ese ingenio que se ocupa en brillar por sí mismo, sino el que percibe y hace valer el de los demás. Escribía poco, pues desde muy joven se había habituado a escribir lo menos posible; pero esto poco era bueno y de un estilo perfecto. Cuando conversaba tenía también un giro claro y exacto, y la expresión a punto. En sus recuerdos escogía preferentemente un rasgo agudo, una palabra amable o alegre, una situación picante, y descuidaba lo demás; recordaba con gusto.

Escuchaba de un modo seductor, no dejando pasar nada de lo que había de bueno en vuestras palabras sin demostrar que lo notaba. Preguntaba con interés y se enteraba bien de la respuesta. Solamente por su sonrisa y sus silencios estaba uno interesado en encontrarla ingenio al separarse de ella.

Respecto de la juventud, de la belleza de su corazón, si a todos ha sido dado apreciarla, a los que la disfrutaron de más cerca incumbe sobre todo hablar de ella un día. Después de la muerte de M. Ballanche y de M. de Chateaubriand, aunque quedasen todavía en derredor suyo M. Ampère, el duque de Noailles y tantas otras afecciones, ya no hizo más que languidecer y acabar de morir. Expiró el 11 de mayo de 1849, a la edad de setenta y dos años. Esta persona única, cuya memoria vivirá tanto como la sociedad francesa, fué pintada con mucha gracia por Gerard en la frescura de su juventud. Su busto fué esculpido por Canova en su ideal de belleza. Aquiles Devéria trazó el día de su muerte un bosquejo de su semblante que expresa el sufrimiento y la calma.

SAFO

Por Alejandro Dumas



RONTERA a Seyros, cuna de Aquiles y tumba de Teseo; entre Chio que se alaba de ser patria de Homero, y Lemnos que es asiento de las fraguas de Vulcano; separada, en fin de la Eólida por un reducido estrecho, a levante y mediodía; yace al norte del país de Troya, la isla de Lesbos (hoy llamada Metelina) célebre desde la más remota antigüedad, tanto por la exquisita calidad de sus vinos, como por la belleza de sus moradores, hábiles además, según la fama en el arte musical.

Decíase que por la noche y sin que se supiera su procedencia, hacíanse oír en alas de la brisa, por toda la tierra de Lesbos, las mágicas indistintas armonías aun llamadas Eólicas, del país de donde el viento partía, y que la antigüedad explicaba a su manera, como todos los fenómenos de la naturaleza, con la ingeniosa fábula que a referir vamos. Para explicar pues las eólicas armonías, como la melodiosa estatua de Memnon habían explicado, decían los Griegos que, cuando las Ba-

cantes de Tracia hicieron pedazos a Orfeo, arrojaron su lira y su cabeza al río Hebro, cuya corriente las llevó a las ondas del mar Egeo, que a su vez arrastrólas hasta las costas de Lesbos: por manera que los vagos armónicos acentos que durante la callada noche se dejaban oír en las playas de Mytilene y en los valles de Arisba, no eran otra cosa más que las vibraciones de la lira y los suspiros de los yertos labios del infeliz esposo de Eurídice.

Como quiera que fuese, en Lesbos nacieron, antes de la era cristiana, Arion seiscientos veinte años, Alceo seiscientos diez y seis, y Safo (en griego Sappho) seiscientos doce, los dos primeros en Methymnea, y la última en Mytilene. Hijo de Neptuno y de la ninfa Oncea, Arion, inventor del Dytirambo, dejó a Lesbos por Corinto y establecióse en la corte de Periandro, filósofo y tirano a un tiempo, condiciones incompatibles en nuestros días, mas para los antiguos fácilmente conciliables. Siguiendo a Periandro visitó Arión la Sicilia y continente italiano, donde se detuvo solo al regresar su protector a Corin-

to, dando conciertos que le reportaron honra y provecho en abundancia; porque los artistas, y sobre todo los del mérito de Arión, andaban más escasos en aquella época que en la nuestra, y sin embargo sabido es lo que su habilidad reporta a los Litz, los Rubini, y otros de igual altura. Cargado estaba de oro y laureles, cuando llegó para él aquella hora que a todos coge más tarde o más temprano, de suspirar por patria y reposo, por el tranquilo goce, en fin, del fruto de nuestro trabajo; y en efecto, fletando un bajel — no sabemos si en Sibaris o en Siracusa — zarpó para Corinto, porque deseaba decirle adiós al paso de su amigo el tirano Periandro, entonces seriamente ocupado en sosegar ciertos alborotos promovidos por su hijo, más confiado como todo artista, y poco prudente como suelen serlo los dichosos, hizo tal ostentación de sus tesoros, ponderó con tal extremo sus riquezas durante la travesía, que excitando la codicia de la tripulación, en realidad corsaria y desalmada, aunque en la apariencia mercante y honrada, que capitán y marineros de común acuerdo resolvieron darle muerte para apoderarse de cuanto consigo llevaba.

Poco tardó el aspecto de los piratas en revelarle el peligro que le amenazaba: más en vez de amilanarse, pidiéndoles resuelto explicaciones, y ellos naturalmente francos, diéronselas sin dificultad y con llaneza, advirtiéndole que le quedaban diez minutos de vida, ni más ni menos. Oída su sentencia, Arión suplicó que aquellos diez minutos se le dejaran emplear a su antojo; y como ni la petición pareció en sí exorbitante, ni en alta mar era de temer que la víctima se fuese de entre las manos, los bandidos se mostraron generosos otorgando al músico la gracia que pedía. Usando del condescendiente permiso, Arión ciñóse a las sienes una corona de laurel de oro que le habían dado en Siracusa, y con su lira en la mano, subió a la popa del bajel, como a un teatro pudiera. El Tebno Anfión, según le habían dicho en Corinto, erigió las murallas de su nativa ciudad sin otra máquina que las armonías de su lira, y si aquel pudo hacer dóciles las piedras ¿por qué no había él (Arión) de mover humanos corazones?

Animado, pues, por la esperanza o el deseo de salvar la vida, Arión, abandonándose a la inspiración del estro, y volviendo los ojos del espíritu a sus primeros años, cantó, improvisándolo, un himno de despedida propio de quien muere ausente de la madre patria, y sabe como gran poeta expresar sus sentimientos. Methymene y su templo a Neptuno, Sigrio y su promontorio, Pyrra y su golfo, Arisba y sus montañas; el arroyo que murmura el aura que suspira, la nube que pasa, todo lo tuvo presente, de todo se despidió, reservando su postrer aliento para decirles adiós a su madre y a su amada, el último acorde de su lira para consagrárselo al rubio Apolo... ¡Inútil elocuencia, vanos prodigios del arte! los tigres codiciosos de su presa cerrando los oídos, permanecían inflexibles; y Arión advirtiéndolo, invoca por última vez al número de la armonía, y abrazado con su lira arrójase a la mar desesperado... Multitud de delfines por el encanto de la música atraídos rodeaban felizmente el bajel; y al caer Arión en medio de ellos, ofrecióle uno su lomo, sobre el cual, como sobre un flotante trono sentado, aportó el prodigioso cantor al cabo Tenario.

Como era de noche cuando ocurrió el prodigio, creyeron naturalmente los piratas que su víctima había perecido en las olas, y siguieron tranquilamente su derrotero, mientras que Arión, atravesando toda la Laconia y toda la Argólida, llegaba a Corinto y refería a su antiguo amigo la aventura del salvador delfín. En verdad el suceso no era en sí verosímil; y Periandro, que en su calidad de filósofo se negó a creerlo, usando de sus derechos de Tirano, mandó prender a Arión, sin duda para enseñarle a componer en lo sucesivo con mayor verosimilitud.

En tanto los piratas, por una tempestad arrojados a las costas del Peloponeso, esparcieron ellos mismos en Corinto la noticia de la muerte de Arión, diciendo que durante una serena noche, el gran poeta, distraído como lo son los poetas grandes y pequeños, habíase asomado con tan poca precaución al borde del bajel, que, perdiendo el equilibrio, cayó al mar, sin que fuera posible salvarle vivo, ni recoger su cadáver por más esfuerzos que para ello se hicieron. Periandro entonces, comenzando a dar crédito al relato de Arión, hizo comparecer ante sí al capitán pirata, quien repitió imperturbable la fábula que dejamos referida: mas en el instante en que bajo juramento afirmaba la verdad de sus palabras, Arión presentándosele como el "Deus ex machina" que desenlaza los antiguos dramas, sobrecogióle de tan invencible temor que aterrado y confuso, reveló en el acto su crimen y el de sus compañeros.

Periandro, previa restitución al poeta de todas sus riquezas, hizo crucificar a los piratas; y Arión justamente agradecido al filarmónico delfín que le salvó la vida, hízole erigir una estatua en el paraje mismo del cabo Tenario, donde puso la planta al terminar su maravillosa navegación.

De las composiciones de Arión, dos solas, y esas ambas dudosas, han llegado a nosotros: una el himno de acción de gracias que se le atribuye en la colección de Brunck; y otro un fragmento lírico que se encuentra en Etieno.

Tratemos ya de Alceo, nacido, según dijimos, en Mytilene, hermano de Safo, y que sabemos vivía en la olimpiada cuatragésima cuarta.

Lesbos era entonces regida, como Corinto, por un Tirano filósofo, o filósofo Tirano si se quiere, llamado Pitaco. Alceo que a fuer de poeta, era tan poco amigo de filósofos como de tiranos, escribió contra Pitaco, que le desterró por ende, unos versos que Horacio llama "Alcaei minaces Carmenae" (amenazadores versos de Alceo), y de cuyo sentido aunque en prosa humilde procuraremos dar idea (1).

"Ocultaré mi acero bajo el amante mirto: como lo hicieron Harmodio y Aristogiton. — ¡Oh santa igualdad! — iré en pos de tus caras ilusiones, procurando inscribir mi nombre a par de los suyos. No sois muertos, no, generosos mártires: la tierra os posee todavía aunque en extranjero suelo; y morais con el valeroso Diómedes, y con el hijo de Tetis, Aquiles el de la ligera planta. Adore el mundo vuestra gloria, noble Aristogiton, valeroso Harmodio, que con vuestra sangre sellásteis la sacra alianza de las leyes equitativas con las santas virtudes."

Desdichadamente Alceo, más poeta que soldado, no supo imitar el ejemplo de los dos héroes cuya gloria cantaba; pues si bien, emigrado, llegó a suscitarle una guerra a Pitaco, en el primer encuentro de ella huyó cobarde, sin que tal flaqueza le aprovechara siquiera para no ser prisionero. Perdonóle Pitaco; y acaso sus contemporáneos y la posteridad le perdonaran también su primera flaqueza de soldado en gracia de su gran genio poético, si luego en una guerra contra los Atenien-ses, no hubiera vuelto a huir, arrojando para hacerlo más de prisa espada y escudo, de que los vencedores hicieron trofeo en el templo de Minerva en Atenas.

Quinientos años más tarde, Horacio se mostró tan mal soldado como Alceo; lo cual no estorba que ambos fuesen dos

(1) El autor traduce aquí en versos franceses los de Alceo; y me ha parecido que para traducción de traducción no valía la pena de que yo también empleara el metro, siendo, como por desdicha soy, incapaz de interpretar directamente el original griego. Por iguales consideraciones me abstendré de la traducción en verso de las composiciones de Safo que más adelante se citan.

grandes poetas, y que los versos del segundo ofrezcan en su espléndida sencillez, y numerosa rotundidad, cierto carácter de analogía con los del divino Homero.

Ya dijimos que Horacio los llamaba amenazadores, y no estará de más añadir que en otro lugar escribe de ellos:

"Et te sonantem plenius aureo,
Alcaeae, plectro."

"Y tú, Alceo, que haces resonar tu plectro tan sonoramente con el arco de oro."

Conocemos ya al poeta que nos ocupa, cuando atacaba a los Tiranos, y la libertad: glorificaba: oigámosle ahora cantando a Baco: "Bebamos, amigos, bebamos antes que llegue la hora sombría en que las manos de los esclavos encienden las antorchas. Yo prefiero la luz del día a las sombras de la noche, como la pradera esmaltada de flores, al frío mármol de las tumbas. Baco, el alegre hijo del Señor de los Rayos, nos ha dado el vino para que en él ahogemos nuestras penas. Llénense las copas, amigos, y bebámoslas henchidas, que bien vale el Dios del día, lo que la Diosa de las noches. Refrigeremos el alma con el néctar de Lesbos el hálito ardiente de Cáncer, agosta nuestros campos; no es aire lo que respiramos, sino fuego; las hierbas gimen, las ramas de los arbustos se desgajan... —Ahora, amigos, es la ocasión de beber sin tasa. —¡Bebamos, pues, bebamos! — ¡Vino, y más vino! — No plantemos más que viñas en montes y llanos: así seremos gratos a los dioses, porque la vid es planta divina!"

Ir más lejos con las citas sería salir de los límites que nos están prescritos, y apartarnos además demasiado de nuestro principal objeto que es Safo. Concluiremos pues con decir que no se sabe cómo ni cuando murió Alceo, y que los pasajes traducidos, al acaso a la verdad, proceden de las composiciones del mismo, conservadas por Ateneo y Suidas, y recogidas por Enrique Estienne, para la apéndice a su Píndaro. Con esto, hablemos ya de Safo, de la mujer en cuya honra acuñó Lesbos moneda como si fuera Reina, y de quien, como de Homero, siete ciudades se disputan la gloria de haberla visto nacer dentro de sus muros.

No menos varía la tradición histórica que en punto al lugar de su nacimiento dáale nada menos que ocho nombres distintos a su padre, a saber: Simón, Eunomio, Euryguis, Ecríto, Semo, Camón, Etarco y Escandrónimo. En cambio sabemos que su madre se llamaba Cleis, y que así ella como su esposo, dedicábanse al comercio, según costumbre general en la isla.

Safo misma contrajo matrimonio con un rico mercader de la isla de Andros, llamado Cercala, que murió joven dejando en pos de sí una hija al cuidado de su viuda.

La bella Safo, llama Sócrates a la gran poetisa; y sin embargo, la tradición, y aun las probabilidades nos dicen que nunca fué hermosa ni pudo serlo. Quizá, siendo pequeña y morena como Cleopatra, también como ella supo suplir la belleza con el hechizo de otras gracias; mas ni eso parece probable cuando en sus propios versos la vemos lamentarse de haber sido más de una vez desdeñada.

Una vez viuda entregóse, exclusivamente diríamos si no fuera por lo que la verdad va a obligarnos a decir; más entregóse en todo caso principalmente a la poesía, fundando para enseñarla, con algo más o menos honesto, dice la tradición, una escuela para mujeres jóvenes, de los nombres de las cuales nos ha hecho la historia sabedores.

"Safo amaba (dice Longepierre) de todas las maneras que puede amarse;" y el hecho es que tenemos a la vista cierta oda por ella escrita a una mujer, en comparación de la cual el famoso Pastor Corydon de Virgilio, es simplemente una, com-

posición de hielo. —Para que el lector forme juicio en lo posible, procuraremos traduciendo la oda arriba indicada, ajustarnos al original en todo lo posible.

"Quién a tu lado suspira, oyendo los melodiosos acentos de tu voz; quien te merece — ¡oh rabia! — una sonrisa, ese yo lo digo, — ese se iguala con los dioses. — Así que te diviso, la voz se ahoga en mi garganta, sécanse mis fauces, la lengua procura moverse en vano; la fiebre abrasadora desata en mis sienes las arterias; mis sentidos arden y se paralizan a un tiempo. — Más pálida que la flor delicada, por los rayos abrasadores de la cánicula durante un día entero atormentada, tiemblo, pierdo el color, no puedo alentar, y me siento expirar, sin morirme, a impulso del amoroso deseo."

Sus discípulas predilectas, sus adeptas favoritas, llámábanse Athis, Andrómeda, Telésipa, Megara, Eridna, Cydna, Anactone, Anagara, Gongyla, Eunica, y Damáfila. Eso se sabe positivamente, como se conocen también algunas de las poesías de Safo; pero lo demás de su vida, incluso su nombre (Sappho) que se ha escrito mal hasta que se descubrió la medalla de Eresos, todo lo demás es tradicional y dudoso.

Hubo en Eresos otra Safo, no lo negamos; pero como no pasaba de ser una simple cortesana, no parece probable que a su nombre se acuñase moneda. Sin entrar, pues, en discusiones históricas que solo conducen a oscurecer más el asunto, seguiremos la leyenda sáfica, comúnmente admitida.

Según ella, Venus para vengarse de los admirables versos que la poetisa hacía, trocando el sexo en la 'dedicatoria, inspiróles al mismo tiempo a ella un irresistible amor a Faon, y a este una antipatía hacia Safo que rayaba en los límites del odio. Conviene saber ahora no solamente que Faon era el hombre más bello de Lesbos, sino que además debía a la generosidad de Venus misma el don singular de inspirar amor a todas las mujeres.

Veamos cómo la fábula nos refiere poéticamente el supuesto origen de aquel don maravilloso. Siendo Faon capitán de una galera, y navegando con ella a la inmediación del promontorio de Mallera, una pobre vieja, le hizo señas desde la playa para que se acercase y de limosna la trasportara en su bajel al cabo Maleo. Complaciola en todo el galante benévolo capitán, y al desembarcar a la vieja en el punto designado, no solamente la vió con asombro desnudar sus andrajos, y revelársele en todo el esplendor característico de la diosa de la hermosura, sino que en recompensa de su caridad recibió de manos de la diva un vaso de alabastro lleno de cierto maravilloso bálsamo que daba belleza y amor inspiraba.

Faon derramando sobre sí propio aquel singular talisman hízose como ya dijimos el más bello, y el más simpático a las mujeres todas, de los bellos y simpáticos mancebos de Lesbos.

Que una Safo estuvo enamorada de Faon, es indudable; lo que se pone en cuestión a veces es si fué la Safo de Mytilene, o la de Eresos: la poetisa o la cortesana.

Como quiera que sea los siguientes versos a Safo atribuidos no dejan duda de los desdenes de Faon.

"Hija de Júpiter, Venus inmortal, que gobiernas sobre un áureo trono el universo: no entregas mi alma al dolor, oh Venus, perla divina, que del seno de los mares brotaste: En vez de serme enemigo, oh diosa, acude como otras veces, acude desde el cielo a mis súplicas, dejando el azulado cristalino palacio de tu padre; acudes sí, tú que conoces todas las artes del Amor, tu hijo — Véate yo, como te he visto, venir a mi voz hendiendo el espacio con la rapidez del relámpago, en tu carro tirado por tiernas palomas de veloces candidas alas. — ¡Ah! Tan luego como pusiste en la playa tu divina, planta, la encantadora sonrisa de tus purpurinos la-

“ bios secó mi llanto, tal como suele con matutino risueño rayo
 “ evaporar el sol la gota de rocío en el cáliz de las flores. —
 “ ¿Para qué me llamas? preguntaste con suave acento. ¿En
 “ qué nuevos deseos se extravía tu ardor. ¿Qué mortal rehu-
 “ sa la mano que le tiendes? ¿Qué corazón se niega a respon-
 “ der al tuyo? — ¡Ay de aquel que tal injuria te hace, oh
 “ Safo, porque los dones que hoy rechaza, él los solicitará
 “ mañana, y entonces serás tú, yo te lo juro, quien se ne-
 “ gará a otorgarlos!” — “¡Oh! Ven pues, Venus mía, diosa
 “ protectora, ven: yo recurro de nuevo a tu poder divino.
 “ Ven, que te invoco en mi angustia desesperada; ven, de
 “ rodillas te lo ruego; ven a mi socorro, diosa de la hermo-
 “ sura.”

Para distraerse, tal vez, de sus amorosas desdichas, lan-
 zóse nuestra poetisa a las tempestades políticas tomando
 parte en la conspiración de Alceo contra Pitaco; y siendo con
 aquel tan excelente vate cuanto mal soldado, desterrada de
 Lesbos por el indulgente Tirano. Safo y Alceo buscaron en-
 tonces un asilo en la Sicilia.

¿Llama Horacio, “mascula” (la masculina) a la célebre
 Lesbiana por la parte que en la conspiración de Alceo tuvo,
 por su talento en realidad viril, o por sus inclinaciones extra-
 viadas — No lo sabemos, ni nos parece fácil decirlo: pero no
 es solo ese punto el dudoso en la historia de nuestra Safo.

¿Fué ella en efecto la desdeñada por Faon, o la cortesana
 de Eresos? ¿A quién copió el escultor Selamón en la célebre
 estatua robada por Verres al Pritaneo de Siracusa; a la de
 Mytilene, o a su bella homónima?

Desdichadamente la estatua, que hasta cierto punto pudie-
 ra sacarnos de dudas, hase perdido: pero nuestra opinión —
 opinión acaso más poética que razonada — es que la encanta-
 dora tradición que nos presenta a la Safo de Mytilene castiga-
 da de sus extravíos por los desdenes de Faon, no puede en
 manera alguna acomodarse a la Safo de Eresos. La última no
 hizo en su vida versos ni a Venus, ni a las doncellas, ni a los
 mancebos tampoco. Sacerdotisa del Amor y a su culto cons-
 tantemente consagrada, nunca de él se apartó para extraviarse
 en las oscuras sendas del otro amor, vacío insensato, deliran-
 temente ideal de que acusan hace dos mil y quinientos años a
 la Safo de Mytilene, no solamente los versos que hemos tra-
 ducido, sino otros muchos a mayor abundamiento.

Fragmentos son y no más los versos a que de aludir acabamos:
 pero fragmentos llenos de gracia, y harto significati-
 vos además para que omitamos su traducción en prosa.

“Los desdenes de la tierra y delicada Gyrina, han decidido
 “ en fin mi corazón por la bella Mnais...”

“El amor agita mi alma como el viento las hojas de la en-
 “ cina en las montañas...”

“Volaré a la cima de los montes, y de allí arrojaréme en
 “ tus brazos, ¡oh tú, por quien suspiro!

“ Tú me inflamas... tú me olvidas enteramente, o amas
 “ a algún otro además que a mí...”

“Nunca me parece tan bella y encantadora, una hermosa
 “ joven, como cuando la miro cogiendo flores.

“Voy ahora a cantar melodiosos tonos que harán las deli-
 “ cias de mis amadas...”

“En sueños he dormido deliciosamente en los brazos de la
 “ encantadora Cythera”.

Agréguese a esas pruebas, para nosotros poco menos que
 irrecusables, el testimonio de dos grande poetas, Horacio y
 Virgilio, que hablaron de Safo ambos a dos mil años menos
 de distancia de nosotros.

El primero en su “Heróida le hace decir a Faon:

“Comparadas contigo, ni Anactone, ni Cydna la del blan-
 co cuello, ni Athis la de las seductoras miradas, tienen precio
 algunos a mis ojos.”

Y nótese, porque nos parece concluyente, lo in-
 verosímil de que si en vez de ser la que amara la Safo dimi-
 nuta y morena, fuera la cortesana de Lesbos, célebre por su
 belleza en la isla y toda Grecia, se obstinase Faon en matar
 a desdenes a tan hechicera criatura.

En todo caso, ¿a quién sino a la poetisa fantástica y extra-
 vagante, a la mujer hombre, podía ocurrírsele acometer la ter-
 rible aventura del salto de Léucade, antes que ella solamente
 intentada por Venus para olvidar a Adonis?

Y, no lo olvidemos: Venus era inmortal, Venus arroján-
 dose al mar volvía al elemento de donde saliera; mientras que
 Safo estaba expuesta al eterno sueño, y temíalo tanto, como
 puede inferirse de estas sus palabras que, de paso sea dicho,
 encierran un profundo pensamiento.

“La muerte es el mayor de los males, y así lo han creído
 “ los dioses; pues si tal no fuera no se hicieran inmortales
 “ como lo son.”

El promontorio de Léucade, situado en la costa occidental
 de Grecia, y que un estrecho separa del continente, yace ve-
 cino a Itaca, frente a Cefalonia; y su abrupta vertical altura
 es tal que pocas veces contemplan los navegantes su cima sin
 verla de nubes coronada.

¡Magnífico pedestal para Safo! — ¡Magnífico pedestal que
 ninguna otra mujer era capaz de disputarle!

Una tarde, en fin, sobre la cumbre del rico Aceraunio,
 vióse aparecer a la ya dudosa luz del sol que al Occidente se
 ocultaba, una mujer de blanco vestida, con la túnica hasta la
 rodilla levantada, y el aurea lira en las manos. Era Safo, que
 hasta en la muerte buscaba la elegancia, como quien había di-
 cho:

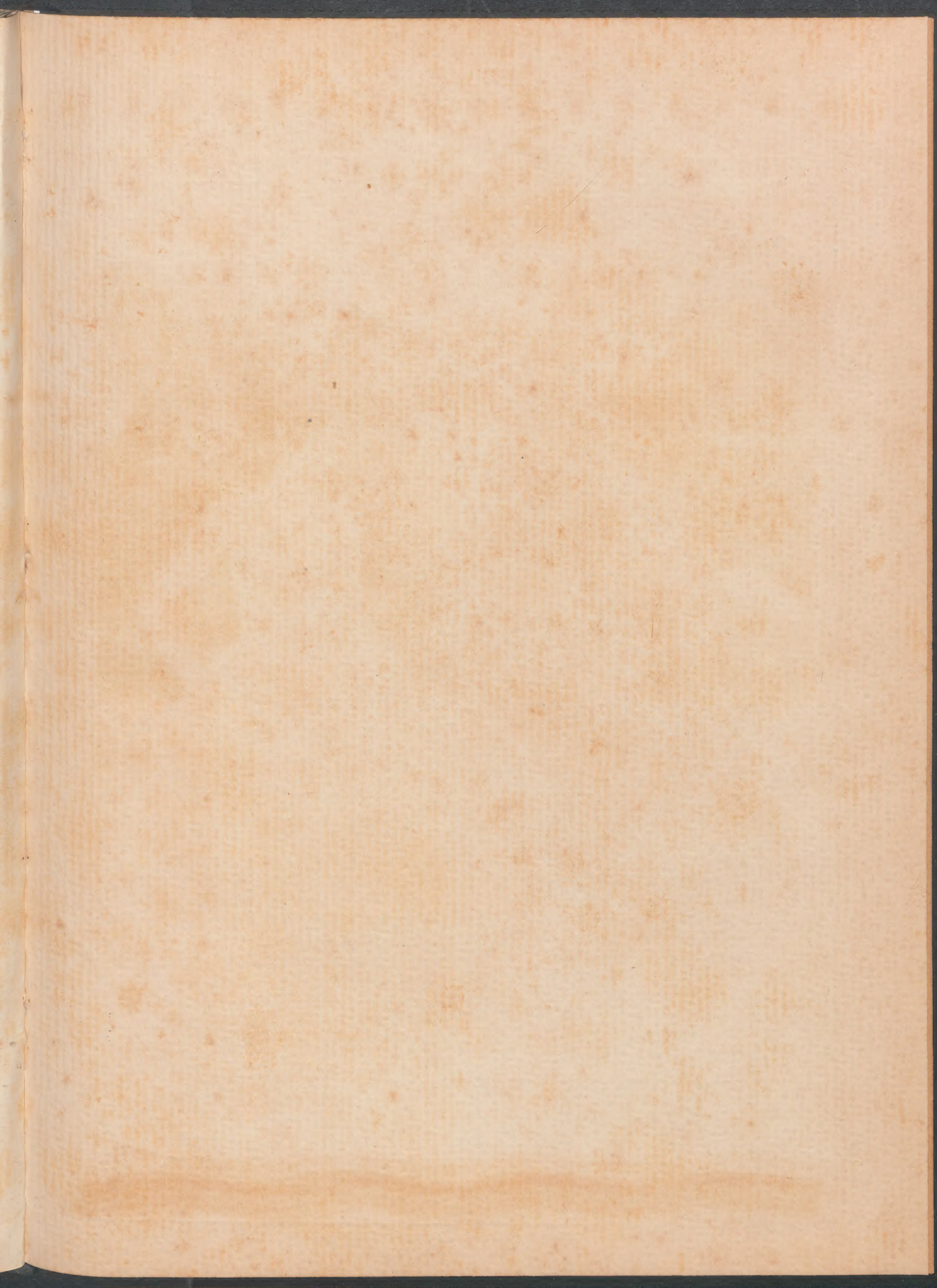
“¿Cómo puede esa mujer, grosera y sin arte, agradar a
 “ tu espíritu y cautivar tu corazón, cuando no sabe siquiera
 “ dejar que con gracia ondulen los pliegues de su túnica?”

Vedla: ya se acerca al borde del hondo precipicio, y con
 la vista midiéndole, tiembla y palidece; mas no mueve para
 atrás la planta, antes, afirmándola, alza los ojos al cielo, sus-
 pira más bien que entona su himno a la muerte, canto dulcí-
 simo del cisne moribundo, supremo adiós del poeta a la vida.

Antes que el eco de su prostrar acento se extinguiera, an-
 tes que las últimas vibraciones de su lira cesaran de agitar el
 aire; Safo, descendiendo suavemente más que precipitándose
 del promontorio, caía abrazada con el músico instrumento, su
 fiel compañero, en el profundo seno del Mar Egea.

En vano buscaron diligentes su cadáver, los pescadores
 que al pie del promontorio estaban de ordinario para salvar
 a los que el terrible salto tentaban: el hondo piélago guardó
 para siempre el cuerpo de Safo.

Dícese de ella que había encontrado la lira de Orfeo; la
 suya, ni el mismo Virgilio acertó a encontrarla.



FUME U_D

UN CAMEL



El Camel tiene un mundo de amigos...

MERECIDOS, dirá usted. No obstante, el Camel se ufana de contar con más amigos que cualquier otro cigarrillo. Y son los mejores amigos entre los fumadores: distinguidos, meticulosos, leales. Se decidieron por el Camel después de compararlo con otros cigarrillos. Más de un millón de fumadores modernos, de exigente gusto selectivo, prefieren el Camel para toda ocasión.

Eligen el Camel por su calidad: los

tabacos más selectos, y una mezcla que revela en forma gloriosa todas sus exquisiteces. He aquí el cigarrillo fuente de todo el placer del fumar.

No sólo saboreará Vd. el Camel: se deleitará con su suavidad inesperada, y con su sabor y su fragancia famosos. El Camel le conquistará mediante la satisfacción más exquisita que puede hallarse en un cigarrillo.

“¡Fume Vd. un Camel!”

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY, WINSTON-SALEM N. C.

Unicos Agentes: MASSALIN & CELASCO - Tacuarí 560 - Buenos Aires